

SIEMPRE FUE SOBRE NOSOTRAS

RELATOS DE LA VIOLENCIA POLÍTICA
DE GÉNERO EN BRASIL

MANUELA D'ÁVILA (ORG.)



**SIEMPRE
FUE SOBRE
NOSOTRAS**



Siempre fue sobre nosotras: relatos de la violencia política de género en Brasil /
Carolina Aurea... [et al.] ; compilación de Manuela D'Ávila ; prólogo de Anielle
Franco. - 1.º ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN: 978-987-813-218-1

1. Mujeres. 2. Violencia de Género. 3. Acoso Sexual. I. Aurea, Carolina. II. D'Ávila,
Manuela, comp. III. Franco, Anielle, prolog.

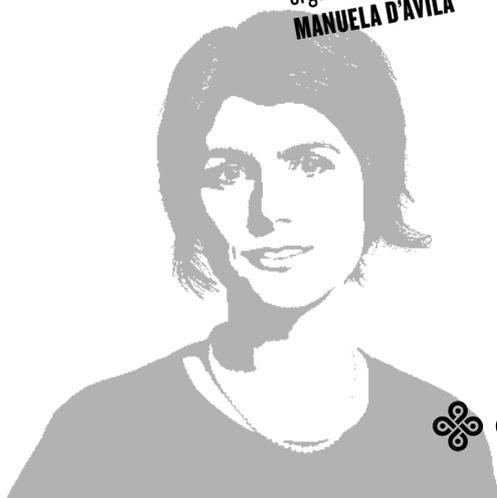
CDD 305.420981

ANIELLE FRANCO
ÁUREA CAROLINA
BENEDITA DA SILVA
DILMA ROUSSEFF
DUDA SALABERT
ISA PENNA
JANDIRA FEGHALI
JÔ MORAES
MANUELA D'ÁVILA
MARIA DO ROSÁRIO
MARINA SILVA
MARLISE MATOS
SÔNIA GUAJAJARA
TABATA AMARAL
TALÍRIA PETRONE

SIEMPRE FUE SOBRE NOSOTRAS

RELATOS DE LA VIOLENCIA POLÍTICA
DE GÉNERO EN BRASIL

Compilación
organizada por
MANUELA D'ÁVILA





CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Javier Basile | KPR - Diseño / ilustración de tapa

María Clara Diez - Diagramación



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES
CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Primera edición:

Sempre foi sobre nós: relatos da violência política de gênero no Brasil (Porto Alegre: Instituto E Se Fosse Você, 2021)

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales -

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 |

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

“

Ya no acepto las cosas que no puedo cambiar, sino que cambio las cosas que no puedo aceptar.

ANGELA DAVIS



**Este libro está dedicado
a todas las mujeres
que alzaron la voz para
denunciar la violencia
política de género,
incluso cuando dicho
tipo de violencia ni
siquiera tenía nombre.**

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

“SIEMPRE SUPE QUE ERA DIFÍCIL, PERO NO ES JUSTO QUE SEA TAN DIFÍCIL” MANUELA D'ÁVILA	8
---	---

PRÓLOGO

ANIELLE FRANCO	12
1. PARA NOSOTRAS Y DE NOSOTRAS AUREA CAROLINA	16
2. VIOLENCIA ESTRUCTURAL EN LA TRAYECTORIA DE UNA MUJER NEGRA BENEDITA DA SILVA	26
3. MISOGINIA Y MANIPULACIÓN MEDIÁTICA DILMA ROUSSEFF	40
4. LA OSCURIDAD NO SE COMBATE CON MÁS OSCURIDAD DUDA SALABERT	56
5. EL ACOSO ESTÁ RELACIONADO CON EL PODER ISA PENNA	70
6. NO TE CALLES, ¡CONFRONTALO! JANDIRA FEGHALI	78
7. ¿POR QUÉ NO NOS QUIEREN? JÔ MORAES	94
8. ¿QUÉ PODRÍA SER PEOR QUE DISPUTAR LAS ELECCIONES CONTRA BOLSONARO? MANUELA D'ÁVILA	106
9. VIOLENCIA POLÍTICA DE GÉNERO, EN SINGULAR Y EN PLURAL MARIA DO ROSÁRIO	120
10. FAKE NEWS: LA NUEVA VIEJA REALIDAD MARINA SILVA	132
11. MUJERES-AGUA, MUJERES-TIERRA, MUJERES-SEMILLA. ¡RESISTENCIA VIVA! SÔNIA GUAJAJARA	148
12. NO NOS CALLARÁN TABATA AMARAL	160
13. HASTA QUE EL CUERPO DE CADA MUJER SEA LIBRE TALÍRIA PETRONE	172

MÁS INFORMACIÓN

14. LA VIOLENCIA POLÍTICA SEXISTA, RACISTA E INTERSECCIONAL: MAPEO DE CONCEPTOS DE VIOLENCIA POLÍTICA CONTRA LAS MUJERES MARLISE MATOS	188
---	-----

Introducción

MANUELA D'ÁVILA



“

**SIEMPRE SUPE
QUE ERA DIFÍCIL,
PERO NO ES
JUSTO QUE SEA
TAN DIFÍCIL**

REPETÍA UNA Y OTRA VEZ, mientras lloraba en casa, después del último debate de la primera vuelta de las elecciones de 2020. Mi cansancio se mezcló en una combinación de indignación y perplejidad: ¿hasta dónde podría llegar la violencia política de género? Apenas reconocí en mí a la mujer fuerte que había disputado siete elecciones, obtenido votaciones extraordinarias y enfrentado el machismo desde el comienzo, especialmente en los últimos años tras el ascenso de la extrema derecha en el país. Esta vez habían logrado que pensara en rendirme, me hicieron sentir vergüenza, miedo, ira. Me llevaron a un límite que no sabía que existía en mí. Esa noche, la del último debate de la primera vuelta, la misma elección en la que vi a la ciudad esperanzada por la llegada de tiempos mejores, no podía creer que fueran capaces de llevar a cabo ese conjunto de acciones violentas, a pesar de ser conscientes de las consecuencias que podían causar. En 2016, en la última elección municipal, el entonces coordinador de campaña de uno de mis oponentes se suicidó porque no soportó los ataques de odio y las *fake news*. Pero sí, a pesar de la conciencia del peligro, serían capaces de eso y mucho más en la segunda vuelta. Una vez que pasó la sensación de fragilidad, ira, miedo (¿debo ir a una comisaría de la mujer o no? Después de todo, el tipo dijo que destruiría mi vida. ¿En qué sentido?), de vergüenza para mi familia (¿qué tendría que enfrentar mi hijastro debido a estos ataques? ¿Y mi marido?). Una vez que pasaron esos sentimientos que las mujeres sabemos que sentimos aun cuando somos conscientes de que el error no es nuestro, comencé a pensar en la vida de todas las mujeres y en cómo nuestra dignidad, para estas personas, no vale nada. Después de todo, yo era la mujer que encabezaba las encuestas de opinión para la municipalidad de la capital del Estado y había sido ataca-

da en toda la primera vuelta, en público, frente a sonrisas irónicas de complicidad y al silencio total de los candidatos hombres.

Solo podía pensar en que, si los hombres públicos guardan silencio ante los ataques transmitidos por radio o televisión, imaginen cómo ignoran la violencia contra las mujeres en su vida cotidiana y sus decisiones políticas. De este modo, asimilé en profundidad lo que significa denunciar, sancionar y deconstruir la violencia política de género. No, no somos mujeres especiales, no merecemos más que ninguna otra. Pero cuando la violencia contra nosotras sucede en el ámbito público, como es el caso desde el proceso de juicio político contra Dilma Rousseff, la forma en que respondemos a esta violencia comienza a entenderse como una señal para la sociedad. Si callamos, la señal es que todo está bien, que está permitido agredir a las mujeres. Si enfrentamos y castigamos a los agresores, el mensaje es que la sociedad no está de acuerdo, que la violencia contra las mujeres no es parte de lo aceptable. Con esto en mente, aquella horrible noche del último debate de la primera vuelta, decidí escribir un libro sobre violencia política de género. Para mí, todo tiene que transformarse de forma permanente. El dolor que sentía debía convertirse en un debate para que más mujeres no vivieran, en el futuro, lo que yo estaba viviendo. Entonces, la primera semana después de la segunda vuelta, lo pensé mejor y decidí que no escribiría sola, sino que escribiríamos, en plural. Escribiríamos varias de las que vivimos experiencias similares. Después de todo, no se trata de mí y de un caso extraño de violencia que viví. Se trata de nosotras y de nuestra rutina cuando decidimos ocupar el espacio público. Y se trata también del silencio. El silencio ensordecedor y cómplice del sistema político y de las instituciones.

MANUELA D'ÁVILA

Prólogo

ANIELLE FRANCO

“

**LA LIBERTAD
ES NO TENER
MIEDO**



E **L DÍA ES 14 DE MARZO DE 2018**, un miércoles marcado por una tormenta de lluvia y vientos que arrasaron las calles de Río de Janeiro. Una tormenta que para mí y mi familia aún golpea hasta el día de hoy, y que definimos como “el día en que nos arrebataron a mi hermana de manera brutal y cobarde”. El asesinato de Marielle y Anderson expuso al mundo las grietas estructurales presentes en la frágil democracia de Brasil. Esta violencia brutal evidenció la importancia de identificar la violencia política de género como un problema con raíces estructurales en la sociedad brasileña. Desde aquel marzo fatídico, me enfoco en proteger y apoyar a las mujeres negras, LGBTQIA+ y marginadas en sus múltiples trayectorias de ocupación de la política institucional.

En estas páginas, encontrarás historias vívidas de dolor y lucha, cuerpos diferentes, pero con trayectorias similares, marcadas por la misma violencia política que le impidió a mi hermana ejercer su derecho a vivir una vida política plena. Bajo una estructura racista y patriarcal, estos cuerpos están expuestos y son vulnerables a cualquier tipo de acción de dicha violencia, que tiene perspectivas plurales, presentes mediante la agresión física, pero que también abarca dimensiones psicológicas, sexuales, morales y raciales.

También es mi deber hacer explícita la responsabilidad del Estado brasileño de proporcionar mecanismos que garanticen el derecho al libre ejercicio político de las poblaciones más vulnerables, especialmente las mujeres. Incidir en nuestra seguridad y protección es defender la democracia brasileña en la que creemos. El efecto de la violencia política es impedir que las mujeres se postulen a cargos públicos, interferir en el ejercicio de sus mandatos y, finalmente, desalentar, entorpecer, acortar, restringir sus carreras políticas. En otras

palabras, es una violencia que se ejerce antes, al inicio, durante y al final de un mandato, que incide en el inicio de una carrera política, así como en la permanencia y la salida/retirada de ella.

La seriedad de los informes aquí presentados ejemplifica la urgencia y responsabilidad que tenemos como sociedad de revertir esta situación. La política solo será representativa cuando nuestros cuerpos ocupen los espacios institucionales sin miedo. Fue Nina Simone quien nos enseñó que “la libertad es no tener miedo”, y ella está presente en la rotura de las cadenas que aprisionan la esperanza de días mejores. Cuidemos siempre a las mujeres electas. A todas.

ANIELLE FRANCO

@aniellefranco



FOTO: BLÉIA CAMPOS

Anielle Franco creció en la favela de la Maré, en Río de Janeiro. Tiene una licenciatura en Periodismo e Inglés de la Universidad Central de Carolina del Norte y una licenciatura en Inglés/Literatura de la UERJ. Tiene una maestría en Periodismo e Inglés de la Universidad de Florida A&M.

Es estudiante de la Maestría en Relaciones Étnico-Raciales en la UFRJ. Publicó su primer libro llamado *Cartas a Marielle*, su hermana y referente. También participó en la autobiografía de Angela Davis. Trabaja como docente, oradora, escritora y es la actual directora del Instituto Marielle Franco, curadora y presentadora del Canal Papo Franco y también de la Escola Marielles. Es columnista invitada de la revista *Marie Claire*.

“

Estar en política siendo una mujer negra, de origen marginal, de izquierda y, para colmo, madre de un bebé, lo complica todo. Es “normal” ser blanco de agresiones y críticas descalificantes.

ÁUREA CAROLINA

1.

**PARA
NOSOTRAS
Y DE
NOSOTRAS**



A INVITACIÓN DE MANU PARA QUE ESCRIBIERA este texto llegó la mañana del 8 de diciembre de 2020, exactamente cuando se cumplieron mil días sin Marielle. “Habrá algunos textos en primera persona de mujeres que contarán su historia, la violencia política y la lucha contra las redes de odio”, decía el mensaje. Pronto tuve una avalancha de pensamientos. El tiempo se detuvo, o aceleró, no sé, y en un abrir y cerrar de ojos comencé mi propia trayectoria. De pronto, me cayó la ficha. Por más que había hablado del tema en debates públicos y en entrevistas con los medios de comunicación con frecuencia, nunca había reflexionado en profundidad sobre la violencia que sufro desde que comencé a ejercer cargos políticos. Es como si hubiera estado repitiendo en modo automático que pasé y sigo pasando por situaciones de violencia, pero sin encender un interruptor interno que me alertara de la gravedad de la situación. ¡Fue un susto! Miré el celular en mi mano y respondí rápidamente: “Contá conmigo, sí”.

Estaba en mi casa en Belo Horizonte, participando en la apertura del XVII Seminario LGBTQIA+ del Congreso Nacional. Frente a la computadora, escuchaba a las personas que luchaban y daban discursos firmes e inspiradores. En particular, me impactaron los análisis que hicieron las activistas trans y travestis sobre el crecimiento de candidaturas y concejalías electas de esta población en las elecciones municipales de 2020, varias de ellas con récord de votos. Fruto de años de organización y trabajo arduo, este resultado es parte de un proceso más amplio de emergencia de nuevos líderes feministas, negros, marginados, indígenas y LGBTQIA+ dispuestos a ocupar la política institucional en Brasil en la actualidad. A pesar de todos los contratiempos, se están produciendo cambios reales.

En el seminario, el registro de las victorias más recientes se sumaba a la preocupación por el momento

histórico que atravesábamos debido al régimen autoritario que gobierna la República, a la destrucción acelerada de los derechos sociales, a la exacerbación de todas las formas de violencia y, sobre todo, al aumento de la violencia política. Escuchamos relatos aterradores de candidatas, electas o no, que fueron atacados antes, durante y después de las campañas, algunas de ellas fueron amenazadas directamente. Un sentimiento generalizado de angustia e indignación invadía la energía allí presente, lo que evidenciaba la urgencia de mover las estructuras de la sociedad desde las luchas por la vida y ciudadanía de la población LGBTQIA+.

A lo largo de esa semana, la memoria de Marielle fue evocada como símbolo de los cambios que hicieron posible que más de nosotros llegemos a los espacios de poder y, al mismo tiempo, del recrudescimiento de las reacciones violentas para impedir nuestro progreso. Marielle se convirtió en un llamado a la acción. Sus semillas se cultivan y florecen todos los días, en el linaje ancestral de mujeres negras que nos precedieron y abrieron caminos, y de tantas otras que romperán más fronteras.

Es extraño pensar en mi experiencia de una manera más íntima en este contexto. Últimamente, he intentado trabajar en esa dimensión subjetiva, pero tiendo, desde que me convertí en activista cuando era muy joven, a percibir la realidad con un sesgo social, histórico, observando los sistemas de relaciones, y creo que esto tiene un mucho que ver con mi formación en ciencias sociales y mi dedicación durante casi veinte años a la construcción de proyectos colectivos. Pero para hablar en primera persona, como me pidió Manu, es necesario visitar los recuerdos y darle voz al corazón. Eso es lo que intentaré hacer.

Siento que desarrollé una especie de coraza emocional para enfrentar las presiones y exigencias relacionadas con mi labor parlamentaria. Considero que

esta armadura es un aprendizaje que surge de las luchas feministas. No elimina todo el desgaste, sin duda, pero al menos me permite tomar cierta distancia para entender que, en general, estas cuestiones no se tratan de mí. Importa menos quién soy como sujeto y más lo que represento en el imaginario del sentido común. Básicamente, la cuestión se refiere a las expectativas que puedo romper, siendo quien soy, y los intereses que puedo contradecir debido a los compromisos que defiendo.

Sé que el ejercicio democrático de mi función requiere control externo y la consideración de contrapuntos y divergencias en la esfera pública. Es mi deber rendir cuentas de mi trabajo como diputada federal, justificar mis posiciones y responder los cuestionamientos que recibo todos los días. Lo hago con satisfacción y cuento con el apoyo de un equipo maravilloso que me asesora y me brinda las condiciones para cumplir con mi papel como funcionaria en la institucionalidad al servicio de las luchas populares.

Pero estar en política siendo una mujer negra, de origen marginal, de izquierda y, para colmo, madre de un bebé, lo complica todo. Es “normal” ser blanco de agresiones y críticas descalificantes. Cuanto más me alejo del destino fijado para alguien como yo, mayor es la vigilancia sobre mi desempeño. Que controlen mi vida, hasta cierto punto, termina siendo inherente al trabajo. En la coyuntura actual, la violencia viene en el paquete como ingrediente básico.

Por esta razón, adopté una postura discreta en el día a día y traté de alejarme del radar obcecado de las redes sociales. Casi no hablo de mi privacidad, resguardo mi rutina fuera del trabajo y suelo realizar publicaciones de acuerdo con las prioridades del mandato. Entendí que no necesito dar mi opinión sobre todo lo que aparece en la insana volatilidad del mundo virtual. También soy del

tipo que evita discutir con fundamentalistas, bolsonaristas y sujetos similares, y jamás realizo ataques personales a través de mis manifestaciones públicas.

Confieso que este blindaje es una limitación que preferiría no tener. Incluso antes de la pandemia, ya había reducido bastante las salidas a eventos y lugares públicos en mis momentos de descanso. No solo para sentirme más cómoda y disfrutar sin ser observada, sino porque es más seguro. Mis familiares y amigos me ayudan a mantener ese cuidado y ya saben que no es recomendable subir historias en Instagram de nuestros encuentros.

En el entorno digital, es un intento de protección muy particular que restringe mi alcance como figura pública, dada la lógica de consumo de las redes sociales, pero que hasta ahora redujo el daño que genera mi exposición, aunque no me libera por completo de la violencia política. Sin entrar en una discusión más amplia sobre los mecanismos y usos nocivos de las redes, la realidad es que tuve que diseñar mi participación en ellas en función del riesgo de sufrir ataques organizados por grupos de odio y opositores. A excepción de episodios aislados, no he sido blanco de este tipo de ataques, a pesar de que recibo constantemente mensajes agresivos de personas al azar. Aun así, mi situación no se compara con la de muchas aliadas que son blanco de ataques sistemáticos en Internet.

Todo esto puede sonar un poco genérico y trivial, ya que la violencia en Internet es algo casi redundante en estos días. Contaré, entonces, algunos casos que viví fuera de ese ámbito.

Cuando asumí el cargo de concejal de Belo Horizonte, en 2017, con el mayor número de votos de la ciudad, fui cuestionada por colegas varones que me preguntaron cómo era posible que yo, tan desconocida para ellos, hubiese ganado tantos votos. En las reuniones de trabajo,

no tardaron en hacerme bromas machistas y racistas, comentarios sobre mi pelo, ropa y tatuajes, preguntas sobre mi vida privada e incluso insinuaciones sobre mi capacidad intelectual. Siempre que sucedía algo así, mantenía mi postura e intentaba tener un enfoque pedagógico, pero era demasiado agotador y era imposible reaccionar cada vez que ocurría. Varios colegas me trataban de niña y les pedí que tuvieran un mínimo de formalidad y respeto. Uno de ellos, a propósito, siguió llamándome “niña” hasta que dejé el concejo municipal, e incluso se burlaba de mí: “¡Niña no, mujer!”.

Interrumpí sesiones para hablar del trato absurdo que las mujeres recibimos en ese recinto. Junto a la concejala Cida Falabella, mi compañera de Gabinetona (mandato colectivo del que formé parte hasta 2020),¹ atravesamos momentos duros que me hicieron dudar si valía la pena persistir. También ofendieron a personas de nuestro equipo, formado por activistas con perfiles muy diferentes. Nos apoyábamos mutuamente y así recuperábamos el aliento para seguir adelante, un día a la vez.

En 2019, al entrar a la Cámara de Diputados, a raíz del gobierno de Bolsonaro y los meses sin respuesta al delito que les arrebató la vida a Marielle y Anderson, tuve miedo de convertirme en blanco del odio. Tenía la intención de actuar con firmeza en la agenda de seguridad pública, para así darle continuidad a mi experiencia en la defensa de los derechos humanos en el mandato municipal, pero cambié de opinión gracias al consejo de personas cercanas a mí que temían por mi integridad. Puedo revivir el malestar que sentí al ver la pésima actuación de los diputados de la llamada bancada da bala (término utilizado para referirse al frente parlamentario integrado por

1 Cuya historia está disponible en el siguiente enlace: <https://memoria.gabinetona.org/>.

políticos que defienden el armamento civil, la flexibilización de las leyes relacionadas con las armas y contra las políticas de desarme). Sería repugnante convivir con ellos de manera cotidiana. Empecé a trabajar con más énfasis en la agenda cultural, un aprendizaje valioso que me reconectó con mi trayectoria como activista del movimiento hip-hop allá por los años 2000. La cultura es sumamente atacada por este gobierno, pero, sin duda, me sentí más segura al dedicarme a ese tema.

El universo de Brasilia es hostil, tóxico y muy complejo, pero con el tiempo me di cuenta de que había visto un poco de todo en el microcosmos del concejo municipal. No me sorprendió que se repitieran las mismas formas de violencia, aunque a mayor escala, pero por primera vez fui víctima de acoso sexual en el ejercicio de mi función parlamentaria. Estaba sentada en el fondo de la sala durante la sesión plenaria de un comité cuando un colega se sentó a mi lado, me sacó charla y, de la nada, puso la mano en mi muslo. Siguió hablando como si no pasara nada, con esa repugnante mano sobre mi cuerpo. Me quedé paralizada por unos segundos, incrédula, reaccioné y aparté su mano. Solo logré decir que él no podía hacer eso. “¿Qué cosa?”, fingió. Me molesté, lo dije en voz alta y respondió que yo no entendía, que estaba loca, que él no había hecho nada. Volví a prestar atención a la reunión, nerviosa, y quedó ahí.

En ese momento, ni siquiera consideré denunciarlo porque sabía que sería una pérdida de tiempo. Imaginate, solo puso su mano en mi pierna. “¿Qué tiene de grave?”, dirían. Solo hablé de lo que sucedió después de que Isa Penna, diputada estatal por São Paulo, fuera acosada sexualmente por el diputado Fernando Cury durante una sesión de la Asamblea Legislativa, a fines de 2020, en una escena filmada y demasiado explícita para que fuera pasada por alto. Di una entrevista a un periódico que registró

el relato de otras diputadas federales, de distintos partidos, que también fueron acosadas por colegas. Al igual que yo, ninguna de ellas hizo una denuncia formal.

Estoy convencida de que el acoso sexual a las mujeres en la política sirve para impedir que cumplamos con nuestras funciones de forma cabal. Creo que la mayoría de las mujeres en la política, si no todas, enfrentan comentarios sexistas y otras formas de violencia por parte de sus colegas hombres. Es un dispositivo capaz de eliminar nuestra presencia de los espacios de poder.

Podría denunciar muchísimos casos, como las discusiones estresantes con colegas en los grupos de WhatsApp (¡incluso circuló un video pornográfico en uno de estos grupos!) o los intentos misóginos de intimidación cuando me postulé a la municipalidad de Belo Horizonte, pero creo que lo esencial es darnos cuenta de la recurrencia de estas prácticas y cómo los efectos refuerzan la subrepresentación política de las mujeres en Brasil. Me sentí sin fuerzas y psicológicamente conmovida en algunas ocasiones, y si no hubiera desarrollado mi coraza feminista y no hubiera tenido el apoyo de muchas personas, probablemente ya habría renunciado a la política institucional. Además de visibilizar y producir conocimiento sobre las violencias que nos afectan, es nuestra función construir estrategias para enfrentarlas en la vida cotidiana y en el funcionamiento de las instituciones, así como articular redes solidarias de apoyo a las mujeres que están en la primera línea del sistema político. Esta publicación hace un aporte importante en ese sentido y es un honor poder compartir un poco de mi experiencia. Agradezco inmensamente a Manu por organizar este conversatorio abierto y motivarnos a narrar estas situaciones difíciles.

Es hora de reparar, de rehacer la historia. “Exu mató un pájaro del pasado con la piedra que arrojó hoy”, afirmó Emicida en la apertura del documental *AmarElo – É tudo*

pra ontem, que se estrenó el 8 de diciembre de 2020, también el día de Nuestra Señora de la Concepción, sincretizado con el amor por Oxum en la cultura popular brasileña. La enseñanza ancestral de origen yoruba recuperada por Emicida nos señala la dirección que podemos tomar para crear las condiciones de transformación del presente y la superación de los escombros del pasado a partir de nosotros mismos, para todas nosotras.

Áurea Carolina

ÁUREA CAROLINA

@aureacarolina



FOTO: LUCAS ÁVILA

Áurea Carolina es la madre de Jorge Luz, diputada federal por el PSOL de Minas Gerais, científica social y educadora popular, especialista en género e igualdad de la Universidad Autónoma de Barcelona y posee una maestría en Ciencias Políticas de la UFMG. Con una trayectoria en defensa de las causas de las mujeres, la negritud, la juventud, los pueblos y comunidades tradicionales, y las personas que viven en la periferia, Áurea también está atenta a las luchas por la cultura viva y la seguridad ciudadana, además de combatir la minería depredadora.

“

**El racismo ni siquiera
respeto la autoridad que
nos confieren los votos.**

BENEDITA DA SILVA

2.

**VIOLENCIA
ESTRUCTURAL EN
LA TRAYECTORIA
DE UNA MUJER
NEGRA**



E **L ODI, EL MACHISMO, EL RACISMO.** Siempre han existido en nuestra sociedad. Además, siempre se cruzaron en mi camino. Desde que aún muy pequeña y pobre les daba a las señoras la ropa que arreglaba mi madre, una lavandera, hasta el día en que entré por primera vez en el Congreso y, por supuesto, no creían que una mujer negra fuera una parlamentaria nueva en aquel lugar donde predominan los hombres y la raza blanca. Pero la contemporaneidad trajo un aliado a esta tríada de violencias: las redes. Son una forma fantástica de conectar a las personas, pero también una herramienta que animó a muchas de ellas a sacar a la luz pensamientos prejuiciosos. En este proceso de violencia, las mujeres son el blanco principal. Las mujeres negras, por ejemplo, son las mayores víctimas de feminicidio. Esta escalada sucede desde hace mucho tiempo.

El entorno virtual brindó la libertad de expresar la violencia y la posibilidad de organizar esas “banderas”. Proliferaron las manifestaciones de odio, como resultado, en particular, del crecimiento de la intolerancia en un mundo cada vez más desigual. Este ruido que va del mundo virtual al real, de hecho, tiene un efecto muy nefasto y enciende episodios que ya tienden al horror. Lo que se repite en las redes se convierte en *bullying*, en rechazo. Muchas veces, la persona ni siquiera conoce el tema, pero sigue repitiéndolo porque le llegó información trunca, *fake news*, mentiras. Mi temor es que tengamos una generación que se sienta cómoda con estas cosas.

Este odio se apoderó de Internet y, en consecuencia, la vida real asusta mucho. Da la impresión de que las personas racistas, machistas y fascistas son una multitud. Genera una profunda tristeza. Pero no estoy intimidada. Hay muchas personas que no están acostumbradas a

sufrir el odio ajeno en la piel y minimizan las cicatrices profundas que esta violencia tatúa en sus víctimas. No es mi caso. Mujer, negra, que viene de la favela, lamentablemente fui y sigo siendo blanco del odio ajeno.

Aun siendo una persona que prestó servicios públicos por más de cuarenta años, conocida por muchas personas, percibo el racismo, el acoso, el prejuicio, la intolerancia, la exclusión. Se queda ahí, incubando, listo para explotar a la primera oportunidad. Hay personas que dicen que no existe el racismo, que se trata de un “prejuicio social”. Es mentira. Aún si logran ascender socialmente, las personas negras enfrentan grandes dificultades y obstáculos. Si logran vivir en un edificio en mejores condiciones, se sospecha que todo lo que sale mal es culpa de la familia negra. El trato en los restaurantes es casi siempre discriminatorio.

Los niños que nacen en la favela aprenden desde muy pequeños a desarrollar un caparazón, una protección, que yo transformé en lucha. Tuve que luchar desde muy temprana edad por el derecho a tener voz, por el pan de cada día, por mi cuerpo. No me avergüenzo del lugar donde vengo. Ya conté esta historia varias veces. Mi padre era albañil, mi madre era lavandera. Cuando era pequeña, nos mudamos a la Chapéu Mangueira, una comunidad en Leme.

Con 13 hermanos, debía contribuir con los ingresos de la familia y logré ayudar a llevar comida a la mesa. Como tuve que trabajar desde muy chica, aún era una niña, terminar los estudios no fue tan fácil. Vendía limones y maní, trabajaba en la feria con mi mamá, en fábricas, fui empleada doméstica. Fue sacrificio, como todo en mi vida. Pero la vida también me llamó al servicio público. Trabajé como portera en una escuela, fui auxiliar de enfermería, docente en la escuela comunitaria de Chapéu Mangueira y empleada en el Detran.

Pero lo que más me cautivó fue el movimiento de mujeres que teníamos en la Asociación de Vecinos. Por supuesto, no fue fácil conciliar el sustento con la lucha política. Me casé a los dieciséis años, como tantas chicas en esa época. En ese entonces, quería hacer más cosas, cambiar la realidad. Para mí, unirme a la lucha feminista fue un encuentro y un aprendizaje. En la lucha por el colectivo hallé un propósito. Es en la colectividad, en la unión de voluntades, que vencemos a los poderosos y encontramos un camino: mejorar la calidad de vida de nuestra comunidad, de nuestro país.

Existían otras dificultades y riesgos. Tampoco era un momento fácil para cualquier tipo de movilización y reivindicación de derechos. Estábamos en plena dictadura militar. Ser el líder de cualquier movimiento implicaba poner la vida en riesgo. Pero continué firme junto a mis compañeras y compañeros, y fui elegida presidenta de la Asociación de Vecinos del Morro Chapéu Mangueira en 1976.

En esa época tan difícil, era parte del departamento de mujeres de la Federación de Asociaciones de Favelas del Estado de Río de Janeiro (Faferj) y del Centro de Mujeres de las Favelas y la Periferia (Cemuf). Me gustaba la lucha política. Soy una de las fundadoras del Partido de los Trabajadores, junto con Lula y tantos grandes compañeros y compañeras de lucha. Fue dentro del PT que fui elegida concejala de Río de Janeiro. Imagínense, en 1982, en plena dictadura, yo, una mujer negra de la favela, me convertí en la primera concejala de Río de Janeiro. Por supuesto que no fue nada fácil. A esos hombres ricos y de familias ilustres no les gustaba mucho que hubiera una mujer, y menos una negra que vivía en la favela. Hubo una campaña de difamación, agresión con palabras y gestos. Episodios de racismo velado y también flagrante. Pero salí adelante con la columna vertebral recta

y un propósito: mejorar la vida de mi comunidad, las mujeres, la población negra, los más pobres, y recuperar la democracia.

Fue en medio de ese tumulto, entre el mandato, la familia y las actividades partidistas, que logré graduarme, en 1984, en la Facultad de Trabajo Social. De hecho, entré a la universidad junto con mi hija Nilcéia, e intenté equilibrar el trabajo de auxiliar de enfermería y la política.

Fui electa diputada federal constituyente en 1986, lo que enfureció aún más a los racistas y a las personas que pensaban que yo no estaba en “mi lugar”. No había muchas mujeres diputadas en esa época. Y menos negras (éramos 11 parlamentarios negros). Tenía la misión de llevar una agenda de reivindicaciones populares y de lucha contra el racismo.

No fue fácil negociar con los representantes de intereses y oligarquías poderosas de esa época, dados todos los privilegios que les dio la dictadura. A esas personas no les interesaban los derechos, no querían que el pueblo tuviera más poder. Pero lo logramos. Incluimos en la Constitución Federal la cláusula pétrea de igualdad y equidad, que considera al racismo un delito que no admite fianza. Para mí, una victoria muy personal, que no fue solo mía, fue la ley sobre las trabajadoras del hogar.

Estoy muy orgullosa de mi trabajo como constituyente. Por supuesto, no pude incluir todo lo que quería en la Constitución. Sin embargo, marqué mi posición en varios puntos importantes. En aquella época, Nelson Mandela seguía encarcelado por el odioso régimen del apartheid en Sudáfrica. Yo estaba a favor de romper las relaciones diplomáticas de Brasil con aquellos países que desarrollaran políticas oficiales de discriminación racial. Voté por la subordinación de los derechos de propiedad privada a los intereses sociales; la creación de un fondo de apoyo a la reforma agraria; la

nacionalización de los recursos del subsuelo; el límite del 12% anual de los tipos de interés reales; el techo a la carga de la deuda externa; la amnistía de las deudas de los micro y pequeños empresarios; el aumento del 50% en el pago de horas extras; la semana laboral de 40 horas; el límite máximo de seis horas para la jornada laboral ininterrumpida; el preaviso proporcional al tiempo de servicio ante el despido de los trabajadores; la licencia de maternidad de 120 días; la pluralidad sindical; la institución del mandato de seguridad colectivo; la despenalización del aborto; la extensión del derecho al voto a los 16 años de edad; y el presidencialismo. Me opuse a la pena de muerte y voté a favor de que el mandato del presidente José Sarney fuera de cuatro años. Todas banderas del PT, de los movimientos sociales y de fuerzas progresistas, incluso de otros partidos.

Pero si bien por un lado era diputada, una autoridad, que realizaba una de las tareas más importantes que puede tener un parlamentario electo, es decir, ayudar a redactar la Constitución democrática para librar al pueblo de los resquicios de la dictadura y protegerlo, por otro lado, todavía enfrentaba el dolor que todas las mujeres y los hombres negros enfrentan a diario en nuestro país. ¿O acaso creen que me trataron como a una persona blanca en los edificios a los que entraba en el Congreso Nacional? Porque el racismo ni siquiera respeta la autoridad que nos confieren los votos. Cuando llegué a la Cámara de Diputados y fui a tomar el ascensor, un empleado muy educado me dijo que era solo para diputados. Le respondí: "Bueno, pertenezco aquí". No soy de las personas que inclinan la cabeza o se rinden.

Seguí adelante, ya que no soy conformista y siempre fui consciente de que nuestro pueblo necesita más, mucho más. Fui reelegida diputada federal con más de 54 mil votos. En ese segundo mandato, fui una de las creadoras

de una comisión parlamentaria de investigación (CPI) para investigar el exterminio de niños y adolescentes en Brasil. En julio de 1990, hubo una masacre en la que mataron a once niños en la favela Acari. No hace falta decir que la mayoría eran negros. Fue algo que me impactó mucho. Las madres de Acari hicieron una movilización increíble. La CPI agitó un nido de avispas, pero lamentablemente no pudimos evitar que ocurrieran otras matanzas posteriores en Vigário Geral y Candelária. La política de exterminio del pueblo negros es de larga data.

No ocurrió solo en Río de Janeiro. Sucedían cosas horribles en otras partes del país. Siempre ha habido policías corruptos. Hoy es peor que entonces porque se realizan operativos policiales violentos en las favelas en los que atacan a la población, en especial a las mujeres y los hombres negros. Es decir, las personas sufren más porque hasta deben hacer las compras según lo que indican las milicias, y las personas más vulnerables pagan el gas más caro, pagan impuestos, sin que el Estado ni las políticas públicas las defiendan.

Pero en cuanto a esa legislatura, yo era la presidenta de la CPI que investigó la esterilización masiva de mujeres en Brasil. El informe final que produjimos demostró que más de 7,5 millones de mujeres brasileñas fueron esterilizadas en contra de su voluntad. La mayoría ni siquiera sabía que le habían hecho una ligadura. Las mujeres enfrentamos obstáculos incluso para tener hijos. Como resultado de la CPI, se repensó la planificación familiar. El Ministerio de Salud tuvo que implementar un Programa de Atención Integral a la Salud de la Mujer. Durante ese mandato, también fui vicepresidenta de la CPI que indagó acerca de la explotación sexual de niños, niñas y adolescentes, un tema acerca del que logramos avanzar mucho gracias a la discusión que se inició precisamente en esa comisión.

Me postulé como candidata a la intendencia de Río de Janeiro por primera vez en 1992, con el Frente Feliz Cidade, que era una coalición de partidos de izquierda formada por el PT, PSB, Partido Popular Socialista (PPS) y el Partido Comunista Brasileño (PCB). El candidato a viceintendente fue el diputado federal Sérgio Arouca del PPS. Fue una campaña dura que mostró cómo funciona la máquina del sistema para masacrar a las personas, en especial si son de la favela, mujeres y negras. En la primera vuelta, obtuve 833.559 votos (32,94% del total de votos válidos), fui la más votada. ¡Enfurecí otra vez a las élites!

En aquella época, presenciábamos a la máquina del odio en funcionamiento en la ciudad, que dio lugar a una polarización ideológica entre mi oponente, César Maia, que era del PMDB, y yo. Comenzaron a suceder algunas “coincidencias”. Figura en los periódicos de la época, y no digo que fuera responsabilidad de mi oponente. No fue el único que quiso evitar que una mujer negra, del PT, que defendía a las empleadas domésticas y al pueblo de la favela llegara a la municipalidad de Río.

Durante el primer fin de semana posterior a la divulgación de los resultados de la primera vuelta, las playas de la zona sur fueron escenario de asaltos colectivos llevado a cabo por niños y adolescentes que supuestamente provenían de la favela. Yo, la expresidenta de la CPI que investigó el exterminio de niños y adolescentes, fui tildada de defensora de “ladronzuelos”.

Mi contrincante, César Maia, tal vez no tenga nada que ver con eso, sin embargo, en los programas de radio y televisión en el horario de propaganda electoral gratuita, solo le faltó decir que mi victoria provocaría la liberación de los asaltantes, lo que generaría un caos urbano y un desorden social generalizado. En aquel entonces, el gobernador Leonel Brizola y el secretario estatal

de Seguridad Pública, Nilo Batista, incluso levantaron la sospecha de que los asaltantes fueron articulados para perjudicar mi candidatura. Entonces iniciaron una campaña sucia de acusaciones contra mí y mi familia, que contó con la sórdida participación de sectores de la prensa local. Aun así, perdí por una diferencia pequeña de alrededor de 68.000 votos.

Regresé para mi mandato en la Cámara. Estoy muy orgullosa de que, en 1993, como titular de la Comisión de Relaciones Exteriores, logré promover iniciativas destinadas a acercar a Brasil al comercio y la cultura de los países africanos. Fui autora de un proyecto que se transformó en ley acerca de la reglamentación de la profesión de trabajador social y la creación del Consejo Nacional de la Niñez y la Adolescencia.

Obtuve más votos para senadora que en la segunda vuelta por la intendencia de Río de Janeiro. Fui elegida senadora con más de dos millones cuatrocientos mil votos. La primera senadora negra de Brasil. Imaginen el peso y la responsabilidad.

En el Senado, mantuve la lucha contra el racismo y a favor de las mujeres y los derechos de los más pobres. Obtuvimos una victoria que se convirtió en un símbolo: el Día Nacional de la Conciencia Negra. Si bien no es feriado en todas partes, es un día establecido en nuestro país para hablar del pueblo esclavizado, que sigue siendo maltratado.

Fui elegida vicegobernadora y asumí el gobierno durante nueve meses. La primera gobernadora y la primera mujer negra en ocupar el cargo. En ese período corto, logré muchos avances para el estado de Río de Janeiro. Por ejemplo, con respecto a la representación en los niveles más bajos, en los 20% de los cargos eran ocupados por personas negras. Por supuesto que intentaban desmoralizarme. Implementé una estrategia de seguridad

pública que sería la abuela de los drones que se usan hoy en día, con dirigibles que monitorean la ciudad de Río desde arriba para orientar los datos de inteligencia. Detuvimos al entonces capo del narcotráfico Elías Maluco, sin derramar sangre de la población, dentro de la favela. Fui pionera en la implementación de cupos en educación superior en la UERJ.

Brasil mejoró mucho con la elección del presidente Lula y, posteriormente, con la presidenta Dilma. Principalmente en relación con las cuotas, el mercado de trabajo y las políticas de igualdad racial. Pusimos en práctica una serie de acciones afirmativas, avanzamos en estos lineamientos y en el fortalecimiento de derechos.

Durante el primer gobierno de Lula, fui ministra de Desarrollo Social y ayudé a implementar Fome Zero, parte fundamental del programa Bolsa Família. Luego fui secretaria estadual de Asistencia Social y Derechos Humanos en Río de Janeiro, y llevé cursos de capacitación para jóvenes y mujeres a más de treinta comunidades, entre otras acciones, lo que prácticamente eliminó la violencia que involucra a los jóvenes en esas comunidades. Estoy muy orgullosa de ese trabajo.

Regresé al Congreso Nacional en 2010 como diputada federal. Tuve la suerte de ser ponente de la propuesta de reforma constitucional (PEC) que amplió los derechos laborales de las trabajadoras del hogar, lo que me permitió escuchar a las compañeras y desarrollar con ellas la ley. A los nueve derechos incluidos en la PEC, logré sumar dieciséis más. Fue sancionada por la presidenta Dilma. Subí a mi banca con uniforme de empleada doméstica, para demostrar que estaba allí representando a mis compañeras de lucha. Me esfuerzo por recordar de dónde vengo.

Debido al golpe de Estado contra Dilma, quien vivió tantas agresiones machistas, el retroceso en nuestro

país es inmenso. Es como si hubieran abierto una canilla y el odio hubiera escurrido como en una catarata. Por supuesto, fue orquestado por el gobierno actual.

La violencia contra la mujer alcanzó niveles terribles. De racismo ni se habla. La población está en la pobreza, hambrienta. Si ya todo estaba mal, la pandemia y la actitud delictiva y genocida de Bolsonaro agravaron la situación. ¿Y quién es la principal víctima? La población negra de las favelas, las negras embarazadas, los negros ancianos.

La salida es la unión de las fuerzas democráticas, necesitamos derrotar esta cloaca que se desbordó con el ascenso de Bolsonaro. Este gobierno logró agudizar la pandemia, destruir nuestro medio ambiente, socavar derechos. Estamos viviendo un momento muy difícil. Para estas personas, el racismo y el machismo que estaban ocultos se convirtieron en una especie de trofeo. Vemos lo que sucede con la Fundação Palmares, con el sector cultural, con la educación.

Aún así, logramos victorias importantes. Logramos aprobar la Ley Aldir Blanc, para ayudar a los trabajadores y artistas durante la pandemia. Aumentamos la ayuda de emergencia a BRL 600 (el gobierno de Bolsonaro quería pagar solo BRL 200). Ahora, estamos luchando para que se siga pagando. Mis victorias también se volvieron conocidas. La consulta que hice al Tribunal Superior Electoral (TSE) sobre la división de los recursos del fondo del partido y las cuotas para los candidatos negros se convirtió en una garantía en el Tribunal Supremo Federal (STF) y generó una discusión sobre la representación política de los negros y las negras. Sin duda, contribuyó a que hubiese muchas candidaturas negras y resultaran victoriosas en las elecciones de 2020. Pero también enfrenté dificultades. A pesar de ser siempre muy bien recibida en las comunidades y en las calles (siempre respeté el uso de

mascarilla y alcohol en gel), enfrenté una campaña por la intendencia muy dura, que incluyó ataques machistas y racistas. Hasta recibí amenazas de muerte. Incluso en mis redes sociales, nunca se detuvieron.

Es necesario avanzar en el control social de las plataformas de Internet y en la lucha diaria contra el racismo fuera de ella. Necesitamos medidas más eficaces para movilizar a la sociedad y a todas las fuerzas democráticas para vencer al oscurantismo. No es fácil acabar con el odio, pero hay que contenerlo con firmeza.

Benedita Da Silva

La violencia contra la mujer alcanzó niveles terribles. De racismo ni se habla. La población está en la pobreza, hambrienta. Si ya todo estaba mal, la pandemia y la actitud delictiva y genocida de Bolsonaro agravaron la situación.

BENEDITA DA SILVA



BENEDITA DA SILVA

@instadabene

Benedita da Silva se formó como auxiliar de enfermería y se graduó en Trabajo Social. Ejerce su cuarto mandato como diputada federal por el PT/RJ. Fue la primera mujer negra en ocupar los cargos de concejala en Río de Janeiro, diputada federal en la Asamblea Constituyente de 1988, senadora de la República y gobernadora de Río de Janeiro. Fue ministra de la Secretaría Especial de Trabajo y Asistencia Social. Entre los principales logros de Benedita da Silva están la PEC para las trabajadoras del hogar, la designación del 20 de noviembre como Día Nacional de la Conciencia Negra, la adición de Zumbi dos Palmares en el Panteón de los Héroes y Heroínas Nacionales, la sanción de la Ley de Emergencia Cultural Aldir Blanc. Gracias a la consulta que realizó al TSE, en 2020 las candidaturas de personas negras obtuvieron la redistribución del fondo del partido y el tiempo de propaganda electoral.

“

De hecho, la misoginia solo tiene como objetivo a las mujeres que se desvían de los patrones dominantes, en especial, de la norma según la cual son los hombres quienes ejercen el poder.

DILMA ROUSSEFF

3.

**MISOGINIA Y,
MANIPULACIÓN
MEDIÁTICA**



E N BRASIL, SE UTILIZAN VARIOS RECURSOS para descalificar e interditar líderes políticos que no son tratados como adversarios, sino como enemigos que deben ser destruidos, en especial aquellos contrarios a la agenda neoliberal y al conservadurismo de derecha. Las *fake news* y otras formas de manipulación mediática se convirtieron en uno de los canales de difusión del odio, la violencia y toda forma de prejuicio, un instrumento de ataque por excelencia en esta época de gran predominio de las redes sociales. En este contexto, la misoginia en la sociedad, las instituciones y los medios de comunicación se volvió una poderosa arma de control y disuasión de la actividad política de las mujeres, y se manifiesta principalmente en los períodos electorales, durante los gobiernos y en la actividad parlamentaria. Recientemente, en las elecciones municipales de 2020, presenciamos una persecución sistemática a las candidatas a la intendencia y el concejo municipal, y en 2016 las acciones se centraron en garantizar las condiciones para el golpe. Destacaré, en este texto, uno de los métodos utilizados por el aparato mediático de los grandes grupos de comunicación con el objetivo de influenciar, controlar, tergiversar y, por último, dominar la visión que la sociedad tenía de mí y mi gobierno, lo que propició la ruptura institucional con el golpe de Estado de 2016, con el apoyo específico de la misoginia.

Los tradicionales y monopolistas medios brasileños hicieron lo posible y lo imposible, practicaron un inaceptable y éticamente reprochable modelo de manipulación con el fin de desinformar. Actuaron como un partido político, en el sentido que describió el pensador marxista italiano Antonio Gramsci, ya que se convirtieron en protagonistas de la creación del

ambiente que condujo a la ruptura de la democracia en 2016 y nos condujo a la situación desastrosa que enfrenta Brasil hoy.

Con Bolsonaro vivimos la secuencia de ese golpe, de manera reproducida y continuada. Estos medios, como *Estadão*, *O Globo* y *Folha*, actuaron de forma deliberada al manipular la información con el fin de impedir la cuarta victoria presidencial consecutiva del PT en 2014; de desestabilizar al gobierno que había sido reelegido; de sostener la farsa legal y política que condujo a un golpe de Estado disfrazado de juicio político; de tratar de socavar la imagen del Partido de los Trabajadores ante el pueblo brasileño y la reputación de Lula como el mayor líder popular de la historia, al prohibir su candidatura a la presidencia en 2018; y de restaurar el neoliberalismo en el poder, al elegir y apoyar a un neofascista descalificado. En ese proceso, el protagonismo indiscutido estuvo encabezado por Organizações Globo, con sus periódicos, radios y emisoras de televisión, y con amplia e incondicional complicidad activa de las demás grandes empresas de comunicación, todas ellas pertenecientes, en régimen de oligopolio, a media docena de familias multimillonarias que siempre se benefician de todos los regímenes que ayudan a construir y sostener.

La misoginia en la sociedad, las instituciones y los medios de comunicación se volvió una poderosa arma de control y disuasión de la actividad política de las mujeres, y se manifiesta principalmente en los períodos electorales, durante los gobiernos y en la actividad parlamentaria.

No existió concepto periodístico, norma ética ni principio civilizatorio que la prensa no atropellara con el objetivo de provocar la salida del PT del poder y el intento, hasta ahora fallido, de destruir el partido. No hubo

artimaña que le resultara ajena, ya que apeló a todos los recursos: mentiras, falsedades, partidismo, tergiversación de los hechos, presiones a autoridades e instituciones, teorías conspirativas, prejuicios de clase y, en mi caso concreto, misoginia descarada. Siempre prevaleció la manipulación para engañar al público e inducirlo a un error de juicio.

Esto se debió a la manipulación (de contenido, gramática y énfasis) en cientos de titulares y editoriales de diarios y revistas, miles de títulos internos, textos y notas de columnistas, y horas y horas de audio en estaciones de radio y entrevistas de televisión, invariablemente con la intención de provocar en el público emociones y sentimientos negativos en contra mía y de Lula. También hubo una fuerte producción de notas, reportajes, titulares, fotos y portadas descaradamente misóginas con el fin de imponer las cadenas del patriarcado a la primera mujer presidenta de Brasil.

Es un hecho que la tirada, el número de suscriptores y la audiencia de los periódicos impresos en Brasil cayó significativamente en la última década. Se volvieron mucho menos relevantes para sus lectores directos, pero no perdieron la capacidad de repercusión. Los titulares y las noticias principales de los periódicos impresos se transcriben, citan, comentan y amplían en todos los medios: en las versiones electrónicas del propio periódico, en las radios, en Internet y, de manera más impactante, en los telediarios. Así, una manipulación que aparece por la mañana en la edición impresa del periódico *O Globo*, sin duda estará en los telediarios de la empresa, será repetida y comentada hasta el hartazgo en Globo News, será noticia todo el día en CBN, copiada y repetida por los otros medios, circulará de forma masiva en las redes sociales y tendrá su momento culminante, a las ocho de la noche, durante interminables minutos en el Jornal Nacional. Es

un tsunami de manipulación. A menudo, un titular de periódico en particular llega a los quioscos por la mañana solo con ese fin. Este efecto dominó del monopolio es social y políticamente pernicioso, lo que demuestra que debe prohibirse que el poder antidemocrático resultante de que un mismo grupo controle todo tipo de medios.

Los investigadores que estudian el tema de la manipulación mediática identifican con precisión este proceso en la prensa brasileña. Uno de ellos es Teun Adrianus van Dijk, lingüista reconocido por su contribución al campo del “análisis del discurso”, autor de un trabajo llamado *Como a Rede Globo manipulou o impeachment da presidente do Brasil, Dilma Rousseff* [Cómo la red Globo manipuló el juicio político a la presidenta de Brasil, Dilma Rousseff]. Muestra que la manipulación se dio al presentar las sospechas como hechos de forma insistente, sin las reservas que se deben hacer sobre las acusaciones no juzgadas. Al público le cuesta distinguir los hechos de las acusaciones cuando estas últimas se repiten todos los días, sin un espacio justo para la defensa. El autor recuerda que el Grupo Globo “reaccionó con furia ante la acusación de que el juicio político había sido un golpe de Estado”, lo que hasta el día de hoy sostiene una parte de la población, juristas independientes y la prensa extranjera, porque la historia del grupo está manchada por su apoyo al golpe militar de 1964 y porque era evidente que el pedaleo fiscal era apenas un pretexto para un juicio político que, en realidad, se trató de una trama golpista en la que la propia red Globo jugó un papel importante. Según el estudio, la principal estrategia de manipulación de Globo fue la satanización y deslegitimación de los presidentes Lula y Dilma, condiciones cruciales para el juicio político y el bloqueo de la candidatura de Lula en las elecciones presidenciales de 2018.

Van Dijk concluye lo siguiente: “Un análisis de los titulares y editoriales del grupo mostró que el periódico manipuló de manera sistemática a los lectores, la opinión pública y los políticos para promover y legitimar un golpe de Estado en forma de juicio político contra Dilma Rousseff. Lo hizo no solo a través de diarios y editoriales sobre la supuesta conducta delictiva de Dilma, Lula y el PT, sino a través de diversas estrategias discursivas, como presentar las denuncias como hechos, celebrar y legitimar al juez anti-PT Sérgio Moro, la cobertura populista de las manifestaciones [...] y un ataque a la acusación de que el juicio político fue en realidad un golpe político”. El Grupo Globo se convirtió en “vocero de una conspiración ideológica de la oligarquía conservadora para regresar al poder político después de 13 años, así como confirmar y dar continuidad a su poder económico”.

La lingüista brasileña Letícia Sallorenzo publicó un libro basado en su tesis de maestría, *Gramática da manipulação* [Gramática de la manipulación], en el que corrobora la conclusión de que la prensa ejerció una fuerte manipulación política, no solo durante el proceso golpista, sino antes, durante la campaña electoral de 2014. La autora analizó 340 titulares y títulos de los diarios *O Globo* y *Folha de São Paulo*, publicados en las últimas cuatro semanas de la campaña correspondiente a la segunda vuelta, e identificó también gran contenido misógino en la elección de las palabras y en la sintaxis de los títulos.

De los 340 titulares, según constató, ninguno desfavorecía a Aécio Neves ni lo menospreciaba. Cuando los titulares relataban alguna crítica hecha por mí a los opositores, la forma gramatical más utilizada era “Dilma ataca”, nunca “Dilma critica”. En los titulares sobre Aécio, por otro lado, nunca se utilizó el verbo “atacar”. El tratamiento diferenciado es característico de la misoginia

disfrazada para inducir al lector. "Atacar" es un verbo agresivo, deshumanizado, que indica una acción propia de alguien que pierde el control. Para los misóginos, es cosa de mujeres. "Criticar", verbo utilizado en los titulares sobre Aécio, presupone raciocinio y equilibrio. Cosa de hombres.

Uno de los titulares analizados ("El debate acalorado incluyó ataques personales; Dilma la pasó mal") repite el mantra misógino. Los ataques no fueron mutuos, solo provinieron de Aécio, que fue eximido de aparecer en el título. Pero el titular sugiere que me sentí mal después del debate por no haber resistido los ataques personales que sufrí. Una vez más, la imposición de la tradición patriarcal, que relaciona a la mujer con la fragilidad, la delicadeza y la falta de preparación. El titular invita al lector a pensar de esa manera.

En la misma semana, O Globo publicó como principal titular político lo siguiente: "Dilma lanza un ataque personal y acusa a Aécio de usar la maquinaria". Un lector imparcial preguntaría: ¿Cómo puede denominarse un ataque personal si se trata de una acusación por usar la maquinaria administrativa? Incluso si el verbo "atacar" se hubiera vuelto obligatorio cuando se trata de críticas hechas por mí, en todo caso sería un ataque político, no personal. Letícia Sallorenzo identifica aquí, nuevamente, signos de misoginia, ya que se "explota el estereotipo de la mujer al hacer referencia a reacciones histéricas".

Sin embargo, contra los deseos de la prensa, gané las elecciones. Pero *O Globo* y *Folha* no se dieron por vencidos. En las 72 horas posteriores a los resultados de las urnas, publicaron ocho titulares en los que me identificaban como "derrotada". Se debió a que la Cámara vetó el proyecto de ley que mi gobierno había presentado cuatro meses antes de las elecciones para reglamentar

la participación de la sociedad civil a través de consejos populares. Dos de esos títulos fueron los siguientes: “La Cámara impone la primera derrota a Dilma después de la reelección” y “El Congreso amenaza con imponer más derrotas a Dilma en el pleno”. Aquí, la versión es que los hombres que presidían el legislativo exhibieron su poder y “pusieron contra la pared” a una mujer, lo que la identifica otra vez como vulnerable. Los diarios sugieren al lector que otro poder institucional suprime el poder de la presidenta recién electa. La manipulación fue tan grosera, que el proyecto aún no fue vetado de manera definitiva. Lo que importaba era solo la sensación que se transmitía al lector, la construcción de un ambiente de hostilidad y la imposición de la misoginia.

En la conclusión de su tesis de maestría, Letícia afirma que hubo una clara manipulación ideológica en los titulares: “Los periódicos construyeron una narrativa en la que Aécio era un hombre bueno, capaz, preparado, reflexivo, y Dilma era una mujer desequilibrada y apasionada, que atacaba por desesperación y que, aunque ganó las elecciones, era 'derrotada' de manera sucesiva por medio de titulares inocuos que tenían poco o ningún contenido periodístico fáctico”.

La profesora de Estudios Lingüísticos Perla Haydée da Silva escribió una tesis doctoral en la que analizó tres mil comentarios sobre mí en la página oficial del Movimento Brasil Livre (MBL), un grupo de extrema derecha cuyas manifestaciones políticas, durante el proceso de juicio político, fueron legitimadas, toleradas y reproducidas por el Grupo Globo y otros grupos importantes. Según la investigadora, las agresiones personales giraron en torno a expresiones insultantes como “loca, tonta, prostituta y repugnante”, y a frases como “Dilma, andate a tu casa”, “Andá a lavar la ropa”, “Andá a vender Jequití”. Los mensajes “siempre asociaban la

imagen de la mujer al espacio doméstico, como si no fuera capaz de estar en una posición de poder o mando. Ella pertenece a ese espacio y el hombre es quien ocupa el espacio público”.

La conspiración que condujo al golpe siempre dependió de la manipulación de la información por parte de los medios y de un componente misógino que fue reproducido sin cuestionamientos. De hecho, no es exagerado decir que el proceso golpista comenzó en el momento exacto (20:27:53 del 26 de octubre de 2014) en el que Globo News anunció de forma oficial que había ganado las elecciones. Minutos después, la bancada de periodistas de la emisora ya discutía la posibilidad de un juicio político. Dos días antes de la elección, Merval Pereira, que era parte de la bancada de Globo News, ya había escrito en su columna del diario *O Globo*, basándose en un artículo falso de la revista *Veja* (que adelantó su edición 72 horas para reaccionar a las encuestas que mostraban que ganaría las elecciones), que “el juicio político a la presidenta será inevitable si es reelegida el domingo”.

Antes de que el proceso llegara al Senado, la prensa defendía mi renuncia. *Folha* publicó un editorial en primera plana exigiendo mi renuncia, incluso antes de que la Cámara de Diputados votara el proceso de juicio político. Por supuesto que no renuncié. Si lo hubiese hecho, me habría sometido a lo que querían los golpistas y habría deshonrado mi historia personal. Entonces, la prensa empezó a defender la tesis de que yo no debía ir en persona al Senado a defenderme, el día de la votación del juicio político, porque sería confrontada y hostigada por los senadores de la oposición, en especial por la mayoría formada por hombres. Una vez más quedó en evidencia la misoginia, el desprecio y el machismo de quienes piensan que una mujer no tiene la

fuerza para enfrentar una situación tan difícil. Una vez más, hice lo que la vida me enseñó: desobedecí y enfrenté cara a cara a mis verdugos, porque entendí que estaba del lado correcto de la historia y tenía el deber de defender mis posiciones y mi narrativa.

Una vez que se llevó a cabo el golpe, la foto oficial del ministerio designado por el golpista, Michel Temer, fue prácticamente un retrato del orden misógino: un grupo numeroso de hombres, solo hombres, y no fue al azar que fueran todos blancos y ninguno joven, quienes sucedían al gobierno de una mujer, en un período en el que se había incrementado la participación de la mujer en la política, en cuanto a puestos de poder y derechos. Claramente, el palco en el que se exhibían era el podio de la victoria del patriarcado neoliberal. Según el jurista Lucas Correia de Lima, quien escribió sobre la escena, la misoginia, el repudio a la mujer y la exclusión de género estuvieron en el origen y desarrollo del proceso de convulsión política e institucional que llevaron al golpe y, cabe agregar, nos conduce aún hoy al colapso de Brasil como nación civilizada. Para él, el juicio político carece de justificación legal y está plagado de odio misógino.

Tal resentimiento ya había sido exhibido de forma copiosa en la infame sesión plenaria de la Cámara que autorizó el juicio político. Fue allí que, en medio de tantas manifestaciones groseras y abyectas, un diputado del llamado "bajo clero" cometió la ignominia de rendir homenaje al hombre que, según él, era mi "mayor miedo", ya que me había torturado cuando estuve detenida durante la dictadura militar. El diputado no fue sancionado por ello y los medios no lo criticaron con la severidad debida. Al contrario, dos años después, pasó de desempeñar la función de defensor de un torturador en el pleno a presidente electo de la República, con

el obsequioso apoyo, explícito o implícito, de la prensa. No por lo que él era, porque todo el mundo sabía lo que era, sino por que representaba los intereses del mercado y el neoliberalismo. De la misma época del golpe, hay dos portadas que iniciaron la campaña misógina contra una presidenta electa que los medios querían derrocar. Una foto publicada en el periódico *Estadão*, en la ceremonia de encendido del pebetero olímpico, muestra una superposición de imágenes que creaba la ilusión óptica de que mi cabeza estaba entre las llamas. La imagen recordaba a los más atentos la condena a la que, en la Edad Media, eran sometidas las mujeres acusadas de brujería por afrentar los dogmas y la servidumbre femenina impuesta por un mundo en el que solo los hombres, la aristocracia y el clero mandaban y tenían derechos.

En el caso de otra portada de esa época, de la revista *IstoÉ*, ni siquiera fue necesario recurrir a analogías históricas para entender la fuerte agresión misógina. La revista inventó, desde la foto de portada hasta la última línea de texto, que estaba desequilibrada emocionalmente. La imagen de la portada era un fraude para sustentar el insulto: una foto en la que yo estaba gritando, de hecho, celebraba un gol de la selección brasileña en un estadio, y que, recortada para lograr mi rostro en primer plano, parecía una reacción histérica descontrolada en otro ambiente.

La prensa nunca condenó de manera debida la misoginia y, en muchos casos, el machismo truculento que enfrenté. A no ser por contadas excepciones, ni siquiera las mujeres periodistas lo hicieron. De hecho, uno de los autores de la entrevista falsa de *IstoÉ* era una mujer, periodista de esa revista. La escritora Simone de Beauvoir afirmó, de manera anticipada, que “el opresor no sería tan fuerte si no tuviese cómplices entre los

propios oprimidos”. Esto sucede, en especial, cuando el objetivo es un ascenso social o profesional rápido.

La filósofa australiana Kate Manne, dedicada a la investigación en el campo del feminismo y la moral, facilita la identificación de las actitudes misóginas en las relaciones sociales en su libro más popular *Down Girl: The Logic of Misogyny*. Ella define la misoginia como una dimensión específica de un orden social todavía mayoritariamente patriarcal, generalmente ejercida por hombres que actúan como una especie de “policía”, cuya función es castigar, reprimir y suprimir las violaciones de las normas del patriarcado.

Según Kate Manne, “cuando una mujer incursiona en un territorio históricamente reservado a los hombres, lo más probable es que sufra reacciones de resentimiento, indignación y hostilidad debido a la misoginia que expresan tanto hombres como mujeres. Muchos seguirán intentando ponerla en su lugar otra vez por medio de estrategias como desanimarla, ridiculizarla, humillarla, desprestigiarla o incluso aludir a su sexualidad, en definitiva, silenciarla”.

La filósofa afirma que es ingenuo interpretar la misoginia como odio y desprecio hacia todas las mujeres. De hecho, la misoginia solo tiene como objetivo a las mujeres que se desvían de los patrones dominantes, en especial, de la norma según la que son los hombres quienes ejercen el poder. Manne cree que la mujer que se sale del patrón patriarcal será identificada como fría, arrogante, hambrienta de poder, poco confiable y moralmente sospechosa, ya que reclama espacios a los que no tiene derecho e incumple su función como mujer en un sistema que favorece a los hombres.

La misoginia no fue en sí misma el único instrumento. ni siquiera la única dimensión, de un golpe de Estado como el que ocurrió en Brasil en 2016. Fue útil para los

golpistas y fue utilizada por los medios de comunicación para construir un ambiente de rechazo a la primera mujer presidenta de la república. La misma prensa, en nombre de las mismas élites, recurrió a otro tipo de prejuicios contra Lula: ¿cómo un obrero de origen pobre, que no frecuentaba los salones de la burguesía y se sentía más cómodo en el piso de la fábrica, podía suceder a un intelectual considerado refinado y gobernar bien Brasil?

Tanto el obrero como la mujer lideraron uno de los períodos de mayor prosperidad e inclusión social de nuestra historia. En rigor, no fueron perseguidos solo por ser un obrero y una mujer, sino porque repelieron el neoliberalismo y gobernaron para los trabajadores, los pobres y los vulnerables. Ese fue nuestro gran e imperdonable delito.

Las mujeres estamos construyendo nuestros sistemas de lucha, denuncia e interdicción ante los artificios y las acciones misóginas que suceden en la política, como esta publicación organizada por Manuela d'Ávila. También destaco el manifiesto presentado aquí por la diputada Maria do Rosário, ¡Para todas nosotras!, que lanzó en las elecciones de 2020 y abre espacio para la creación de un Observatorio contra la Misoginia en la Vida Política y por la Democracia. Como dice el manifiesto, “Cada vez que una mujer es irrespetada como mujer por parte de quienes quieren silenciar su voz y afectar el liderazgo político que ejerce, se destruye la democracia”. ¡Luchemos contra la misoginia y el neoliberalismo, y por la democracia!

De hecho, la misoginia solo tiene como objetivo a las mujeres que se desvían de los patrones dominantes, en especial, de la norma según la que son los hombres quienes ejercen el poder.

Dilma Rousseff

La misoginia en la sociedad, las instituciones y los medios de comunicación se volvió una poderosa arma de control y disuasión de la actividad política de las mujeres, y se manifiesta principalmente en los períodos electorales, durante los gobiernos y en la actividad parlamentaria.

DILMA ROUSSEFF

DILMA ROUSSEFF

@dilmarousseff



FOTO: **STEPHANE**

Dilma Rousseff es expresidenta de Brasil y fue la primera mujer elegida para presidir el país. Dilma inició su vida política al unirse a organizaciones que lucharon contra la dictadura militar. Luego de ser condenada por "subversión" por la dictadura, Dilma pasó casi tres años en prisión. En la década de los setenta se trasladó a Porto Alegre y se dedicó a la Campaña de Amnistía. Es licenciada en Economía graduada de la UFRGS. Fue secretaria de Hacienda del Gobierno Municipal de Porto Alegre en los ochenta. A principios de los noventa, presidió la Fundação de Economia e Estatística de Río Grande del Sur. En 1993, se convirtió en secretaria de Energía, Minas y Comunicaciones de Río Grande del Sur. Fue ministra de Minas y Energía hasta 2005, y ministra de la Casa Civil. En 2010, fue elegida presidenta de Brasil. En 2014 fue reelegida. Dilma fue objeto de un golpe de Estado disfrazado de juicio político en 2016.

“

Si es necesario que yo dé un paso hacia atrás para que el grupo al que pertenezco dé dos pasos adelante, ¡no dudo en hacerlo!

DUDA SALABERT



4.

**LA OSCURIDAD
NO SE COMBATE
CON MAS
OSCURIDAD**

13/03/2018

POR PRIMERA VEZ EN LA HISTORIA DEL PAÍS, una travesti se postularía para senadora. Estábamos atravesando la mayor crisis del capitalismo desde la Gran Depresión de 1929.

Sabemos que crisis, en una sociedad capitalista, es sinónimo de desaparición de los derechos que nos hacen humanos y de intento de reducirnos a una máquina, a un objeto que se limita a trabajar y producir.

En este escenario de crisis económica aguda, entendí que sería importante construir resistencias disputando la dimensión simbólica. Lo simbólico es todo lo que no es concreto, inmaterial. Es en lo simbólico donde residen la fe, los sueños, las pasiones, las utopías, todas instancias que nos humanizan y nos diferencian de las máquinas y los objetos. En estos momentos de crisis, no solo nos urge gritar que queremos comida, sino también bebida, diversión y arte. Parafraseando a Trotsky, luchamos no solo por el pan, sino también por la poesía. El arte y la poesía son manifestaciones mayúsculas de la dimensión simbólica, de la dimensión humana.

Entendí, en ese contexto, que mi candidatura al Senado traería esta lucha simbólica al campo político. En su etimología, la palabra "senado" carga con el significado de "señores", "cámara de los señores". Recordemos que recién en 2016 se construyó el primer baño de mujeres en el Senado brasileño. Por lo tanto, que una travesti quiera penetrar en el espacio de los señores sería sumamente simbólico. El senado es también un recinto ocupado por señores mayores, ya que la edad mínima para postularse a tal cargo era, hasta entonces, 35 años. Con respecto a ello, vale la pena señalar que se calcula que la esperanza de vida de una travesti en Brasil no supera los 35 años, hecho que le daría otro

valor simbólico a la candidatura. Además, el Senado es un recinto tradicionalmente ocupado por señores moralistas. Que el cuerpo de una travesti, que se considera inmoral a nivel social, se atreva a entrar en tal espacio sería, en definitiva, una gran afrenta al orden establecido y haría que la candidatura se extrapolara del nivel de lo concreto, lo ordinario, y alcanzara el nivel de lo simbólico, de lo extraordinario.

Entonces, a las 6 p. m. anuncié mi precandidatura al Senado.

14/03/2018

Abro Whatsapp en mi celular a las 10 p. m. y en el grupo del PSOL escucho el audio de una voz sollozante que decía que acababan de asesinar a la concejala, compañera de lucha y partido, Marielle Franco... Esa noche no dormí.

15/03/2018

Me levanté temprano, ya que tenía que dar clases a las 7 a. m. En la escuela, los colegas y alumnos me felicitaron por mi precandidatura, sobre la que habían leído en los diarios. Por dentro solo pensaba en lo siguiente: mi cuerpo, que ya es un blanco ambulante, a partir de ahora estará en la mira de esta estructura de odio que es la política institucional. No bastaba con cargar con la sombra de vivir en el país que desde hace más de una década lidera el ranking de asesinatos contra travestis y transexuales, ahora viviría bajo el lente del odio de políticos, militantes y partidos reaccionarios.

Pasé todo el día pensando en retirar mi precandidatura. Al final del día, concluí que mantendría la candidatura por Marielle. Por las travestis y transexuales, aceptaría exponer mi cuerpo al proceso electoral en ese contexto de crisis, odio y auge del neofascismo.

10/07/2018

Publiqué en mis redes sociales una foto en la que vestía una blusa que tenía las siguientes palabras: “Profesora, travesti, lesbiana y vegana”. En menos de una hora, recibí cientos de mensajes de odio. Entre ellos, la palabra que más apareció fue “asco”. Confieso que, al principio, esos mensajes no me incomodaron, porque por donde camino noto las miradas de asco que ciertos sectores de la sociedad proyectan sobre mi cuerpo, sobre mi existencia. Sin embargo, los mensajes de odio se multiplicaron en cantidades absurdas. Vi que dos personas de la familia Bolsonaro habían compartido mi foto en sus redes. Recibí tantos mensajes de odio por minuto que Instagram bloqueó mi cuenta. En plena campaña electoral, estuve diez días sin poder publicar en Instagram y Facebook.

11/07/2018

No conformes con los mensajes de odio, las personas comenzaron a evaluar de forma negativa la página de Facebook de la escuela donde trabajo desde hace doce años.

Comenzaron a llamar y enviar correos electrónicos a la escuela para pedir mi renuncia. Los padres de los alumnos, ante la repercusión, programaron reuniones con la junta escolar porque consideraron que mi presencia era un problema. Una madre me acusó de ser narco-trafficante y pidió que la policía me arrestara.

Cuando me postulé para el Senado, sabía que las posibilidades de que me despidieran serían altas. También sabía que, si me despedían, era poco probable que otra escuela me contratara. Recordemos que el 90% de las travestis y transexuales del país deben prostituirse debido al prejuicio odioso que estructura nuestra sociedad y que excluye a las identidades trans del mercado de

trabajo formal. Para nosotras, las travestis, la prostitución es casi obligatoria. Sin embargo, consciente de esta realidad, me prometí lo siguiente: si es necesario que yo dé un paso hacia atrás para que el grupo al que pertenezco dé dos pasos adelante, ¡no dudo en hacerlo! Mantuve mi candidatura al Senado.

12/07/2018

Alumnas y alumnos organizaron un encuentro religioso en el estacionamiento de la escuela en mi honor. En cada aula en la que entraba, era recibida con aplausos de pie por los estudiantes. Uno de esos grupos hizo una camiseta con mi foto como expresión de cariño y apoyo. Recibí flores, abrazos, besos, obsequios y miles de mensajes de cariño de mis alumnos que se organizaron de manera colectiva para responder a todos los mensajes de odio que recibí y había recibido en mis redes sociales. ¡Por cada mensaje de odio que aparecía, aparecían diez mensajes de apoyo y cariño!

07/10/2018

Logré llegar al día de las elecciones sin ser despedida de la escuela. Hice toda la campaña para el Senado sin pedir licencia en el trabajo. Trabajaba cincuenta horas por semana. Los otros candidatos al Senado (Dilma Rousseff, Rodrigo Pacheco y Carlos Viana) hicieron campañas millonarias. Para mi campaña, contaba con BRL 15.690. Sabía que las posibilidades de ganar eran pocas, pero eso no me importaba, porque nuestros sueños no caben en las urnas.

Llegó el resultado: perdí la elección, pero fui la cuarta mujer más votada en la historia de las elecciones de Minas Gerais. ¿Podría ser esa la mayor victoria? No. Me votaron en todas las urnas y ciudades del estado. ¿Sería esa la mayor victoria? Tampoco. Para mí, la mayor

victoria es escuchar en todas partes a las personas LGBT decir la siguiente frase: "Duda, mi padre no me acepta, pero dijo que votó por vos". Y yo respondo: "Tu padre te acepta, pero le cuesta aceptar sus propios prejuicios. Tu padre no votó por mí, sino por sí mismo, para cambiar su propia visión de la diversidad". Entonces, esa es la mayor victoria: saber que más de 350.000 personas se permitieron sentirse representadas por una travesti. ¡No fue una victoria concreta, sino simbólica!

28/10/2018

Día de la votación de la segunda vuelta de las elecciones presidenciales. Acompañé el escrutinio desde la sede del PT en Belo Horizonte. En el lugar, la atmósfera era melancólica. Mi compañera pidió que pusieran música. Todos la ignoraron. El resultado de las elecciones llegó como un relámpago: rápido, fulminante y devastador. Las personas lloraban en el suelo. Era un llanto colectivo de desesperación que nunca antes había visto. Muchos gritaban: ¡nos va a matar! En las calles, autos de lujo tocaban bocina. En el cielo, muchos fuegos artificiales.

Mi compañera y yo tomamos un taxi. Cuando llegamos a casa, se fue a la habitación a llorar. En la sala, me desesperé al ver un auto estacionado justo afuera de mi casa cuyo conductor gritaba "Bolsonaro", tocaba la bocina y apuntaba las luces altas hacia mi ventana. Pensé: saben dónde vivo. Mi vida está en peligro. Tengo que mudarme.

15/10/2020

Pasaron dos años de las elecciones al Senado. Durante ese período, cambié de partido y seguí enseñando en la misma escuela. Ahora me postulo para concejala de Belo Horizonte en una elección en la que, sorprendentemente, no sufrí ningún ataque de odio importante. Me prometí a mí misma y a la sociedad que, si ganaba las

elecciones, seguiría enseñando, porque soy docente, a pesar de estar en la política. Entiendo que mi participación en el aula implica un papel político más relevante que mi participación en la política institucional, ya que, de hecho, lo que provoca un cambio en la sociedad no son las leyes nuevas, sino las nuevas conciencias. Y se desarrollan en el entorno escolar.

Alrededor de las 11 de la noche, se publicaron los resultados de las elecciones, en las que fui la persona más votada en la historia de Belo Horizonte y la primera transexual en ser elegida concejala de la capital. ¡Una victoria concreta y simbólica! Una victoria de la democracia, los derechos humanos y los movimientos sociales. Fueron más de 37 mil votos. Este resultado me provocó mucha alegría, pero también una gran preocupación: mi cuerpo estaría, a partir de ese momento, en evidencia y en exhibición para todo el país.

16/10/2020

Me desperté temprano. Cuando abrí WhatsApp en mi celular, vi videos con mis imágenes circulando en diferentes grupos. Los videos exponían de manera violenta y vejatoria mi identidad y mi imagen antes de la transición de género. Para nosotras, las travestis y transexuales, una de las mayores violencias que recibimos es la exposición de un pasado que enterramos, que ya no nos sirve. Cuando entré en Instagram, vi que estos videos también estaban circulando en páginas que difunden odio, que no solo expusieron el pasado que enterré, sino también a mi familia, a mi hija. ¡Tenía mucho miedo!

Por la tarde, fui a dar entrevistas a los canales de televisión. Juro que la primera pregunta en vivo que me hizo el periodista fue la siguiente: “¿Qué baño usarás en la Cámara?”. Hice la campaña para concejala en completo aislamiento social debido a la pandemia de la COVID-19.

No imprimí estampitas, panfletos ni banderas. Aporté a la disputa debates importantes y estructurantes para la ciudad. Batí un récord de votos. Y al periodista le interesaba dónde iba a hacer pis... Confieso que fue una tarde dura en la que respondí innumerables preguntas transfóbicas que me atribuían un carácter exótico.

17/10/2020

La persona que quedó en segundo lugar en la elección fue un bolsonarista, que en sus redes sociales ostenta una ametralladora que otorgó el presidente Jair Bolsonaro. Algunos periodistas se apropiaron de ese hecho para construir una narrativa de polarización, al enfrentar mi figura con la suya. Sin duda, somos la antítesis y estamos en lados opuestos. Pero los diarios construyeron un escenario bélico, guionando en sus portadas la idea del bien contra el mal, propia de las telenovelas. Este escenario de pólvora explotó con la portada de un diario que imprimió una frase del bolsonarista en la que afirmaba que se referiría a mí con el masculino y que no respetaría mi identidad de género.

Mi imagen, que ya estaba siendo difundida en redes de difamación y *fake news*, ahora atraía a otro ejército de personas que incitaban el odio. Entendí que algunos sectores del periodismo en realidad querían reflotar, entre el candidato que quedó en segundo lugar y yo, la polarización que existía entre Jair Bolsonaro y Jean Wyllys para vender noticias y alimentar posturas intolerantes en la sociedad.

Para acabar con ese circo mediático que se estaba construyendo desde antes de la toma de posesión, llamé al bolsonarista y le propuse mantener el diálogo y provocar una discusión de ideas y no entre personas. Luego, compartí esta información en Twitter. Como resultado, hubo dos consecuencias: 1) mi imagen y la de mi familia

ya no aparecieron en páginas de odio; 2) algunos sectores de izquierda se indignaron conmigo, ya que querían que mantuviera el enfrentamiento, que me peleara con el bolsonarista. Entonces, me pregunté lo siguiente: ¿Es posible que no hayan aprendido nada de lo que pasó con Marielle y Jean Wyllys?

Para que yo pueda desarrollar políticas que mejoren mínimamente la vida de las travestis, las transexuales y los grupos socialmente vulnerables, tengo que estar viva y en Brasil. Admiro a quienes se enfrentan de forma directa con los neofascistas. Pero soy travesti en el país donde se asesina al mayor número de personas trans del planeta. El 80% de esos asesinatos se llevan a cabo con una violencia exagerada: palos clavados en el ano, cuerpos desmembrados. Mi forma de enfrentar esta situación es, por lo tanto, otra: postularme para el Senado o convertirme en la persona más votada en la historia de Belo Horizonte. Repito: ¡la persona más votada en la historia de Belo Horizonte es una travesti! Va a ser difícil que alguien rompa ese récord de votos. Esa es mi estrategia: incomodar, luchar y cambiar la realidad establecida.

03/12/2020

Recibí el siguiente e-mail:

“Sos un monstruo. ¡ALBAÑIL CON PELUCA!

Mientras vos ganás un sueldo de CONCEJAL solo por ser un ALBAÑIL CON PELUCA, yo estoy desempleado, mi mujer tiene cáncer de mama y vivo de subsidios de emergencia. Lo juro, lo juro eh, voy a comprar dos pistolas 9 mm en Morro do Engenho aquí en Río de Janeiro, voy a esperar a que vuelvan las clases presenciales, voy a irrumpir en un aula del BERNOULLI Y VOY A MATAR A TODAS LAS PUTAS, A TODOS LOS NEGROS (que, lamentablemente, van a ser muy

pocos, 1 o 2 becados) Y ENTONCES TE VOY A MATAR.
DESPUÉS VOY A PERSEGUIR A ESOS DOS PEDÓFILOS
QUE TE CONTRATARON Y LOS VOY A MATAR.
DESPUÉS DE MATAR MÁS PUTAS Y VOLAR ALGUNOS
AUTOS EN LA PUERTA, ¡ME VOY A METER UNA BALA
EN LA CABEZA!
¡NO TENGO NADA MÁS QUE PERDER!
CUANDO VUELVAN LAS CLASES PRESENCIALES,
EL BERNOULLI SE CONVERTIRÁ EN UN MAR DE
SANGRE.
¡ESCUCHO LOS GRITOS DE HORROR DE LAS PUTAS
EN MI CABEZA Y EYACULO ESPONTÁNEAMENTE!
LES ADVIERTO. ¡Y NO SIRVE DE NADA QUE VAYAN A
LA POLICÍA O LO DENUNCIEN EN LOS MEDIOS!
Firma: Ricardo Wagner Arouxa”.

Al investigar, noté que la firma del correo electrónico era utilizada por el grupo propagación de odio más grande de Internet en Brasil. El grupo se articula en Dogolachan, un foro de la internet profunda que difunde mensajes neonazis, racistas y lgbtfóbicos. Este foro fue utilizado por los asesinos de la Masacre de Suzano, en la que murieron cinco estudiantes y dos empleadas de la Escuela Estatal Profesor Raúl Brasil. Con el fin de sembrar el miedo y la violencia, esta red de odio se apropió de manera ilegal del nombre y los datos personales del analista de sistemas Ricardo Wagner Arouxa, quien también es víctima de este grupo desde 2017.

El correo electrónico también fue enviado a la secretaria de la escuela donde trabajo y a los dueños de la institución. El mensaje, por lo tanto, se configura no solo como una amenaza de muerte y un ataque psicológico, sino como un intento de forzar mi renuncia. Fui a la comisaría y denuncié el delito.

04/12/2020

Reunión con los directores de la escuela. En la conversación, me informaron que muchos padres estaban preocupados por sus hijos. La escuela también estaba preocupada por una posible caída en los ingresos, ya que el correo amenazante fue enviado en el marco de la matriculación escolar.

06/12/2020

Recibo un segundo correo electrónico amenazante del mismo grupo que incita el odio. Esta vez, además del contenido racista, misógino y transfóbico, el mensaje contenía información personal y una amenaza de muerte explícita a los dueños de la escuela donde trabajo. El correo electrónico, al igual que el anterior, también fue enviado a la escuela.

15/01/2021

Como canta Herbert Vianna, “Vivo sin saber hasta cuándo estaré vivo/Sin saber el calibre del peligro/No sé de dónde viene el tiro”. Solo sé que, por donde paso, es-cucho tiros que intentan matar mi moral, mi identidad, mi actividad profesional, mi vida política y mi cuerpo. ¿Cuánto tiempo resistiré? ¿Cuánto tiempo resistiremos? No lo sé. Tengo la certeza de que tenemos que fortalecer nuestras redes de sostén, solidaridad y lucha, y que debemos tener como estrategia la esencia de la frase atribuida a Martin Luther King: “La oscuridad no puede expulsar a la oscuridad, solo la luz puede hacerlo. El odio no puede expulsar al odio, solo el amor puede hacerlo”.

A la fecha aún no me despidieron, pero la escuela me adelantó las vacaciones y me convocó a una reunión dentro de dos semanas...

Duda Salabert

**Para que yo pueda
desarrollar políticas que
mejoren mínimamente la
vida de las travestis, las
transexuales y los grupos
socialmente vulnerables
tengo que estar viva y en
Brasil.**

DUDA SALABERT



FOTO: LUCAS ÁVILA

DUDA SALABERT

@duda_salabert

Duda Salabert es madre, profesora de Literatura, ambientalista, vegana y fundadora de Transvest, una ONG que ofrece apoyo social a travestis y transexuales en Belo Horizonte. En 2018, se convirtió en la primera mujer trans en postularse para el cargo de senadora de la República, y finalizó la contienda como la cuarta mujer más votada en la historia de las elecciones de Minas Gerais. En 2020, se convirtió en la primera transexual electa en Belo Horizonte y la persona más votada en la historia de las elecciones municipales en la capital de Minas Gerais.



**Todas las mujeres
pasan buena parte de
su vida esquivando
acosadores, cargando
con las consecuencias
de las denuncias que
hicieron o culpándose
por no haberlas hecho.**

ISA PENNA

5.

**EL ACOSO ESTÁ
RELACIONADO
CON EL PODER**



CÓMO IDENTIFICÁS EL ACOSO (y si lo hacés) depende, en primer lugar, de lo que llamamos “intersección”, es decir, ¡vos!
¿Cuál es tu lugar en la sociedad sino la intersección exacta de tu lugar de origen, clase social, color de piel, identidad de género e identidad política?

Como mujer blanca, cis, de clase media, hija de un padre funcionario público y médico de Ipiranga y Campo Limpo, hospitales fuera del centro de São Paulo, y profesora de historia, puedo ver que nací en una familia con una condición de acceso que representa hoy al 10% de la población brasileña.

Soy eso. ¿Cuál es tu intersección? ¿En qué parte de esta sociedad desigual, conservadora y pobre te ubicás?

Si vos, como yo, tomaste el transporte público toda tu vida, ya fuiste víctima de acoso.

Si vos, como yo, tenías que dar la ansiada caminata entre la parada del autobús y tu casa y viceversa, fuiste víctima de acoso.

Si vos, como yo, vivís en el “planeta trabajo” y dependés de tu salario, sabés cuánto está presente, en sus múltiples matices, la cultura de la violación y, por lo tanto, el acoso. Incluso si sos parte de la élite, es posible que seas víctima de acoso por parte de tu familia, por ejemplo, al estar en desventaja debido a la fuerza del dinero o el machismo de algunos hombres con mucho poder.

Estos son "hechos" y no están sujetos a opiniones. Punto.

Si nunca fuiste víctima de acoso, espero que eso nunca cambie.

Después de cada situación de acoso, algo cambia dentro tuyo.

Un trozo de tu lámpara interior, de la vela que mantenemos encendida, se agrieta, nos encogemos dentro de

un caparazón y nos quedamos allí hasta que tenemos el coraje de volver a salir.

El 17 de diciembre de 2020, recuerdo que me desperté con una buena sensación, que hacía mucho tiempo no sentía, un calor dentro de mí. Amaneció y sonreí, así, de la nada. Pensé lo siguiente: “cómo me atrevo a sonreír así”, me reí y comencé el día.

Al momento de elegir la ropa que usaría ese día, recuerdo tomar el vestido de trabajo negro más perfecto que tengo en mi armario y mirarme en el espejo.

Faltaba algo.

Sonreí con descaro una vez más frente al espejo y busqué mis aros de cuentas perfectos, que tengo hace años y me encanta usar. El color de esos aros fue un acto de atrevimiento en medio de la formalidad de un típico vestido negro de trabajo.

Lo que no saben sobre el episodio de acoso del 17 de diciembre de 2020 es que ocurrió mientras me recuperaba de otro episodio de acoso anterior.

Me atrevería a decir, por cierto, que todas las mujeres pasan buena parte de su vida esquivando acosadores, cargando con las consecuencias de las denuncias que hicieron o culpándose por no haberlas hecho. Créanme, es bastante agotador.

Ese día, antes de que llegara a apoyar la cartera en la mesa del plenario, se me acercó para hablar sobre un video de funk. “Hermoso”, decían algunos, otros reían y miraban de arriba abajo.

Que quede claro: nunca me importó y nunca me importará lo que estos sectores y sus representantes piensen de mí.

Mi papel y mi lucha tienen por fin que las mujeres (todas las mujeres) bailen, sean dueñas de sí mismas y de sus cuerpos, tengan autonomía económica, ganen salarios dignos y tengan derecho a una vida sin violencia ni inferioridad.

El feminismo también lucha por el derecho a la individualidad y la libertad de las mujeres que siguen atadas (pero no quietas).

Bueno, en medio de una sesión que continuó pasada la medianoche, después de haber escuchado al menos diez comentarios sobre ese video, me divertía ver cómo estos diputados estaban tan alterados por un video “feo” como ese.

“Manga de idiotas”, fue lo que pensé, y me reí de ellos por dentro. Técnicas de supervivencia. Ridiculizar al machismo y a los machistas, y reírme de mi propio chiste (aunque lo haga sola) hace que esta etapa sea más fácil. Hago lo que puedo. También desarrollé un sentimiento de lástima por ellos. Me parece que nunca sabrán cómo realmente puede ser una mujer. ¡Mala suerte para ellos!

Ya es la segunda casa legislativa de poder en la que me desempeño como parlamentaria (titular o suplente), y ya viví varias otras formas de violencia y conozco las experiencias de mis amigas asesoras y compañeras parlamentarias.

Bueno, todos vieron el momento de acoso en sí. La apoyada y la mano del diputado, que quité rápidamente, me provocaron esa sensación familiar.

En mi caso, siempre son ganas de vomitar mezcladas con ganas de llorar, también una sensación de incomodidad en el cuerpo, como si mi cuerpo recordara el toque en todo momento y una corriente de angustia e incomodidad recorriera las regiones en las que me acosaron.

Es lo más exacto que puedo describir la sensación para alguien a quien nunca le pasó.

Me alejé después de la breve discusión con el diputado. Miré atrás por un segundo mientras caminaba y por el rabillo del ojo vi que se reía rodeado de otros diputados.

Giré y caminé hacia él, con el pecho abierto, mirándolo a los ojos. Paso firme y sangre caliente. “¿De qué te reís,

infeliz? ¿Te reís porque me acosaste? Lo que hiciste es acoso”. Rápidamente, los diputados disolvieron la pelea.

Algunos valientes, como los diputados Gilmaci Santos (Republicanos/São Paulo), Teonilio Barba (PT/São Paulo) y Carlão Pignatari (PSDB/São Paulo), se acercaron en solidaridad, afirmaron que estarían a mi lado y que presenciaron la escena. La diputada Erica Malunguinho (PSOL/São Paulo) puede atestiguar parte de ese momento. Me senté y llamé a mi compañero, que ya había intentado llamarme un par de veces, le conté lo que había pasado y me derrumbé. Atención, hasta entonces no había visto el video.

Por estas y otras razones, considero que no fue por nada que en la vida aprendí a luchar en todos los sentidos. No bien pude, comencé a entrenar para luchar, literalmente. Ya me habían acosado demasiado, me avergonzaba no reaccionar, aunque en ese momento me sentía muy mal, quería reunir fuerzas para hacerlo.

La pelea (muay thai o jiu-jitsu, boxeo, un poco de judo) provocó eso, el coraje para empujar la mano de un hombre. Si bien el condicionamiento físico desapareció de manera parcial con los años, estoy muy agradecida y lo recomiendo a todas las mujeres.

Al día siguiente, me desperté y envié un mensaje de WhatsApp a mi equipo: “Hola a todos, lamentablemente ayer me acosaron en la Alesp (Asamblea Legislativa del Estado de São Paulo) y necesito que estén atentos hoy, todavía estoy decidiendo cómo voy a proceder, ya les avisaré”.

Aún no había visto el video.

Casualmente, uno de mis asesores, uno de los ángeles de la guarda que aparecen en mi vida, me resguardaba y miraba la sesión por TV Alesp. Fue un trabajador negro, de la periferia y sin hogar quien, con sus ojos de águila, vio el momento en que el ruralista, blanco, rico se me apoyaba y me toqueteaba.

La coincidencia fue que se presentó en mi casa en el momento exacto en que yo me cuestionaba y me cuestionaban acerca de la posibilidad de demostrar que aquello había sucedido. “¿Cómo voy a demostrarlo?”, dije, y al mismo tiempo entró y me dijo: “Isa, podés usar las cámaras, podés ver todo lo que vi”.

Cuando vi el video con este ángel de la guarda y mi esposo, me derrumbé. Entendí la envergadura de la humillación por la que ese tipo me había hecho pasar y lo premeditado que había sido. Ni siquiera se había presentado.

Ese había sido el primer contacto que había tenido con el diputado Fernando Cury (Cidadania/São Paulo) desde principios de 2019, cuando asumí en la Alesp, y lucho porque sea el último. La violación es un subtipo de delito milenario en la historia de la humanidad y siempre ha sido visto como un acto de extrema violencia, de colonización: “traspasar el último límite”, dominar los cuerpos de las mujeres ha sido siempre un gesto de poder en la historia de la humanidad.

Por lo tanto, el diputado debe ser destituido. Es necesario quitarles el poder.

Isa Penna

ISA PENNA

@isapenna



FOTO: ARCHIVO

Fue elegida diputada estadual en 2018 con 53.838 votos como candidata por el PSOL. Isa Penna, mujer, abogada, bisexual de 29 años fue candidata a diputada estadual en 2014 y a concejala en 2016. Isa es miembro de la comisión de seguridad pública, tiene más de 32 proyectos de ley propuestos en la Alesp, la mayoría de ellos se enfocan en la igualdad de género y la seguridad pública. Isa ya fue juzgada por el comité de ética por declamar el poema feminista "Sou Puta", de la autora Helena Ferreira. El consejo no dio lugar a la acusación y reconoció que no hubo violación del decoro. Actualmente denuncia con vehemencia al diputado Fernando Cury (Cidadania) por acoso, hecho que fue documentado en cámara durante el plenario de la Asamblea.

“

Se otorgaba un
“caparazón legal” a una
violencia política de
género institucional que
expresa lo siguiente:
“a las mujeres no les
corresponde estar aquí”.

JANDIRA FEGHALI

6.

**NO TE CALLES,
¡CONFRONTALO!**



E S INCREÍBLE CÓMO NO NOMBRAMOS LAS SITUACIONES DE VIOLENCIA que sufrimos cuando no somos conscientes de ellas, aunque nos produzca algún tipo de vergüenza, daño o incomodidad. Ni hablar aquellas que surgen de patrones de comportamiento, impuestos desde que nacimos y establecidos por paradigmas binarios de la sociedad, que estructuran los colores, la vestimenta, los gestos, las profesiones más adecuadas, el tono de voz, los lugares que frecuentamos, así como muchos otros aspectos que se perpetúan bajo el injustificable argumento de la superioridad masculina.

Durante mi adolescencia, me atreví a tocar la batería en una banda de hombres. Mi hermano, Ricardo Feghali, me introdujo en este increíble universo del arte, que cambió mi vida, mi visión del mundo. Me volví profesional, subí a muchos escenarios y actué ante muchas personas. Sin embargo, a pesar de la belleza del arte, existía un prejuicio contra las mujeres que estaban en bailes, en las noches y madrugadas, como si fueran “putas” (adjetivo ya utilizado en la época). En una banda predominantemente masculina en la que tocaba un instrumento “poco femenino” (la batería), también surgieron otras alusiones. No fueron explícitas, no me inmovilizaron, porque amaba lo que hacía, a la mayoría de las personas les gustaba lo que veían, les gustaba el sonido, admiraban mi trabajo y todo era mucho más grande y poderoso, tan hermoso y creativo, me llegaba al alma con tanto cariño, que la cuestión del machismo parecía. De hecho, solo llegué a comprender el espíritu pionero de esa experiencia y el significado de la discriminación mucho tiempo más tarde.

El mundo, moldeado por la lógica machista, no es muy generoso con nosotras. Con el correr de los años y en la actividad política, en los colectivos feministas y en la actividad parlamentaria, que me llevó a un contacto más

intenso con las mujeres, pude comprender con mayor profundidad el dolor de las mujeres y cómo los diferentes contextos culturales, sociales y político-institucionales interfieren en el desarrollo de los dramas y las tragedias que se dan en las situaciones de violencia contra las mujeres. Redactar la Ley Maria da Penha fue una experiencia única, rica, humanizadora y de profundo aprendizaje.

Recientemente, el concepto de violencia política de género cobró protagonismo histórico. Solo volqué a la realidad lo que había leído y debatido sobre el tema cuando hace 28 años me di cuenta de que yo misma era objeto de esta forma de violencia, y a medida que sufría y denunciaba la violencia que sufrían otras mujeres, dentro o fuera de sus partidos, entidades, en las elecciones, fuera de ellas, en las instituciones, en las luchas, en los medios de comunicación en general, en las redes o en las calles. Las redes de violencia y opresión se construyen de las más variadas formas, hasta llegar a las redes de odio, que se expresan en las plataformas de comunicación, pero también fuera de ellas.

Las Naciones Unidas estableció la violencia política como tema central. Realiza estudios desde 2016, en los que registró situaciones de “Sexismo, acoso y violencia contra mujeres en 39 países, en 5 regiones y 42 parlamentos”. El 81,8% de las mujeres sufrieron violencia psicológica; el 46,7% de las mujeres temieron por su seguridad y la de su familia; el 44,4% sufrió amenazas de muerte, violación, golpizas o secuestros; y el 25,5% fue víctima de violencia física.

Mencionaré, en relatos breves, cuatro experiencias de diferentes tipos de violencia política que viví y que considero importante expresar en este momento en que las mujeres llevan adelante este combate contemporáneo y estratégico. Este tipo de violencia tiene la misma etiología. Intenta silenciarnos, impedir nuestra presencia

pública, el protagonismo de las distintas representaciones de mujeres cuyas agendas no forman parte del mundo elitista, excluyente, prejuicioso y dueño de los bienes de producción, las finanzas y la comunicación masiva. Puede ser velada, sutil, simbólica, intimidatoria, legalista y también explícita, descalificada, sexual, física, humillante y bastante agresiva. Bajo diversas formas, se convirtió en un fenómeno creciente, a medida que las mujeres avanzan hacia espacios que tradicionalmente “no les pertenecen”. De esta manera, perdemos voces y vidas, ponemos en riesgo la paz y la democracia.

DERECHO A LA MATERNIDAD, ¿SÍ O NO? 1992

La pregunta que abre este primer relato es la siguiente: ¿la denegación de las licencias por maternidad a quienes ejercen un mandato parlamentario constituye violencia política de género?

Llegué al Congreso Nacional en 1991. Antes había sido diputada estadual constituyente, por el PCdoB, en la primera elección con el partido después de cuarenta años de clandestinidad. Fue una gran campaña y una victoria muy emotiva. Me casé el año que llegué a la Cámara Federal y al año siguiente quedé embarazada de mi hija. A fines de 1992, solicité la licencia por maternidad. Para mi sorpresa, fue denegada debido a una supuesta falta de relación laboral. La Constitución de 1988, recién promulgada en esa época, es bastante explícita en el capítulo sobre derechos sociales, artículo 7, inciso XVIII, así como en la CLT (decreto ley 5452/43) y en la ley 8.112/90, que establecen que la licencia por maternidad o gestante es un beneficio previsional que garantiza que las madres no trabajen en las etapas finales del embarazo o poco tiempo después del parto. Las parlamentarias hacen un aporte mensual y elevado. Nadie emitiría un dictamen al respecto con ingenuidad, y mucho menos en el parlamento brasileño.

En mi opinión, se otorgaba un “caparazón legal” a una violencia política de género institucional que expresa lo siguiente: “a las mujeres no les corresponde estar aquí”. Inmediatamente después de la negativa, me ofrecieron una licencia por enfermedad, lo que consideré una segunda violencia contra mi derecho a la maternidad.

Obviamente, no la acepté e inicié una lucha pública de denuncia y amplia movilización del parlamento con respecto a la Constitución Federal, así como de los movimientos feministas de todo Brasil, además de presentar un denso dictamen jurídico ante la Cámara.

A menudo soñaba que daba a luz en el avión, estresada por todo, ya que se acercaba el momento del parto. Me llamó el presidente de la Cámara, el diputado Ibsen Pinheiro (PMDB/Río Grande del Sur), quien se sentía presionado, y le dije que no me iría sin la licencia de maternidad y que daría a luz en el plenario. Recuerdo la expresión de pánico en su rostro.

Después de 45 días de mucha lucha, muchos y variados discursos en las bancas de parlamentarios de todos los partidos, mensajes de movimientos de todo el país, notas en los periódicos y la televisión (en ese momento no teníamos las poderosas redes sociales), me otorgaron la primera licencia por maternidad del parlamento brasileño. Se estableció jurisprudencia para el Congreso Nacional, lo que contribuyó a que este derecho se consolidara en los parlamentos estaduais y los concejos municipales.

FAKE NEWS EN LAS ELECCIONES: SIN WHATSAPP, INSTAGRAM, TWITTER NI FACEBOOK, PERO SÍ HABÍA SMS Y GRANDES MEDIOS DE COMUNICACIÓN, 2006

En 2006, la campaña electoral por el Senado en el estado de Río de Janeiro constituyó un caso aparte en ese momento histórico en Brasil y llamó la atención del mundo político, la población, los comunicadores e los institutos de investigación electoral.

En aquella disputa, éramos once candidatos. Participé de la elección dentro de la coalición con el PT, PCdoB y PSB, y apoyé la candidatura a gobernador de Vladimir Palmeira. Lideré las encuestas durante toda la campaña hasta el sábado por la noche, el día antes de la elección. Las redes sociales no eran relevantes, pero todas las formas de comunicación disponibles fueron utilizadas por el principal opositor, Francisco Dornelles (PP), candidato al Senado en la boleta del entonces candidato a gobernador, Sérgio Cabral Filho, apoyado por una amplia coalición formada por el PMDB, PP, PTB, PSC, PL, PAN, PMN, PTC y PRONA.

Se esparcieron por toda la ciudad, en puntos de gran afluencia de público, panfletos apócrifos, en papel satinado, de buen gramaje, acusándome de ser una asesina de niños inocentes.

Homilías multitudinarias en todo momento en iglesias de todos los municipios llamaron a “no votar” a Jandira Feghali por ser la responsable de la muerte de niños en abortos delictivos en clínicas estatales y nacionales. Pegaron listas en las paredes exteriores de las iglesias con mi nombre, como una indicación negativa en las elecciones.

En varias paredes de la ciudad de Río de Janeiro se pegaron carteles a tamaño real con mi imagen, en los que portaba un puñal manchado con la sangre de un niño, con el lema “asesina de inocentes”. Esa imagen impactó a mi hija de 13 años cuando se topó con uno de estos carteles en la calle.

Se hicieron programas de radio y televisión con ese contenido, y asociaron mis posturas en el parlamento para afirmar que estaría en contra de la vida y a favor de la muerte y el aborto.

Artículos del diario *O Globo*. En uno de ellos, entrevistaron a hijas de candidatos, y en el pie de foto de mi hija,

que tiene solo 13 años, la describieron como defensora del aborto como su madre. En un segundo artículo, me dedicaron media página y un gran titular: “Jandira ordena invadir la curia”, y el despacho del cardenal, que había visitado el Papa. En la escena, los fiscales del Tribunal Regional Electoral y toda la prensa esperaban y registraban todo. De hecho, presentamos una denuncia ante el TRE para conocer el origen de los panfletos apócrifos y se montó una gran estructura.

Como si todo eso fuera poco, en la víspera y el día de la elección, se enviaron mensajes SMS en todos los celulares conectados a las redes OI y TIM que decían lo siguiente: “No voten a Jandira Feghali, ella no cree en Dios, está a favor del aborto y es responsable de la muerte de millones de niños inocentes”.

No fue fácil enfrentar este conjunto de ataques. Nótese que la campaña electoral por el Senado de los posibles representantes de un estado como Río de Janeiro dentro del sistema federativo no se concentró en el debate de políticas económicas, fiscales ni sociales. Las dos candidaturas se polarizaron, éramos de campos opuestos en todas estas dimensiones, pero la confrontación de ideas no se cristalizó, ya que la única preocupación de mis oponentes era atacarme en la dimensión de las costumbres, la moral, el comportamiento. No me confrontaron en cuanto a temas éticos, a la política ni a las propuestas de Estado. Mintieron, inventaron, descalificaron, fueron furtivos en algunos instrumentos y bastante agresivos en otros. Gastaron millones, hicieron alianzas tácitas con instituciones religiosas, cometieron ilegalidades flagrantes, contrataron compañías telefónicas violando la ley.

Me transformé en la primera víctima de *fake news* en una elección, lo que resultó un claro proceso de violencia política.

El resultado de esas elecciones, que perdí, influyó en la historia de la izquierda en nuestro estado y en nuestra ciudad. Lamento decir que recibí poca solidaridad por parte del movimiento feminista, y debo destacar aquí la actitud valiente de las “Católicas por el Derecho a Decidir”, que se manifestaron en su momento.

Dejo constancia para claridad histórica que nunca negué, ni siquiera durante la campaña, mi postura acerca de los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres. En el parlamento brasileño, siempre impulsé proyectos de ley e informes de leyes que garantizan esos derechos como una cuestión democrática y de salud pública, y también lo hice en la campaña, cuando pudimos hablar en la televisión y la radio para responder a los ataques de opositores.

“AMENAZADA DE MUERTE, JANDIRA RECURRE A LA POLICÍA FEDERAL”, 2014

Este es un titular de un medio de comunicación que revela amenazas que me llegaron a través de Facebook, pero también llegaron muchas otras amenazas y agresiones de muy bajo nivel a esa plataforma, que era muy utilizada en ese momento. Yo había asumido como líder de la bancada del PCdoB. Ya habíamos vivido las manifestaciones de 2013 que, en su mayoría, fueron cooptadas por los grandes medios de comunicación y enarbolaron las banderas antipolíticas, y terminaron oponiéndose a los partidos, lo que profundizó la crisis de representación. El 2014, un año electoral, comenzó con una gran polarización, con muy poca mediación y el debilitamiento de la relación entre el gobierno y las bases. En el pleno de la Cámara, siempre representé las posiciones de mi partido, asumiendo claramente lo que pienso, lo que siempre me costó la ira ideológica de los más reaccionarios y fundamentalistas. En un momento, la periodista y columnista de la SBT Rachel Sheherazade defendió el

ajustamiento de un joven negro a quien los vecinos de un barrio ataron a un poste porque sospechaban que había cometido un robo. No solo hice una declaración contundente, sino que hice presenté una demanda contra ella y SBT ante el Ministerio Público. Tuve que tolerar amenazas y descalificaciones que nunca harían contra ningún hombre.

Recurrimos a la policía federal para que investigara esos delitos cibernéticos, que contenían amenazas de muerte y violación, amenazas a la seguridad de mi familia, insultos cada vez más agresivos, expresiones cada vez más ideológicas y fundamentalistas, lo que demostraba la polarización que existía. También observamos un aumento de agresiones y amenazas por haber presentado proyectos de revisión de la ley de amnistía para militares torturadores y otro proyecto de ley con respecto a la ilegitimidad de los mandatos de presidentes militares, ya que el Congreso nacional había restituido el mandato de João Goulart había.

“GOLPEA COMO UN HOMBRE, DEBE RECIBIR GOLPES COMO UN HOMBRE”, 2015

Ese fue el discurso del diputado Alberto Fraga (DEM/Distrito Federal) en el pleno de la Cámara, cuando el diputado Roberto Freire (Cidadania/São Paulo) ejerció violencia física contra mí (dos formas de violencia política de género).

Fui reelegida líder de la bancada del PCdoB y la sesión plenaria de la Cámara de Diputados sucedía en un momento muy difícil para nosotros, ya que debatíamos la Medida Provisional 664, que implicaba un tema de seguridad social muy controvertido y había sido enviada por el gobierno de Dilma Rousseff. Nuestro diputado Orlando Silva (PCdoB/São Paulo) dejó el micrófono de lado cuando Roberto Freire (PPS/São Paulo), molesto con su discurso, comenzó a darle palmadas en la

espalda para que dejara de hablar. Yo estaba a su lado y le pedí que se detuviera, entonces, me tomó del brazo con fuerza y no me soltó. Le pedía que me soltara el brazo y no respondía, seguía gritando, y el ambiente se volvió un pandemónium, totalmente concentrado en esa situación. La diputada Alice Portugal (PCdoB/Bahía) le pidió con vehemencia al presidente de la Cámara, el diputado Eduardo Cunha (PMDB/Río de Janeiro), que actuara. En ese momento, Alberto Fraga pronunció la frase que inicia este relato, confundiendo mi firmeza política con masculinidad.

Entonces, logré liberarme de las garras de Freire con un gesto repentino, que hizo volar mi chal, y pocos minutos después la sesión se suspendió de manera momentánea. Al reanudarse, Roberto Freire se disculpó desde la banca.

Luego, subí a la banca, logré responder y decir que sus disculpas confirman la agresión, expliqué cuál es la situación de las mujeres en la política en un discurso bastante largo y presenté una denuncia ante el Consejo de Ética contra los dos diputados.

Obviamente no pasó nada. Se trata de un consejo conformado en su mayoría por hombres, para quienes las disculpas del agresor atenúan la gravedad del acto y la sanción.

Estos relatos breves y con cierto grado de detalle permiten que el lector o la lectora pueda sentir que está en las escenas y vivir un poco lo que sentimos en el momento del hecho violento. Como dije, los conceptos no siempre estuvieron en nuestras cabezas, pero sabíamos que constituían violencia contra nosotras, las mujeres. Siempre lo supimos. De la misma forma que reconocemos los cortes agudizados en muchas situaciones en las que hay mujeres negras, indígenas o pertenecientes a la comunidad LGBTQIA+.

Artículos publicados en ese momento:



Autora de ação contra Sheherazade denuncia ameaças à Polícia Federal

Jandira Feghali pede à Polícia Federal que investigue ameaças de morte e estupro feitas contra ela e a deputada Manuela D'Ávila após representação contra apresentadora e o SBT e adesão a campanha contra violência sexual



EPOCA

Ameaçada de morte, Jandira Feghali aciona Ministério da Justiça

REPRODUÇÃO: EPOCA - O



FOTO: LULA MARQUES

Como tenemos representación pública, empezamos a movilizar la bancada de mujeres en el Congreso Nacional de manera no partidista, lo que a lo largo de los años produjo varios logros. En la bancada también hay mujeres que reproducen valores patriarcales, fundamentalistas, atrasados, pero seguimos trabajando y logrando que predominen los avances. Hoy hay un espacio de liderazgo, una Secretaría y Fiscalía de la Mujer, un espacio físico en la estructura de la Cámara, una Comisión Permanente de Derechos de la Mujer. Algunas parlamentarias presiden comisiones, son lideresas de sus bancadas y ya logramos que existiese la primera secretaria de la junta directiva de la Cámara de Diputados. Además de la ley de cuotas que legisla las listas de los partidos y los logros recientes en cuanto al financiamiento y los tiempos de propaganda en radio y televisión para las candidaturas femeninas, luchamos por la aprobación de la reforma constitucional que garantiza bancas en los parlamentos, ya que el país ocupa casi el último puesto en términos del número de mujeres que ocupan estos espacios en toda América Latina.

A fines de 2019, aún lideraba, siendo pionera en ello, la minoría (oposición), y junto a la Secretaría de la Mujer, la Secretaría Primera y la Secretaría de Redes Sociales de la Cámara, lanzamos una campaña institucional contra la violencia política de género, en el que participaron ONU Mujeres, el Ministerio Público Federal, la Defensoría Pública Federal y diversas entidades feministas del país.

En noviembre de 2020 se creó, junto con la Secretaría de la Mujer de la Cámara, el Observatorio de Violencia Política de Género, que reúne a especialistas en el tema de universidades y de la sociedad civil. El resultado de todas las encuestas se convertirá en una base de datos de acceso público, que contribuirá a ampliar el debate y a lograr el objetivo de que el entorno político sea menos hostil con las mujeres y más receptivo.

Votamos proyectos de ley en varios campos de acción de las mujeres, y en diciembre de 2020, en la Cámara de Diputados, se aprobó un proyecto de ley que tipifica la "violencia política de género" (PL n° 349-B/2015), con varios anexos y decenas de coautoras, que considero una respuesta importante a los hechos que vivieron las mujeres candidatas en las elecciones municipales de 2020. El proyecto espera la aprobación del Senado Federal para que luego pueda pasar a la sanción presidencial. Este proyecto reforma el código electoral de 1965 y las leyes electorales aprobadas posteriormente, y establece normas para prevenir, sancionar y combatir la violencia política contra las mujeres en los espacios y las actividades relacionadas con el ejercicio de sus derechos políticos y funciones públicas, prohibiendo la discriminación por razones de sexo, raza y etnia. Incluye delitos relacionados con las campañas o el ejercicio del mandato parlamentario.

También actuamos movilizándolo el sistema de justicia y los poderes ejecutivos, en los tres niveles, para que cumplan su misión de combatir la violencia contra las mujeres en todas sus dimensiones. Exigimos acciones de los partidos, los medios de comunicación y las escuelas. La sociedad necesita tomar conciencia acerca de la opresión política.

Se necesita una acción colectiva que debe comenzar con presentar denuncias. La violencia política no puede responderse de manera individual porque, de ser así, el resultado será el silencio de la víctima, salvo en contadas situaciones en las que la víctima ya disfruta de un espacio privilegiado de comunicación. Es necesario hacer valer la solidaridad, la sororidad y nuestras conquistas políticas, legislativas y jurídicas, aunque sabemos que aún nos queda un largo camino por recorrer.

Las agresiones en las redes sociales no cesan. Son frecuentes, agresivas, en cada publicación que hago, en

las campañas que apoyo, y se vuelven muy intensas en las transmisiones en vivo, en particular en 2020, cuando la comunicación a través de las plataformas se convirtió en el principal medio de trabajo. La orden que vino de arriba, tras la elección del grupo que ahora ocupa el Planalto, fortaleció a esta corriente neofascista en términos de recursos y organización. Las investigaciones en el Supremo Tribunal Federal y las detenciones realizadas crean obstáculos, rompen algunas correas de transmisión, pero no logran detener la organización delictiva que representa este grupo. Hay una Comisión Parlamentaria de Investigación en el Congreso Nacional que investiga las denuncias de *fake news*, el gabinete del odio y otras responsabilidades. Todavía no sabemos cuál será el desenlace. En el parlamento brasileño, también se está trabajando en una legislación que busca tipificar estos delitos y regular el uso de Internet, además de lo que ya se hizo a través del Marco Civil.

Cuanto más avancemos en nuestras luchas contra la opresión, en los movimientos sociales, en las agendas feministas, en la lucha antirracista, en el protagonismo de las mujeres y en los cargos institucionales, mayores serán los intentos de intimidarnos. Por lo tanto, es necesario que tengamos conciencia, articulación y fuerza organizada, además de amparos legales para punir este tipo de violencia. No hay marcha atrás. La democracia y la libertad política plena exigen la presencia, el aporte y la voz de todas las mujeres, más allá de su color, ideología, religión y orientación, ya que ellas son la expresión de esta plenitud, ¡y no nos rendiremos!

Jandira Feghali

Es necesario hacer valer la solidaridad, la sororidad y nuestras conquistas políticas, legislativas y jurídicas, aunque sabemos que aún nos queda un largo camino por recorrer.

JANDIRA FEGHALI

JANDIRA FEGHALI



FOTO: ENY MIRANDA

Jandira Feghali es cardióloga pediátrica, baterista profesional y diputada federal del PCdoB en Río de Janeiro. Tuvo siete mandatos en la Cámara Federal y uno como diputada constituyente en la Asamblea de Río. Jandira fue líder del PCdoB, de la minoría (oposición) y la primera presidenta de la Comisión de Cultura de la Cámara. En Río fue secretaria municipal de Cultura de la ciudad y secretaria municipal de Ciencia, Tecnología, Desarrollo y Pesca de Niterói. Es autora de numerosas leyes vigentes en Brasil y ponente de muchas otras, como la Ley Maria da Penha.



De manera superficial, podríamos pensar que los hechos de la vida privada nada tienen que ver con la actividad pública. Pero son parte de los obstáculos que enfrentamos las mujeres en el ejercicio de las actividades políticas.

JÔ MORAES

7.

**¿POR QUÉ
NO NOS
QUIEREN?**



M I MIRADA ESTÁ ANCLADA EN LA DISTANCIA del tiempo. Así tomo consciencia de que las veces en las que fui coaccionada, en distintas circunstancias de la vida, resultaron del intento que la sociedad hacía por impedir la acción de la mujer transgresora que representaba mi vida. Una mujer que formó parte de la generación que enfrentó la dictadura militar, que retomó la normalidad democrática a través de una militancia política, partidista y feminista, que presencié la actividad parlamentaria durante 21 años.

Una mujer que tuvo que transmutarse para preservar su vida y escapar de la violencia estatal. Fui Josydemeia, fui Ana, fui Luiza, fui Maria José, fui Joana. Fue realmente difícil memorizar los nombres de mis padres con cada identidad que asumía. Cuando me detuvieron en Recife, repartiendo panfletos en la puerta de una fábrica, dije que había ido allí a buscar un hombre que me mantuviera. Para escapar de la persecución en el nordeste, me teñí el cabello de rubio decolorado y huí en un autobús a São Paulo. Una mujer que se quemó la pantorrilla mientras conducía una motocicleta cuando la llamaron para ver a su hijo de siete meses, que tenía fiebre. Y que tuvo que afrontar la angustia de una madrugada en la sala de pediatría de un hospital, donde su hija de 6 años recibía primeros auxilios por una fractura de cráneo porque la atropelló una bicicleta.

De manera superficial, podríamos pensar que los hechos de la vida privada nada tienen que ver con la actividad pública. Pero son parte de los obstáculos que enfrentamos las mujeres en el ejercicio de las actividades políticas. En especial, porque la sociedad les otorga la exclusividad de las tareas de cuidado. Siempre lo viví como si fuera un hecho natural en la vida de las mujeres. Me tomó un tiempo darme cuenta de que no lo era.

Mi generación no comprendió la dimensión completa e incluso las generaciones posteriores aún construyen esta idea por más que existen intentos de mantener el *status quo* que afirma que las nenas se visten de rosa. Las innumerables restricciones a las que me enfrenté para mantener una militancia partidaria no fueron más que la práctica cotidiana de la violencia política de género. Un instrumento particular del patriarcado, que se intensifica ante estados autoritarios, y que siempre se utiliza para amplificar el control de quienes se resisten a las estructuras establecidas, a través de la exclusión orquestada de su mitad femenina.

El uso de la violencia como forma de dominación y perpetuación de los privilegios de ciertos sectores es una práctica común en las sociedades de clases. Afecta a la gran mayoría de las personas que vive en condiciones de exclusión generalizada. Se construyen sobre ella presupuestos de un Estado democrático para garantizar períodos de convivencia pacífica. Es difícil lograr que el pensamiento democrático de la sociedad comprenda la dimensión particular que asume esta violencia cuando quienes resisten al sistema existente son mujeres, consideradas por muchos como personas potencialmente no adaptadas al orden establecido.

Viví el período de la dictadura militar en el que la violencia política tomó la dolorosa forma de detenciones, torturas y asesinatos de quienes se oponían al régimen autoritario. Se trató de una violencia generalizada que afectó de manera contundente a las mujeres. Si bien algunos estudios académicos intentan abordar la presencia femenina en la resistencia, los registros son escasos. Fue un período en el que las mujeres jóvenes en particular tenían poca autonomía sobre sus propias vidas. Fue precisamente la generación que más se rebeló. La falta de registro, sin embargo, también fue reforzada por los

agentes represores que se encargaron de invisibilizar la participación femenina. Registrar su presencia en los movimientos de oposición era divulgar la idea de que las mujeres no estaban solo en el hogar, como propugnaban las “Marchas de la Familia con Dios por la Libertad”, eventos callejeros liderados por mujeres conservadoras en apoyo al régimen militar.

POR LA NOCHE, NO TODOS LOS GATOS SON PARDOS

No entendía a dónde pretendían llegar esos policías con el interrogatorio que me hacían dentro de un auto pequeño, tal vez un escarabajo, mientras circulaban por las calles de Recife, durante la madrugada del día 2 de febrero de 1969. Acababa de salir de la fábrica de tejidos del barrio Torre, en Recife, donde había estado repartiendo “boletines subversivos”, según el registro posterior del Sistema Nacional de Información. Estaba con mi compañero, João Roberto Borges de Souza, y con Maria Livia Alves Coelho, estudiantes de Medicina. Cuando bajamos del autobús, nos detuvieron guardias de seguridad de la empresa, que nos habían seguido, se pararon en la puerta de salida del autobús, y luego nos llevaron al Departamento de Orden Político y Social de Pernambuco.

El interrogatorio fue el inicio de la indagatoria policial militar que condujo a mi condena, en rebeldía (ya que había logrado eludir a la policía y no permanecer en prisión), y a pasar diez años en la clandestinidad. La acusación se basó en el Decreto-Ley n.º 314 de 1967. El “delito” estaba previsto en el artículo 33: Incitar públicamente:

- a la guerra o a la subversión del orden político-social;
- a la desobediencia colectiva a las leyes... Pena: 1 a 3 años de prisión.

El interrogatorio, realizado por dos hombres en un auto, mientras circulábamos por las calles por la madrugada, que incluía preguntas sobre probables experiencias

sexuales a una persona que estaba siendo detenida por “subversión”, fue la primera violencia política de género que viví. Vergüenza e intimidación como primer paso a la siguiente etapa de presiones y palizas. Siempre me pregunté cuántas mujeres vivieron situaciones más vergonzosas que yo; cuántas estudiantes como yo asistimos al Congreso Nacional de la UNE, en Ibiúna, en 1968, donde fuimos detenidas junto con los cientos de estudiantes presentes. Un Estado represor siempre oculta el registro de los hechos relacionados con la resistencia.

Una fuente importante es el proyecto “Brasil: nunca mais”, una iniciativa de la sociedad civil que realizó una extensa investigación sobre la represión política durante la dictadura, que revela el voluminoso proceso conformado por el registro de detención de 693 estudiantes de todo el país durante aquella ocasión. “La escasa información que hemos podido recabar hasta el momento [fue obtenida] a partir del análisis de los archivos y las fotos policiales de 140 mujeres detenidas durante el Congreso”, relata Priscila Fernanda da Costa García, en su trabajo *As meninas de Ibiúna, militantes e oprimidas*, que presentó en el IV Simposio de Luchas Sociales en América Latina, en Londrina, en 2010.

La invisibilidad se repite en los innumerables acontecimientos que forman parte de este período. Por ejemplo, no se incluyeron las gestiones que cientos de mujeres realizaron a través de verdaderos laberintos burocráticos para conseguir noticias sobre la vida de sus compañeros, hijos desaparecidos, hijas torturadas. Mujeres que tuvieron un papel destacado en la resistencia democrática a través del Movimiento de Mujeres por la Amnistía. Mujeres que solo mucho después tuvieron la oportunidad de revelar las atrocidades que vivieron, sometidas a una violencia política de género hasta ahora conceptualmente invisible.

“Está claro, en cada informe, el trato diferenciado que se les daba a las mujeres en prisión. La tortura está cargada de connotaciones sexuales y explotación del cuerpo de la mujer, ya sea de manera física o psicológica. De cualquier forma, el objetivo era menospreciar y humillar la condición de mujer, abusar de la explotación de sentimientos y emociones, destruir la identidad como mujer y la autoestima. Se utilizan atributos de género para arrancarlos de raíz, aniquilarlos. Abusan de los órganos sexuales, hacen bromas groseras, hablan peyorativamente de la apariencia, explotan nuestra supuesta fragilidad”, relata Loreta Valadares, feminista comunista durante la dictadura militar, en su libro *Estilhaços*.

¡ALERTA! ELLAS ESTÁN AVANZANDO

Prueba cabal de la dificultad para percibir esta violencia específica es el hecho de que recién en diciembre de 2020, en el pleno de la

Cámara de Diputados, se debatiera el proyecto de ley que “legisla con respecto a la lucha contra la violencia y la discriminación político-electoral contra las mujeres”. El proyecto de ley n.º 349/15 estaba pendiente desde hacía cinco años en esa Cámara, y debió esperar aún más para que el Senado lo convirtiera en ley.

Existen muchas facetas de la violencia que vivimos como mujeres. Tal vez por eso tardamos tanto en entender cómo se naturalizan en nuestra vida cotidiana y son invisibles para nosotras mismas. El mejor ejemplo es el caso específico de la violencia política de género, como parte destacada de la violencia política del Estado, que siempre ha tenido poco abordaje en el debate sobre la construcción de una sociedad más democrática, excepto de la mano del movimiento feminista. Quizá esas violencias específicas solo se convierten en conciencias colectivas formuladas cuando estallan como fenómeno social.

No recuerdo exactamente cuándo tomé conciencia de que la lucha feminista era el medio por el cual podía expresar mi opción revolucionaria para transformar el mundo en el que vivía de manera radical. Un momento bisagra fue cuando me sumé a la movilización por la construcción de una guardería en el Barrio Industrial, una zona obrera de la ciudad de Contagem, donde vivía, porque necesitaba dejar a mis hijos para salir a trabajar. Así, sucesivamente, las necesidades cotidianas de las mujeres se fueron transformando en demandas colectivas que también me incluían y enraizaban mi militancia política con las agendas del movimiento feminista.

Los partidos políticos y los gobiernos, debido a la presión de los movimientos, fueron incorporando de manera paulatina la agenda de políticas públicas para las mujeres.

En las dos primeras décadas del siglo XXI, en Brasil, hubo una expansión de la presencia de la mujer en los espacios públicos. Este crecimiento fue el resultado de dos fenómenos entrelazados. La expansión del movimiento feminista en el mundo, en sus diversas concepciones y expresiones. Y entre nosotras, las brasileñas, las posibilidades de movilización social que se intensificaron cuando culminó la dictadura militar y que luego se ampliaron con el ciclo de los gobiernos populares.

En ningún período histórico de nuestra república las mujeres tuvieron tantos espacios institucionales para debatir acerca de las dimensiones de su situación de subordinación. Un ejemplo claro de esas posibilidades fueron los congresos nacionales que reunieron a miles de mujeres de todo el país y dieron como resultado la creación de los Planes Nacionales de Políticas para la Mujer en 2004, 2007 y 2011.

En 2010, Dilma Rousseff fue elegida la primera mujer presidenta de la República. Una victoria más que

simbólica, ya que se tradujo en la ampliación de las políticas públicas de protección a las mujeres, en especial aquellas relacionadas con el combate a la violencia de género. Una mujer en el poder, poder para las mujeres. Un sentimiento difuso de fuerza y empoderamiento de ese Brasil femenino. Salieron a las calles, integraron partidos, llegaron a los parlamentos. Comenzaron a confrontar decisiones y ocupar espacios de poder.

Las enormes manifestaciones en contra de las propuestas legislativas que arrebataban derechos, en especial los derechos sexuales y reproductivos, llenaron las plazas. Un ejemplo de ellas fue la movilización de Mujeres contra Cunha (Eduardo Cunha del PMDB por Río de Janeiro, presidente de la Cámara Federal, detenido por corrupción y defensor de la penalización del aborto). También formó parte de este proceso la manifestación ELE NÃO [ÉL NO] organizada por el movimiento feminista contra el entonces candidato Bolsonaro, en la que estuve con mi nieta María Helena, que entonces tenía seis meses, y que convocó a miles de mujeres en las calles de Belo Horizonte y de otras ciudades brasileñas.

A partir de esa intensificación y del fortalecimiento del movimiento feminista, comenzó una acción generalizada por parte de los sectores conservadores de la sociedad para impedir o restringir el acceso de las mujeres al ejercicio de las funciones públicas, en particular a los espacios de representación o ejecutivos del poder. Se intensificó el uso de mentiras, denigraciones y ataques grotescos a través de *fake news* contra lideresas políticas que simbolizaban el enfrentamiento al poder masculino.

Buscan difundir la idea de que “las mujeres no pertenecen al espacio político”, recuerda Flávia Birolli, profesora e investigadora del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Brasilia, quien realiza su abordaje y nos recuerda lo siguiente: “es la violencia la que busca mantener

a las mujeres fuera de la política". La intención de inhibir y coaccionar para impedir la acción de las mujeres en los espacios públicos sucede desde hace mucho tiempo.

LA VIOLENCIA COTIDIANA EN LOS ESPACIOS DE LA POLÍTICA

Quien tiene afiliación partidaria, en especial en partidos pragmáticos revolucionarios, sabe que la militancia no consiste solo en la actividad política electoral tradicional. Tenés una vida cotidiana de funcionamiento organizativo regular. Y es importante ocupar las jerarquías partidarias como parte de las responsabilidades políticas y las posibilidades de tomar decisiones. Pertenezco a un partido, el PCdoB, cuya tradición marxista lo obliga a abordar la lucha por la emancipación de la mujer como parte fundamental de su opción programática con el fin de buscar la emancipación de toda la humanidad. Los foros que debaten cuestiones de género tienen cuotas para hombres, precisamente para obligar a todos a comprometerse en la lucha contra la discriminación de género, raza y clase. La militancia feminista, sin embargo, no surge de forma natural. Por ende, la práctica cotidiana de actitudes machistas invisibles pasa casi desapercibida. Recuerdo muy bien un día en que me eligieron para presidir la junta estatal, en reemplazo de un líder importante. No hubo votos en contra. Fue una sucesión natural. Cuando terminó la votación, escuché a un dirigente, un profesor universitario, que decía lo siguiente: "Todo bien. Es elegida y asume la presidencia. Pero debemos mantener esa decisión entre nosotros, dentro del partido. No hace falta divulgarlo". Me consideraban capaz para asumir la tarea. El prestigio del cargo estaba reservado a los hombres.

.....

El miércoles 27 de febrero de 2008, se llevó a cabo una de las reuniones del Colegio de Líderes de la Cámara de

Diputados, en el segundo año de esa legislatura. En el salón de la presidencia, los diputados ocupaban las sillas alrededor de una gran mesa. En la última fila estaban los asesores de la presidencia y los respectivos líderes de los partidos. Comenzó la reunión y las lideresas del PCdoB, Jô Moraes, y del PSOL, Luciana Genro, en representación de sus partidos, siguieron casi todo el debate de pie.

Ningún líder de otros partidos, ningún asesor de la presidencia o de la secretaria general de la mesa, responsables de la reunión, notó que había dos diputadas, integrantes del Colegio de Líderes, que estaban de pie. Al igual que lo hicieron con los otros parlamentarios, deberían haberles proporcionado sillas. Era como si, en ese espacio de poder, la presencia de mujeres fuera un hecho insólito. No sabía que, si quería que me trataran como a los otros líderes partidarios hombres, tenía que pronunciarme sobre el hecho de que estaba de pie.

Esta rutina se repetía en distintas situaciones de la vida parlamentaria. En una reunión conjunta de los colegios de líderes de la Cámara y el Senado, sucedió algo similar. El asesor que servía el café llevó las tazas hasta las sillas donde estaban sentados los hombres. Se detuvo cuando fue el turno de las sillas donde estaban las lideresas del PCdoB, Jô Moraes, del PV, Rosane Ferreira, y de Ciudadania, Carmen Zanotto. Tuvimos que llamarlo. Nos dijo lo siguiente: “Primero les servimos a los diputados”. Para aquel servidor, las mujeres que estaban allí seguramente eran asesoras.

Violencias invisibles. ¿Violencias? Algunos dirán que son solo pequeñas descortesías. Pero son prácticas individuales de exclusión colectiva de las mujeres en los espacios de poder.

Jô Moraes

Existen muchas facetas de la violencia que vivimos como mujeres. Tal vez por eso tardamos tanto en entender cómo se naturalizan en nuestra vida cotidiana y son invisibles para nosotras mismas.

JÔ MORAES

JÔ MORAES

@jomoraesbh



FOTO: ARCHIVO

Jô Moraes es feminista, marxista, primera presidenta de la Unión Brasileña de Mujeres, ejerció mandatos parlamentarios durante 22 años. Fue concejala de Belo Horizonte, diputada estadual y diputada federal por Minas Gerais, durante tres mandatos. Fue líder de la bancada del PCdoB en 2008 y coordinadora de la bancada de mujeres de la Cámara de Diputados en 2015. Es autora de dos libros sobre discriminación de género e integrante de la Comisión Política Nacional del PCdoB. Es trabajadora social, tiene dos hijos y tiene 74 años.



Las redes que promueven *fake news* trabajan de forma permanente y continua, y la destrucción de sus objetivos se hace de forma acumulativa, siempre partiendo del último estadio alcanzado y no de cero.

MANUELA D'ÁVILA

8.

**¿QUÉ PODRÍA
SER PEOR QUE
DISPUTAR LAS
ELECCIONES
CONTRA
BOLSONARO?**



RESPONDÍ ESO TODAS LAS VECES QUE ME PREGUNTARON si estaba lista para una nueva contienda electoral después de la elección presidencial de 2018. Ignoraba, decía en mi respuesta, que las redes que promueven *fake news* trabajan de forma permanente y continua, y que la destrucción de sus objetivos se hace de forma acumulativa, siempre partiendo del último estadio alcanzado y no de cero. Olvidaba también que cada vez que se autoriza la violencia política de género a nivel social, los agresores se sienten más libres y se vuelven, por lo tanto, más violentos. En el caso objetivo de la violencia política contra las mujeres, los impactos de la violencia dirigida a una de nosotras abren la puerta a la violencia dirigida contra todas nosotras.

Por lo tanto, puedo decir que aprendí, a lo largo de las ocho elecciones que disputé, que la última siempre es la peor y solo es superada por la que vendrá.

Soy de una generación de mujeres que iniciaron la militancia política de izquierda sin una comprensión profunda sobre la cuestión de género. Digo esto muchas veces porque me parece importante desmitificar esa idea de que nacemos feministas y conscientes de que somos víctimas de violencia como mujeres. Yo era parte del grupo que ironizaba mi propia condición de mujer en el movimiento estudiantil y que, aun consciente de la necesidad de luchar por la transformación de Brasil, ignoraba que las cuestiones de género (y, aún más, de raza) estructuran las desigualdades en nuestro país. Cuando menciono que era irónica con respecto a mi condición de género, me refiero al hecho común de que las mujeres de mi generación se suman a las críticas y bromas con otras mujeres como una manera de sentirse protegidas del machismo y la violencia que también las afecta. Todo eso cambió cuando a los 23 años asumí mi primer mandato

como concejala y ya en la primera semana escuché que un parlamentario de la edad de mi abuelo decía que mi escote lo provocaba. Luego, en Brasilia, aislada por ser una parlamentaria joven sin parientes importantes, a pesar de tener una cantidad récord de votos, me apodaron la musa y me pusieron a prueba de forma permanente: la niña bonita no podía tener la capacidad suficiente capaz, ¿no? En la primera elección mayoritaria, en 2008, con 26 años, no me trataron como a la joven valiente y atrevida, ya concejala y diputada federal, sino como a una “drogadicta”, adjetivo que siempre utilizan los sectores conservadores para explicar a todos aquellos a quienes no pueden entender. También recuerdo una caricatura que circulaba en Porto Alegre en la que yo sostenía un osito de peluche, me dibujaron como a una niña de la mano de mi entonces candidato a vice, quien me daba órdenes, o sea, era una mujer retratada como infantilizada que recibía órdenes de un hombre. Siguieron otras batallas. Las mentiras y la violencia siempre estuvieron presentes. Pero nunca en la dimensión alcanzada por las redes de divulgación de *fake news* tras las elecciones de 2014.

Y así, entre 2014 y 2020, me convertí en uno de los objetivos preferidos de las máquinas destructoras de la reputación de las mujeres y “coseché los frutos” de esta destrucción permanente y continuada en las elecciones de 2018, cuando se utilizaron todos los atributos negativos construidos acerca de mi persona al mismo tiempo: la Manuela hipócrita que defendía el socialismo, pero hizo un ajuar millonario en Miami; la Manuela “drogada” con tatuajes horribles y ojeras marcadas; la Manuela vagabunda que tenía fotos desnuda (falsas) que circulaban por ahí; la Manuela astuta que planificaba el asesinato de su adversario; la Manuela que a veces expresaba una fe, a veces otra, en montajes y ediciones exhibidos hasta en canales de televisión.

Después de la elección, aunque no ejercía ningún mandato, los ataques continuaron, relanzados o reeditados con pequeñas variaciones. Imaginaba que nada podía ser peor que lo que ya había vivido. Pero no sabía que su punto de partida en las elecciones de 2020 sería exactamente eso: todo lo peor que había vivido. Es decir, siempre parten de la acumulación de destrucción de mi imagen promovida en los últimos quince años y, en especial, de manera exponencial con respecto al período en el que se usaron las tecnologías de difusión de *fake news*.

La campaña electoral de 2020 sucedería en un escenario absolutamente diferente: la pandemia de la COVID-19. Me quedé en casa durante meses y rara vez salía.

Tuvimos debates, la construcción del programa, reuniones con partidos. Todo desde el interior de nuestras casas. Fue un desafío vivir los obstáculos de la pandemia mientras nuestros oponentes la ignoraban, pero eso también es parte de lo que significa, en la práctica, luchar contra el negacionismo. Esto daría lugar a un nuevo proceso electoral. Ni hablar del calendario: nunca había disputado unas elecciones en Porto Alegre con el calor abrasador que vivimos en los meses de octubre y noviembre. Hablé con el equipo de comunicación y les dije que los procesos serían más simples y participarían menos personas en las producciones para la televisión, con el fin de cuidarme a mí y a los demás. Aprendí a maquillarme, me llevaba de casa la ropa para las grabaciones. Son procesos que muchos ignoran que existen, pero sí, todo eso está presente en las producciones de programas de televisión: maquilladora, estilista, vestuario. Además, mi cabello estaba largo para mi parámetro y subí diez kilos durante esos meses encerrada en casa. Listo. Cuando vieron la foto elegida para la campaña, naturalmente con una Manuela diferente a la de años anteriores, no tardaron en lanzar un

conjunto de ataques virtuales con amplia difusión: quería parecer una mujer creyente, madre de familia (juro que no sé lo que creen que es parecer una madre de familia, ya que con cualquier cabello y ropa debería parecer lo que realmente soy: una madre). Todo eso a partir de la foto para las urnas, ya que todo nuestro material estaba hecho a partir de una ilustración del artista gráfico Cris Vector, en la que tenía el pelo color rosa. Parece muy ridículo, ¿no? ¿Cómo podría alguien que se tiñó el pelo de rosa imaginar que las personas olvidarían su imagen? Pero no se trata de que tenga sentido, se trata solo de destruir una imagen mediante el machismo y la misoginia.

En la primera mañana de la elección, teníamos programado un debate. Gracias a las otras tres elecciones generales en las que me postulé (2008 y 2012 para intendenta, y 2018 para vicepresidenta de la República), ya tengo un método de estudio y preparación que me deja relativamente tranquila en estas circunstancias, aunque sé que, en este caso concreto, sería el blanco preferido de los ataques por liderar todas las encuestas. Sabía que un congresista, con quien tuve una relación hacía una década, cuando era joven, también se postularía para intendente. Supuse que era parte de su plan para asegurar su reelección a diputado. En uno de los bloques, se suponía que el debate sería entre nosotros dos y me sorprendió el conjunto de ataques absolutamente violentos contra mí, mi honor y mi carácter. Aprendí, con el tiempo, a hablar solo de lo que quiero y no de lo que quieren que hable. Con solemnidad ignoré los ataques que viví frente a un grupo de candidatos que esbozaban diferentes reacciones en sus autos estacionados: algunos se rieron, otros se escandalizaron. Me puse a pensar: ¿al servicio de cuál de mis contrincantes se construyó esta candidatura fantasma de un exnovio? Entendí, sin duda, que él usaría, para atacarme, la legitimidad que los hombres con quienes

las mujeres se relacionaron tienen socialmente. Me di cuenta de que el dicho “en pelea entre marido y mujer, nadie se debe meter” sería validado como máxima por los opositores y la prensa. Aunque no fuese un marido ni hubiese nada personal en esos ataques.

Nunca imaginé que llegarían tan lejos y que casi no encontrarían obstáculos para hacerlo. En esa ocasión, las diputadas Maria do Rosário (PT-RS) y Jandira Feghali (PCdoB-RJ) escribieron un manifiesto brillante sobre la violencia política de género. Las personas parecían creer sin cuestionarlo que todo lo que vivía era parte natural de hacer política, un precio que debía pagar por estar en ese espacio masculino de disputa de poder.

Unos días después, tuvimos el único debate televisado de la primera vuelta, en Bandeirantes. Cuando llegué, preparada y entusiasmada por presentar nuestras ideas, vi a varios candidatos riéndose, intercambiando bromas con aquel vulgar candidato. Como resultado del sorteo (jamás tuve suerte en ninguno), en la primera ronda tuve que hacerle una pregunta a este candidato. La réplica incluyó un ataque personal irónico en el que decía que había traicionado a todas mis amigas, amigos y a él, “por supuesto”. ¿De qué traición hablaba? ¿Personal o política? A quien está escuchando eso no le importa. Las mujeres públicas son siempre las locas, las tontas, las putas, las abyectas y las desagradables, como ya sistematizó la profesora Perla Haydee da Silva.¹ Cualquiera fuera la traición de la que me acusaba, solo reforzaría la idea de que yo era una puta o una mujer abyecta. Cuando salí del debate, sentí una soledad y una vergüenza indescriptibles que no harían más que crecer en los días siguientes.

1 SILVA, Perla Haydee da. De louca a incompetente: construções discursivas em relação á ex-presidenta Dilma Rousseff. 139 f. Tesis (Doctorado) - Universidad Federal de Mato Grosso, Cuiabá, 2019.

Nuestra curva en las encuestas era ascendente, cada vez más tres oponentes peleaban por el segundo puesto y nuestro liderazgo se consolidaba. Entonces, reeditaron todas las *fake news*. Accionaron el submundo: Eduardo Bolsonaro y Olavo de Carvalho declararon la guerra a la candidatura en sus redes sociales. Por medio de sentencias judiciales, se determinó la eliminación de 500 000 publicaciones falsas: 500.000 publicaciones en una ciudad de 1,5 millones de habitantes. Y eso fue sin incluir WhatsApp en la cuenta. Además, me refiero solo a noticias absolutamente falsas, no al contenido misógino, como el relacionado con mi cuerpo, cabello y vida privada.

Pasaron los días y vi cómo una generación se involucraba maravillosamente en la campaña, salía a las calles y hacía brillar la esperanza en la ciudad. Al mismo tiempo, aumentaban los relatos de personas que creían en las *fake news*: “¡Va a cerrar todas las iglesias!” decían. “¡Va a legalizar la marihuana en nuestras escuelas y hacer que todos los baños sean unisex!” sostenían.

En la primera ronda, hubo dos debates más. En uno de ellos, en Radio Guaíba, me atacaron otra vez de manera violenta. Ese debate, al igual que los dos anteriores, me recordó aquella frase de Martin Luther King sobre que el silencio de los buenos preocupa más que el ruido de los malos. Después de todo, escuchar y comprender el silencio de los candidatos y periodistas, durante y después del debate, quienes naturalizaban lo que vivía como parte del proceso político, fue aún más preocupante que el conjunto de ataques misóginos y machistas del candidato opositor fantasma/exnovio.

En otro debate, en el que no participé porque no garantizaban las normas sanitarias, otro candidato, José Fortunati, cuando lo tildaron de títere o algo similar, en función de la manera en que hipotéticamente

se relacionaría con su esposa (nótese la misoginia del candidato fantasma), reaccionó mencionando las agresiones contra mí como represión personal. La verdad es que él fue el primer candidato en hablar sobre la violencia que estaba enfrentando, aunque haya sido con la intención de defenderse. Pero, aun así, no lograba salir de la trama construida en torno a que ese era un problema personal del candidato conmigo, ya que yo lo había “dejado”.

Insisto: no era un problema personal, nadie espera una década para decir que está dolido. Se trataba de una estrategia política bien definida: generar una confrontación fuera del ámbito de las ideas, fuera de las propuestas para la ciudad, y construir la disputa a partir del comportamiento moral de la candidata mujer. De recordarle a la población, aunque fuera de manera indirecta, que yo no era una “madre de familia”, expresión que les encanta usar, sino una mujer capaz de terminar un noviazgo, de “abandonar” (sic) a un hombre. Una puta. Una mujer sin moral.

Con esa cantidad creciente de ataques, llegamos al debate final de la primera vuelta. Lo más violento, lo más despreciable, además de los ataques dirigido directamente contra mí en los espacios de preguntas y respuestas, fue que me atacaron en diálogos que no me involucraban. Siempre en relación con cuestiones de comportamiento: que tengo mal carácter, soy una traidora, una mentirosa. En ese debate, llegué a escuchar que era una mocosa malcriada que debería estar en el shopping comprando carteras y que no hablaría más de mi vida por respeto a mi hija, porque me destruiría.

Esa noche ocurrió un hecho importante que generó algunas reflexiones: de manera enfática, la candidata Fernanda Melchionna (PSOL) usó una de sus respuestas al candidato para ponerle nombre a lo que

me estaba pasando y llamar la atención sobre el machismo y la misoginia. Este terminó siendo uno de los grandes momentos del debate, tanto por la alegría de nuestro grupo en las redes sociales, que parecía no aguantar más el verme enfrentar sola los ataques, como por el cambio en el comportamiento del propio candidato, quien por primera vez sintió que “reprimían” sus intenciones.

Tal vez por el público del debate final, tal vez porque la violencia fue llamada por su nombre, esta fue la primera vez que la sociedad parecía ver lo que había sucedido durante 45 días, y que ya había resultado en la presentación de dos demandas (una civil y una penal) contra el entonces candidato.

El tema colmó las redes, por lo que, por primera vez, se rompió el silencio en torno a la violencia política de género. Y, para mí, la principal reflexión al respecto es precisamente que cuando solo nosotras mismas hablamos de lo que vivimos, no logramos romper el espacio que nos trata de exagerados, “victimistas” o incluso responsables/culpables de lo que vivimos. La voz de los otros, el nombre, además de la sororidad, es la voz capaz de denunciar nuestra violencia ante un público mayor. Parece insólito decirlo, pero la denuncia sobre mi propio dolor no fue escuchada. Como se hace oídos sordos ante las denuncias de muchas mujeres todos los días. Algunas personas argumentan que quien es blanco de ataques también obtiene votos. En el caso de nosotras, las mujeres, no es cierto.

Llegamos a la segunda vuelta en la elección en la que más jóvenes vi asiendo banderas y expresando sus sueños. No es un detalle menor, aunque no sea objeto de este texto, la flagrante diferencia de elección entre los más jóvenes y los mayores en los últimos procesos electorales, así como la diferencia entre hombres y mujeres.

La ciudad abrazó la candidatura, las ventanas tenían banderas y los autos tenían calcomanías. Tuvimos cientos y cientos de voluntarios que hablaban con sus amigos y compañeros de trabajo.

Pero fue entonces cuando volvió a soplar ese viento que suele alterar las certezas. Con él, surgió otra invitación a la quietud anidada junto a una multitud de personas que decidieron no votar, votar blanco o anular el voto. Incluso en la primera vuelta, ese había sido el resultado de la votación y es entendible: en una elección marcada por bajezas, ¿a quién podrían elegir? La bajeza y la violencia política afectan a quienes creen en ellas, pero también afectan a las multitudes que se vuelven apáticas a la política, que creen que es un espacio corrompido. Pero también hubo otro silencio, el de la vergüenza de no votar a favor de un proyecto sino en contra del otro. A las personas no les atraía la idea de transformar la ciudad con mi oponente. Estaban convencidas de que necesitaban impedir la transformación de la ciudad, impedir que una mujer tan profundamente abyecta gobernara la ciudad de sus hijos. El pelo, el ex, la inexperiencia (aunque tenía más experiencia que mi oponente, a pesar de ser más joven), el uso falso de drogas ilícitas (elemento que mi oponente utilizó de manera permanente con astucia al decir que enfrentaría la adicción a las drogas, con la intención de desencadenar el conjunto de *fake news* sobre mí relacionadas con el tema). A las personas no les gusta decir que votan a alguien porque no quieren votar a otra persona. Pero lo hacen. Y lo hicieron motivadas por la misoginia en Porto Alegre.

En Internet, las *fake news*. En la televisión, los ataques. En los debates, la descalificación personal. En la propaganda callejera, las mentiras. En las comunidades, los rumores. El machismo y la violencia política no son

el fin en sí mismos. Son solo el camino con mayor legitimidad social para implementar ideas que nada tienen que ver con las necesidades del pueblo. Así funcionó, por ejemplo, el golpe contra Dilma: el juicio político sirvió para dar rienda suelta a un proyecto ultraliberal, antinacional, antipopular y antidemocrático. Pero el camino que tomaron fue el de la misoginia, la violencia política de género y el machismo.

Soy sincera al decir que no me sorprende que el ganador haya sido un hombre que, en el último debate electoral, mostró con orgullo a los fotógrafos una carpeta negra, presentada como “dossier”, con el nombre de mi exnovio/candidato fantasma. En una elección en la que el silencio fue cómplice y permitió que la violencia política de género creciera día a día, solo podrían triunfar aquellos asociados a ella.

Cuando terminaron las elecciones, pensé que pasaría mucho tiempo antes de que una mujer pública tuviera que vivir situaciones de violencia como las que yo había vivido. Días después, la diputada Isa Penna (PSOL-SP) fue manoseada en los senos durante el pleno de la Asamblea Legislativa de São Paulo. Cuando intentó denunciarlo, tuvo que pedir silencio ante un pleno indiferente a la violencia que había sufrido y que fue ampliamente documentado. Ver las imágenes funcionó como un disparador, no podía hablar del episodio, solo podía llorar. Incluso después de tanto, todavía ignoraba que nunca se trata solo de una de nosotras, se trata de todas nosotras. Con el acoso a Isa, se cruzó un nuevo límite. Se estableció un nuevo límite. ¿Hasta cuándo los dejaremos superar sus propios récords de barbaries?

Manuela d'Ávila

**La última es siempre la peor
y solo es superada por la que
vendrá.**

MANUELA D'ÁVILA

MANUELA D'ÁVILA

@manueladavila



FOTO: ARCHIVO

Manuela es periodista y tiene una maestría en Políticas Públicas. Está casada con Duca, es mamá de Laura y madrastra de Gui. Fue la concejala más joven de Porto Alegre, la diputada federal más votada de Brasil y la diputada estadual más votada en 2014. Como diputada federal, presidió la Comisión de Derechos Humanos y Minorías (CDHM) de la Cámara de Diputados en 2011 y 2012. Se postuló para vicepresidenta del país en 2018. Fundó el Instituto E Se Fosse Você, destinado a combatir las *fake news* y las redes de odio. Publicó tres libros: *Revolução Laura, ¿Por qué luchamos? Un libro sobre amor y libertad* (también traducido al español) y *E Se Fosse Você? Sobrevivendo às redes de ódio e fake news*.



La violencia política de género pretende silenciar o desprestigiar a las mujeres que ejercen la representación con autonomía y disputan espacios de poder por medio del cuestionamiento de prácticas políticas que se fueron consolidando y naturalizaron su exclusión.

MARIA DO ROSÁRIO

9.

**VIOLENCIA
POLITICA DE
GENERO, EN
SINGULAR Y
EN PLURAL**



QUE LA VIOLENCIA ESTÁ EN EL CORAZÓN DE LA POLÍTICA en Brasil, y más allá de darle método y forma, como parte de su contenido cultural, es un hecho reconocido.

También está comprobado que las naciones que viven una violencia sistemática y organizada del Estado o de estructuras que juegan un papel similar, mantienen activas memorias de terror, persecución y miedo, cuyo proceso de superación exige, en primer lugar, romper el silencio.

Así, el conocimiento de la verdad sobre la práctica de la violencia en cada país inaugura el proceso denominado justicia transicional, capaz de dar fin a la cultura autoritaria y construir valores democráticos.

Sucede que en Brasil no llevamos a cabo ese proceso y en los aspectos específicos en que buscamos exorcizar los horrores de la violencia política por parte del Estado, no lo hicimos hasta el final. No es una herida abierta, sino una herida que cicatrizó infectada, de modo que nos sigue corroyendo por dentro.

En este contexto, tanto histórico como plagado de particularidades del presente, la violencia política puede ser considerada la matriz sobre la que llegan a la sociedad otras expresiones violentas, es decir, las graves y sistemáticas violaciones a los derechos humanos de diversa índole que ocurren en Brasil, afectan a la sociedad y destruyen las vidas de las personas.

Más que nunca, cuando hay gobernantes de orientación fascista gobernando el país, la violencia política funciona como una especie de referéndum o aval cultural a la autoridad, aunque esté marcada por la ilegitimidad o la ilegalidad, lo que permite reforzar jerarquías que nunca debieron ser instituidas y que deben considerarse inaceptables, como la de género. La violencia endémica, multifacética y difusa que tiene lugar en la vida cotidiana

brasileña debe comprenderse en cada una de sus expresiones, para ser enfrentada desde lo cultural y desmantelada de manera estructural. Pero reconocer en la violencia política la matriz de la que parten sus expresiones implica establecer como prioritario su enfrentamiento en cuanto al ejercicio del poder político y la defensa efectiva de la democracia.

Por otro lado, en Brasil, la violencia ocupa un lugar más destacado en la política que el debate de ideas. En los últimos años, la violencia de persecución y muerte de opositores políticos, como ocurrió con el asesinato de Marielle Franco, se combinó con tecnologías que diversificaron el alcance y el poder destructivo de la imagen pública y la vida privada de los opositores mediante el uso carente de ética de las tecnologías de la información. Algunos ejemplos que simbolizan este proceso de destrucción de la política son la manipulación de las elecciones de 2018, marcadas por la difusión de contenido ilícito contra Fernando Haddad y Manuela d'Ávila, y las elecciones de 2020, en las que nuevamente se atacó a Manuela, candidata en Porto Alegre.

Aunque haya sido dentro del estrecho límite de los procesos electorales, Brasil vivió un período de democracia que abarcó desde el proceso constituyente hasta 2016. El desmantelamiento de esta experiencia se da de manera golpista, con serios retrocesos institucionales, pero, sobre todo, reavivando valores no democráticos en la sociedad brasileña.

El golpe contra Dilma Rousseff, con sus características de odio político y de género, revela cuánto la extrema derecha y la propia derecha clásica en Brasil, además de despreciar la democracia como normas establecidas, utilizaron valores reaccionarios, estigmatizantes y opresivos contra las mujeres, para disputar su agenda política y económica en el país y alcanzar su objetivo de poder.

En la composición de la Cámara de Diputados que destituyó a la presidenta de manera ilegítima, cada parlamentario hombre, blanco y rico, al saludar a su propia familia, se presentaba como dueño del poder, capaz de excluir de este ejercicio a cualquiera que no fuera idéntico a él en todos los sentidos.

No es casualidad que la disputa de fondo sobre un proyecto para Brasil, sobre las tareas del Estado y el poder del capital se relacione a manifestaciones misóginas y de ataque descarado a la mujer en la política. El machismo fue el lenguaje a través del que los golpistas crearon de forma rápida la empatía necesaria para llevar a cabo sus objetivos, ya que la violencia de género atravesó todas las clases sociales y regiones del país.

Todo el juego que culmina en la fatídica sesión de 2016 comenzó a revelar algo que hasta entonces era, de forma engañosa, percibido como episódico y no como algo estructural: la violencia política de género y la exclusión histórica de las mujeres de las decisiones políticas y los espacios de poder.

En la actualidad, se fortalece la relación sobre la que Brasil se formó como un país desigual bajo las dimensiones de clase, esclavización humana negra y opresión patriarcal, y bajo la que la violencia no es el mero ejercicio de poder desigual sobre/contra esos segmentos, sino la intención de excluirlos de todo poder.

Para nosotras, las mujeres, la violencia política no es algo que observamos desde afuera. Nos concierne. Su ocurrencia marca nuestra vida a través de mecanismos que se han vuelto tan comunes que incluso, muchas veces, pasan desapercibidos.

El primer aspecto de la violencia política contra las mujeres se encuentra en la exclusión histórica de los espacios institucionales. La ausencia o ínfima representación institucional de las mujeres no es una coincidencia,

sino el resultado de un proceso cultural articulado para evitar la presencia de mujeres en las instituciones políticas, aún en el período en que se conquistaron de manera formal la igualdad de derechos civiles. La subrepresentación corresponde a la falta de empoderamiento político femenino en Brasil (en las instancias de poder y de toma de decisiones), a pesar de las luchas feministas de un siglo, y también corresponde al lugar económico y de sumisión histórica de las mujeres en el ámbito doméstico y familiar.

Como nación en la que prevaleció el voto censitario, en la que el derecho se garantizaba a través de la posesión de bienes y la escritura del propio nombre, y en la que las mujeres estaban excluidas de la posesión de bienes y el conocimiento de las letras, el universo de opciones políticas les fue negado de manera perentoria.

En esta realidad histórica, que abarca desde la falta de representación hasta la conquista pionera de las primeras representantes, existe una condición diminuta, presente hasta el día de hoy, que no se rompió y que afecta de manera desproporcionada al contingente femenino de la nación.

Comprender la exclusión del poder de las mujeres como patrón de la sociedad y de las instituciones brasileñas es reconocer la dimensión de género en relación con el poder patriarcal que masacró y dominó la vida de cada una desde que nacieron y hasta su muerte. Si bien la primera violencia política de género es la exclusión de la política, no es la única. En función de mi experiencia política y en la observación de la vida parlamentaria, entiendo que la violencia política de género en estas instituciones es ejercida por procesos combinados. Por un lado, un entorno en el que se intenta desestimar y borrar los argumentos políticos y el papel de las mujeres en el parlamento. Por el otro, ataques contra la “persona

mujer”, más que contra sus ideas o iniciativas políticas. Cuando ambos elementos se combinan, quienes ejercen la práctica violenta demuestran que no reconocen la igualdad de condición de las mujeres como parlamentarias o representantes políticas, no aceptan la autonomía de pensamiento y acción de las mujeres, y en especial no aceptan ninguna oposición que surja de ellas. Es decir, quienes utilizan la violencia política de género buscan silenciar a las mujeres, aunque ejerzan un mandato para el que fueron electas.

Así, como sucedió en el ejercicio de los mandatos parlamentarios en mi contra, fui testigo de la agresión pública, por medio de palabras humillantes, contra muchas mujeres y pude seguir los difíciles procesos desatados a partir de esos momentos en sus vidas.

En la era de la información, los ataques descalificados realizados de forma presencial están vinculados a la difusión masiva de imágenes, manipulación, *fake news*, múltiples vías con el objetivo de destruir. El meollo de la violencia política de género, sea cual sea el vehículo, es desvalorizar a la mujer, destruir su imagen pública, socavar la confianza que inspira en los demás, exponer de forma pública su vida familiar y su existencia con valores que rivalizan con determinados colectivos, e incluso con el sentido común, en relación con los papeles que “debería” desempeñar como mujer. Estas prácticas, aisladas o combinadas, se configuran como violencia política de género.

Es difícil analizar un proceso histórico cuando somos contemporáneos a él y, de alguna manera, partícipes directos de la mirada y acción perversa de violadores. Nos preparamos para proteger a las mujeres y otras víctimas de la violencia, y aquí estamos, en la búsqueda de protección.

La trayectoria de muchas de nosotras en la política brasileña ha estado marcada por la violencia, lo que nos

exigió mantenernos vivas en todos los sentidos y reconocer los ataques que nos infligen como parte de una estrategia más amplia enfocada en destruir la presencia transformadora de las mujeres en la política.

Es más que necesario entender que la violencia política de género tiene como objetivo entorpecer/impedir nuestra acción política y que es imperativo develar y dismantelar las imágenes falsas que se utilizan para destruirnos.

Si el debate de ideas es uno de los principales actos de la política, es importante destacar cómo actúan los segmentos más atrasados que ejercen el poder en Brasil con el fin de quitarles a las mujeres el derecho a presentar argumentos cada vez que utilizan el espacio de las instituciones con agresiones y estereotipos absurdos para preservar la cohesión de su base populista machista.

De hecho, sucede cuando no se respeta a las mujeres y los propios parlamentos y consejos de ética no toman medidas. También ocurre cuando la imagen y las características físicas y los estereotipos de toda clase se construyen como una estrategia planificada contra las mujeres que se enfrentan a grupos y representantes fundamentalistas. Cuando su sexualidad, sus relaciones, las funciones y los papeles históricamente femeninos relacionados con la división sexual del trabajo, con su elección o no de ser madres y con las tareas de cuidado, entre otras cuestiones que conciernen a su vida privada, son sometidos a escrutinio público, más aún desde el punto de vista de sus detractores.

La práctica descrita es común y reconocida en los parlamentos, y no se contradice con el hecho de que, en los últimos años, se lograron cambios en el sistema electoral que amplían la posibilidad de que las mujeres sean electas para las cámaras legislativas, incluso con medidas que no restablecen la diferencia de género, un

verdadero déficit en la democracia de Brasil. Sin duda, la violencia política de género es posible, por ejemplo, gracias a la limitación de la presencia de las mujeres en los espacios de poder parlamentario, pero no se expresa solo por la dimensión numérica de la representación, sino por su contenido.

Aunque la nueva legislación garantice recursos destinados a aumentar la cantidad de mujeres en los procesos electorales, no fue posible superar algunas de las principales dimensiones de la violencia política de género en Brasil: la desigualdad de poder económico; la eliminación de la discriminación de género en el lenguaje dirigido a las mujeres candidatas, en términos generales, en el sentido de descalificarlas en cuanto a su capacidad y humanidad, y también de estigmatizarlas, describiéndolas como inferiores. Asimismo, no se adoptaron medidas concretas para impedir la violencia de género o racial por parte de las autoridades electorales.

Es evidente que dicha violencia puede permear diferentes estructuras de participación y representación en la propia sociedad, como asociaciones, sindicatos, diferentes colectivos, partidos, y se necesita reflexionar mucho para formar una cultura de poder que no excluya a las mujeres.

Sin embargo, en lo que respecta a la disputa electoral y la presencia en las instituciones parlamentarias, la violencia política de género siempre estará dirigida a las mujeres por una combinación de factores que incluye la toma de posición política frente a quienes ahora las agreden con violencia. Los autoritarios no aceptan la oposición de una mujer.

Así, la violencia política de género pretende silenciar o desprestigiar a las mujeres que ejercen la representación con autonomía y disputan espacios de poder por medio del cuestionamiento de prácticas políticas que

se fueron consolidando y naturalizaron su exclusión. La construcción de la equidad en la representación política es una tarea de la democracia en la medida en que la presencia de las mujeres conlleva el potencial de dar mayor transparencia a la política, de modo que sus decisiones formen parte de la vida pública. Pero este es un potencial que puede o no materializarse.

Si la violencia política de género dirigida de manera directa a las mujeres que participan en la lucha por los derechos, en especial a las feministas, logra su objetivo, la representación femenina podría ser mayor y, incluso así, no alcanzar una cualidad transformadora en la lucha por la autonomía.

Nuestro desafío es que la presencia de las mujeres en la política no esté moldeada por el conservadurismo, sino por la solidaridad y como respuesta al autoritarismo imperante en la sociedad y en el Estado brasileño, tarea que las feministas que participan en política lograron en distintos momentos históricos.

Resistimos cuando no conservamos ni un solo momento la identidad de víctimas y nos integramos cada vez más a un proyecto enfocado en transformar todo lo que existe para oprimirnos, incluida la política, la economía y la cultura. Por lo tanto, en ese proceso, ocupamos un lugar tanto singular como plural. Análisis, denuncias e inconformidad.

Analizar la violencia política de género como mujeres hace la diferencia. En mi trayectoria, me di cuenta de que, ya sea en el Legislativo o en el Ejecutivo, nuestro papel como mujeres que abren espacios de poder no es legislar sobre la violencia ni implementar y crear programas.

La violencia crea un vínculo entre las víctimas de feminicidio, las que sufren violencia sexual, las mujeres que buscan atención y medidas de protección

amparadas por la Ley Maria da Penha, y nosotras, las mujeres que debemos protegerlas y que también vivimos otro tipo de violencia. A todas nos afectan construcciones culturales y sociales que estructuran las relaciones y se retroalimentan.

Y es cuando ingresamos en los espacios de poder con la perspectiva de transformarlos y colocarlos al servicio de todas las mujeres, de toda una nación, que más la violencia política se revela como misoginia, como odio, como pulsión y movimiento organizado para provocar nuestra muerte política o de hecho, como bien señala Flávia Biroli.

Al reflexionar sobre mi experiencia personal, aprendí que expresar indignación contra actos difamatorios, que tienen la intención de intimidar y que son altamente corrosivos para mi identidad pública, para mi persona y afectan a las personas que amo y mis allegados, es una manera de reaccionar contra cada uno de ellos y mantenerme viva.

Este ejercicio, en especial en los espacios con mujeres, me permite intentar comprender este fenómeno, construir alternativas para enfrentarlo y entender que, por más difícil que sea para todas las que padecemos humillaciones públicas debido a la violencia política de género, es en primera persona del plural, no del singular, que nos afecta. Y es a través de ella que podemos ejercer la resistencia y la transformación política y cultural con solidaridad y apoyo mutuo como mujeres.

Es necesario que todas entendamos que esta violencia daña, ya que no se limita al lugar donde se volvió más visible, las instituciones, porque se disemina, en distinto grado y forma, en todos los lugares donde las mujeres expresamos nuestras ideas, lideramos grupos de personas y ejercemos cargos políticos. No se limita al pasado ni el presente, sino que es un proceso continuo y corrosivo.

Nuestras vidas están marcadas por la violencia que vivimos y que altera nuestra propia biografía.

Al escribir este texto, utilicé distintas personas, pasé del yo al nosotras, porque la vida permite que este texto o cualquier otro escrito por una mujer sobre violencia política de género se enuncie en primera persona. Frente a este fenómeno, alternar entre el singular y el plural (del yo al nosotras) es lo que marca la diferencia en términos de nuestra supervivencia personal y pública.

Así viví mi vida y mis luchas, en un abrazo constante a todas las mujeres que se volvieron mis compañeras contra las injusticias que vivieron. Y así fue como decidí, como todas ellas, derrotar al odio.

Maria do Rosário

MARIA DO ROSÁRIO

@_mariadorosario



FOTO: MÍDIA NINJA

Maria do Rosário es profesora, realizó una maestría en Educación y realizó un doctorado en Ciencias Políticas en la UFRGS. Fue ministra de Derechos Humanos durante el gobierno de la presidenta Dilma Rousseff. Afiliada al Partido de los Trabajadores, es diputada federal por Rio Grande do Sul y fue concejala a nivel municipal y diputada estadual. Actualmente es secretaria nacional de Formación del PT.



**Rechazo con
vehemencia el término
“blablablá”, con el que
se han estigmatizado
las denuncias legítimas
de las víctimas de
violencia y prejuicios.**

MARINA SILVA



10.

FAKE NEWS:
LA NUEVA
VIEJA
REALIDAD

CUANDO ERA PEQUEÑA y le pedía a mi abuela Julia que me bendijera, ella me respondía: “Que Dios te dé inteligencia para hacer el bien”. No sé si ella preveía que un día saldría de nuestra pequeña comunidad en la selva, conocería las grandes ciudades, participaría en luchas sociales y ambientales, y tendría una trayectoria política de alcance nacional e incluso internacional, pero la interesante fórmula de su bendición me sirvió como síntesis de un imperativo ético y existencial: en la vida, especialmente en la política, la inteligencia para hacer el mal, gracias a Dios y a quienes ayudaron a desarrollar la tesis de mi vida, nunca fue una opción para mí. Engañar, mentir y manipular para obtener algún tipo de ventaja, era el ABC del sistema económico y político contra el que me rebelé, desde muy joven, junto a tantas personas valientes, honestas y sinceras que tuve la suerte de conocer.

Vivíamos la segunda década de la dictadura, enfrentábamos desarmados las amenazas de muerte que, lamentablemente, se llevaron a cabo en el caso de tantos compañeros. Para nosotros, la democracia era una esperanza. Queríamos tener la libertad de exponer nuestras ideas, debatir, aclarar, convencer con la fuerza de los argumentos, nunca con el “argumento” de la fuerza. Fue con alegría esperanzadora que presenciamos el resurgimiento de la prensa sin censura, las elecciones directas, el derecho de huelga, la demarcación de tierras indígenas, las primeras conquistas de la nueva Constitución aprobada en 1988.

Creemos en la fuerza de la democracia renaciente y en el principio de la libertad de expresión: el debate plural de ideas. Cuando existe más de una perspectiva sobre un determinado tema, es posible, a partir de un debate honesto, con principios y valores perdurables, encontrar caminos adecuados para tomar decisiones de

interés colectivo. Pero aún quedaba un largo camino por recorrer para lograr la democracia plena. En los años siguientes, presenciamos cuán estrechos eran los límites dentro de los que nos movíamos. Desde el comienzo de mi vida pública, tuve debates intensos con compañeros y opositores. En algunas ocasiones logré convencer, en otras veces me convencieron. Gané algunos y perdí otros. En el proceso democrático, ya sea en la sociedad civil o en las instituciones de las que formé parte, aprendí lo difícil que es mantener la regla básica de disentir de ideas sin la intención de aniquilar al interlocutor. Y, sobre todo, lo difícil que es superar el oscurantismo de los prejuicios arraigados en la formación de nuestro sistema político desde la época colonial, la herencia sangrienta de la esclavitud, del genocidio de los indios, del patriarcado. La política no era terreno fácil para mí, trabajadora pobre, mujer, negra, cauchera, recién salida del analfabetismo.

Desde las primeras campañas electorales, enfrenté a las “bajezas”, como llamábamos a los mezquinos expedientes basados en el uso de la mentira. Al principio, fueron rumores. Basados en el atractivo enfermizo de las murmuraciones, el tan común y conocido “chusmerío”, se intensificaron en los períodos de disputa política (tanto en las asociaciones vecinales más pequeñas como el parlamento y el gobierno). En mi caso, candidata a concejala, diputada estadual y senadora, me horrorizó lo que decían sobre mí. Una de las historias más ofensivas y fantasiosas era que yo había despreciado y abandonado a mi madre, que sobrevivía mendigando en la feria. Yo no podía nada, solo decir, cada vez que podía, que mi madre había muerto cuando yo tenía 14 años y vivía en un cauchal.

Luego, hubo panfletos, textos apócrifos y mentirosos. Antes de la llegada de Internet, era común que los

distribuyeran en la víspera de una elección (en general, por la madrugada) con falsas acusaciones sobre un determinado candidato que podían ser determinantes en el resultado de la disputa. Teníamos pocos medios para contradecir las mentiras y, aunque sabíamos quiénes se beneficiaban de ellas, no había manera de probar quienes era los autores y sancionarlos. También fui “difamada” en muchos de esos panfletos. Recuerdo, por ejemplo, que durante meses no pude visitar algunas ciudades de Acre, donde me acusaban de haber impedido en el Senado la pavimentación de una ruta, cuando en realidad yo solo quería que se hiciera creando unidades de conservación, demarcando y respetando las tierras indígenas para proteger nuestra rica y hermosa selva.

En 2011, durante los debates sobre los cambios en el Código Forestal, un diputado utilizó el palco de la Cámara de manera irresponsable para decir que mi esposo estaba involucrado en un negocio de desvío de madera ilegal incautada en operativos en la Amazonia. Con mi esposo, fuimos de inmediato al Ministerio Público y pedimos que nos investigaran. Dos años más tarde, el MP determinó¹ que no había nada que investigar, que la acusación era improcedente. Años después, en las redes sociales, es fácil encontrar a usuarios que dicen que “el marido de Marina es maderero”.

En todo caso, cabe señalar que, precisamente durante las elecciones de 2014, el aumento de la cantidad de noticias falsas sobre mí fue vertiginoso, exponencial. Una máquina de aniquilar la reputación fue organizada por el marketing de la campaña del PT y utilizada convenientemente por el PSDB, partidos de la “polarización” que, desde la campaña de 2010, denuncié que empobrecía y manipulaba la política brasileña.

1 Conforme al Proceso n.º MPF/PRG 1.00.000.005422/2011-58.

Allí surgieron las primeras experiencias de lo que hoy conocemos como *fake news*, las que estuvieron acompañadas por una producción industrial de memes, montajes fotográficos y todo tipo de efectos visuales.² En los programas de televisión, aparecían partes de propagandas que manipulaban emociones y miedos, como la famosa escena en la que desaparece la comida de la mesa de una familia trabajadora mientras los banqueros fuman puros y se ríen con perversidad de la desgracia y miseria del pueblo. Pero el “seguimiento” en las redes sociales y los rumores en las comunidades fueron mucho más allá. Expusieron, por ejemplo, mi amistad con Neca Setúbal, una de las coordinadoras de mi campaña, como “prueba” de que entregaría Brasil a los banqueros. Luego Neca, profesional ejemplar en el área de la Educación, era muy elogiada después por los intendentes del PT.

Surgió de todo. Otro ejemplo que siguió la misma línea: cuando participé en Fenasucro, una feria del sector sucroenergético en Sertãozinho, hablé ante un grupo de empresarios preocupados por sus negocios, porque el gobierno federal no estaba cumpliendo su promesa de fortalecer el etanol brasileño. Repetí una frase célebre en el universo socioambiental: “La Edad de Piedra no terminó por falta de piedras, sino porque el ser humano evolucionó y encontró otros recursos”. Por analogía, concluí, la Era del Petróleo no terminará por la falta de petróleo, sino por el descubrimiento de otras matrices

2 En 1989, ya habíamos visto la atrevida simulación de la mentira cuando se publicaron fotos de los secuestradores del empresario Abílio Diniz vestido con la remera de la campaña de Lula, en su primera elección para la presidencia. Un diario de Acre publicó un titular en la portada con la acusación explícita de que el PT había secuestrado al empresario. Quince años después, irónicamente, simpatizantes de un PT bastante cambiado manipularon una foto vieja en la que yo aparecía abrazada a Lula en un mitín, y colocaron en el cuerpo del ex-presidente el rostro del pastor/diputado Marco Feliciano. La historia se reedita y el drama ya no se distingue de la farsa.

energéticas, en especial, por el grave problema del cambio climático. En ese sentido, el etanol debería ser una de las prioridades del próximo gobierno. Al día siguiente, se organizó una manifestación frente al edificio de Petrobras en Río de Janeiro. Según los organizadores, ¡yo había dicho de manera explícita que estaba en contra del presal y, en consecuencia, fundiría a Petrobras!

Habíamos construido el programa más avanzado sobre cuestiones LGBTQIA+, pero se convirtió en blanco de ataques antes de siquiera ser leído. Tuvimos que corregir un error en la edición, ya que se había impreso un texto de los colaboradores en lugar del texto aprobado de forma oficial por la coalición. Eso bastó para generar la noticia de que, por ser evangélica, estaría en contra de la comunidad, sus movimientos y sus derechos. ¡Hasta que mi personal de seguridad había matado a golpes a un representante del movimiento que intentaba acercarse a mí para entregarme una carta! En todas partes, encontrábamos locuras similares: en la ciudad de Belém, destruiría el Círio de Nazaré; en Rio Grande do Sul, arrasaría con las plantaciones de tabaco; en São Paulo, con Aparecida del Norte. En el Noreste, en el sertón, la noticia, difundida hasta por algunos intendentes en autos con altoparlantes, era que acabaría con el plan Bolsa Família. Sin duda, me parecía más a Terminator que a una candidata a presidente. Considero que este relato es un testimonio, no una denuncia.³ Rechazo con vehemen- cia el término “blablablá”, con el que se han estigmatiza- do las denuncias legítimas de las víctimas de violencia y prejuicios. Es cruel impedir la denuncia que, en mi caso,

3 La queja es la repetición improductiva del trauma, mientras que el relatar (relatarse a una misma, como dijo la psicopedagoga argentina Alicia Fernández) permite dejar atrás el trauma y resignificarlo, transformándolo en una experiencia productiva de vida.

fue respondida con caracterizaciones como “ven, Marina es débil” y “se hace la víctima”. Lo que quiero es dejar claro que el mío es un caso emblemático de intento político de “forclusión”, término que tomo prestado del psicoanálisis, en un intento de caracterizar esta forma perversa de hacer política, algo más grave que la exclusión: una especie de anulación del ser, una anulación social y política radical que realizan los operadores de un sistema contra quienes lo amenazan.

¿Qué sentimiento revela y trata de ocultar este rechazo radical? ¿Cuál es el profundo y enorme trauma del que surge? Lo que vi y viví, en las dimensiones continentales de Brasil y en la fuerza de la maquinaria movilizad para destruirme, era algo que ya me había sorprendido y, lo confieso, me había asustado en manifestaciones locales mucho tiempo antes. Primero, cuando era concejala en la capital de Acre y me enteré, a través de un amigo, que la esposa de un poderoso político local había dicho, en el salón de belleza que frecuentaba, con una expresión de odio, que yo “caería seca”. Mi amiga me dijo: “Tené cuidado, esta gente te odia”. Lo que me sorprendió fue que ni siquiera conocía personalmente a esa señora, nunca había tenido ningún contacto con ella. ¿Cómo podría generarle sentimientos tan viscerales?

Luego, fue en una campaña electoral en la que organizamos una caravana con los “escarabajos” de nuestras pocas decenas de simpatizantes. Otro partido decidió hacer su caravana el mismo día. Nos encontramos en una calle de la ciudad y, cuando los autos pasaron en direcciones opuestas, los militantes de ambos bandos ondearon banderas y gritaron consignas de campaña, y algunos insultos, por supuesto. De repente, en la parte trasera de una camioneta, una mujer me vio y gritó, con el rostro desfigurado por la fuerte emoción: “¡Marina, te odio!” Me asusté mucho. Era una persona de origen

humilde, que vivía en un barrio de la periferia, como yo y tantas otras personas a las que trataba de ayudar, y luchaba por tener una vivienda digna, escuelas de calidad para sus hijos. ¿Cómo podía esa mujer, que nunca había visto, odiarme así?

Estos episodios me revelaron, incluso al comienzo de mi carrera política, que existen procesos de odio sin escrúpulos y estimulados de forma enfermiza, de los que solo sospechamos vagamente, ocultos en los pliegues del tejido social y que solo nos llaman la atención cuando se manifiestan y se convierten en actos de violencia, con irreparables consecuencias políticas, sociales y culturales.

En un entorno así, aprendí que nuestras propuestas de cambios en la estructura social, en el modelo económico o incluso en la defensa del medio ambiente, no serían debatidas, sino combatidas. Que nuestra democracia recién conquistada, aún frágil y superficial, no podía soportar un tratamiento más profundo de problemas arraigados en nuestra formación histórica y cultural. Que el sistema dominante intentaría eliminarnos, incluso asesinarlos, como hemos presenciado tantas veces. Lo que no sabía, sin embargo, y que me sorprendería con gran tristeza, era que muchos compañeros talentosos e inteligentes, por quienes sentía cariño y respeto, aunque ya no pertenecieran al mismo partido político, permitirían que el sistema los absorbiera y se rendirían frente a su atraso moral y espiritual, e utilizarían los mismos medios y recursos que antes combatían, con la desafortunada idea de que el fin justifica los medios. Desconocía cuánto afectaría (en el interior y en las bases) a nuestras organizaciones, movimientos, colectivos e instituciones, y el papel que nos corresponde en cuanto al mantenimiento y la renovación de los lazos sociales tan desgastados por las viejas y nuevas formas de violencia que emergen en nuestra época.

Mi relato, hasta ahora, tiene el sentido de mostrar el contexto cultural y el terreno previamente preparado para la plantación del *commodity* más próspero del mercado contemporáneo: las famosas *fake news*. En función de la manera en que veo y afronto este fenómeno, no creo que constituyan una novedad, sino un cambio en la escala y una evolución tecnológica de las prácticas antiguas.

El término *fake news* surgió en 2016, en las elecciones presidenciales de EE.UU., para denominar las prácticas actualizadas y sofisticadas de difusión y articulación de información falsa, teorías conspirativas, rumores y materiales apócrifos, a través de las herramientas que brindan las redes sociales digitales.

Esta tecnología repercutió con fuerza en Brasil. Con una red creada para difundir mentiras, se atacaba y “deconstruía” la imagen y reputación de políticos, periodistas, empresarios, artistas y cualquier persona que tuviera visibilidad y credibilidad para influenciar opiniones. El mecanismo de difusión del odio y la violencia digitales fue utilizado de manera amplia en la campaña del actual presidente de la República, como bien lo describe la periodista Patrícia Campos Mello en el libro *A máquina do ódio*. No hace falta que lo diga, pero es bueno dejar constancia de que la periodista se convirtió en la víctima favorita de esa maquinaria, operada desde oficinas, como sabemos.

Participé en esos episodios recientes, como candidata en las elecciones de 2018, pero también antes y después. Cualquiera que eche un vistazo rápido a mis publicaciones en Internet notará que los espacios para comentarios están densamente ocupados por robots programados en las oficinas del odio. Seguí sufriendo las secuelas de las bajezas de 2014, ahora bautizadas *fake news*, y muchas otras nuevas. En el período entre elecciones, decían que “andaba escondida”, a pesar de que

publicaba columnas en periódicos y sitios web de gran circulación, concedía entrevistas todas las semanas, daba conferencias y utilizaba las redes sociales todos los días. Se reforzó de manera sistemática la idea de que soy “muy frágil”, totalmente opuesta a mi condición de tenaz sobreviviente de la pobreza, de las enfermedades que me aquejaban desde el caucho, de la violencia que cobró la vida de tantos que lucharon en los movimientos socioambientales de la Amazonia.

La violencia de la campaña electoral de 2018 estuvo precedida de una preparación, digamos, pensada científicamente. Los casos de violencia digital continua contra todos aquellos que se interpusieron en el camino de la autodenominada nueva derecha emergente son bien conocidos. En mi caso, también hubo una campaña de deconstrucción por parte de líderes evangélicos conservadores, que pasó desapercibida a los ojos de la sociedad en su conjunto. No hubo discurso en las iglesias o reuniones de líderes cristianos que no contara, en ese público específico, con aplaudidores de provocadores y divulgadores de rumores y *fake news* que distorsionaban mis ideas y posturas sobre temas sensibles, como el aborto, las drogas o las uniones civiles entre personas del mismo sexo. Para cuando llegasen las elecciones, como dice el viejo refrán, mi cama estará hecha.

En la campaña electoral, ese embate silencioso explotó. Hubo varios enfrentamientos y ataques en las calles y en las redes digitales. Lo curioso es que los partidarios de Bolsonaro no dudaron en plagiar o simplemente apropiarse de las pautas publicitarias de mi campaña. Divulgaban lo que les interesaba, para lo que intercambiaban mi nombre y número por los de él. También durante el período electoral, presentamos una serie de acciones contra la campaña de Jair Bolsonaro, incluida una acción de investigación judicial (AIJE) por el secuestro de

una página de redes sociales de un movimiento feminista. Hasta la fecha en que concluí este artículo, el Tribunal Superior Electoral aún no había juzgado tal acción. Los parlamentarios de la Rede que participan de la Comisión Parlamentaria de Investigación (CPI) que analiza los mecanismos de *fake news* y a quienes están detrás de ellas, principalmente la ruta del dinero que los financia, relatan la enorme cantidad de delitos cometidos en el contexto de esa campaña. Lo que se denunció es una parte muy pequeña de lo que pasó y, lo que es más aterrador, sigue pasando.

Sin duda, debemos continuar exigiendo que se investigue y juzgue estos delitos en la justicia y el Congreso Nacional. No debemos permitir que se pierdan las instituciones y los poderes fundamentales del régimen democrático, y debemos luchar porque se repare a los agredidos y castigue a los agresores. Esto nos ayudará a establecer una ética, aunque sea básica, en el debate público. Pero sabemos que nada es tan simple. Una vez que se abre la Caja de Pandora, es difícil recopilar su terrible contenido.

Por lo tanto, mientras luchamos, tendremos que aprender a movernos en una realidad modificada o, al menos, manipulada de manera digital. Como mencioné, el uso de *fake news* no es nuevo, a pesar de haber ganado mayor dimensión y nuevos contornos gracias a las herramientas digitales. Algunos pensadores dicen que es una forma de perturbar la realidad y suprimir la noción de verdad, al mismo tiempo que crea las condiciones para confundir a millones de personas y controlar grandes decisiones colectivas. La reproducción de partidarios demuestra que la base para la formación de esta nueva era de “posverdad” es la vieja ignorancia y los viejos prejuicios estructurales, como el machismo, el racismo, la xenofobia, entre otros. El sistema político

es la puerta de entrada, pero existen muchas entradas para la invasión de lo que Deleuze y Guattari llamaron microfascismos.

Según el profesor Yasck Mounk, en el libro *The People Against Democracy*, el sistema democrático siempre ha sido un sistema de control que una minoría monoétnica ejerce sobre el conjunto de la población. En general, hombres blancos y heterosexuales asumieron los puestos más importantes. En los últimos años, el pluralismo político se expandió y ciertos grupos, incluso mayoritarios, como las mujeres y los negros, asumieron un papel importante. Este hecho asusta al statu quo, que reacciona de muchas maneras. Es un momento difícil en el que una minoría lucha con diferentes herramientas, *online* y *offline*.

En Brasil, es necesario esforzarse para percibir algo más allá del malestar que nos dominaba y que se agravó con la pandemia de 2020. Franco Berardi, en su provocador ensayo de título paradójico, *Después del futuro*, habla de un mundo que transita de la concatenación conjuntiva a la conectiva, e alerta sobre las implicaciones en nuestra forma de vivir y de pensar. En la política brasileña, dominada por el lado oscuro de la fuerza, la visión conjuntiva nos da la vieja imagen del político lleno de invectivas, atento a la oportunidad de disparar primero para alcanzar o eliminar sus objetivos. En una visión política conectiva, también bajo el mismo dominio sombrío, la imagen sería la de un político pródigo en “teclear”, astuto para alcanzar el éxito, tener la última palabra, aniquilar, cancelar. El camino hacia el futuro se ha visto obstaculizado por el populismo autoritario que, analógico o digital, de derecha o de izquierda, siempre intenta “embotellar” la democracia.

Sin embargo, hay una evolución. Atraviesa momentos difíciles, pero no se detiene. A lo largo de mi activismo

socioambiental y mi trayectoria política encontré nuevas fuerzas y protagonistas, un nuevo sujeto político que llamo “activismo de autor”, para enfatizar su independencia de las estructuras centralizadoras. Comprendo, cada vez más, la necesidad de encontrar nuevas formas de acción política que sean capaces de crear lo que llamo “aplicaciones para democratizar la democracia”. Sigo creyendo que lo opuesto al autoritarismo es el pluralismo democrático. Pero si las formas de uno cambian, las del otro también deben evolucionar para hacer frente a las nuevas situaciones.

Surgen esperanzas en varias partes del mundo, pero principalmente en nuestro propio país. En el mismo doloroso 2020, las campañas de Manuela d’Ávila, en Porto Alegre, y Guilherme Boulos, en São Paulo, abrieron ventanas para que entraran nuevos aires en el ambiente político brasileño, ya que desarrollaron formas creativas de enfrentar la maquinaria del odio. Vivieron nuevos ataques, que se sumaron a los anteriores, pero lograron mantener firme la voluntad de no utilizar las mismas herramientas y buscaron en el arte la inspiración que involucró y movilizó a miles de personas. Al inicio de cada una de mis campañas presidenciales, desde la primera en 2010, siempre asumí de manera pública (y exhorté a los demás candidatos a hacer lo mismo) el compromiso de no calumniar a los opositores y de no alentar a simpatizantes y militantes a atacar su reputación o aniquilar sus biografías. Inspirada en el Apóstol Pablo (1 Corintios 6.7), siempre repito lo siguiente: es mejor sufrir una injusticia que provocarla. Ahora veo una nueva generación de líderes dispuestos a hacer de la política un servicio y no una guerra donde todo está permitido para llegar al poder. Esto da vigor al cuerpo, alas a los sueños, ligereza al alma y provoca la sensación de que valió y valdrá la pena apoyar una lucha buena.

Espero que mi relato los haga pensar en una palabra que para los ambientalistas es muy importante: resiliencia. He intentado persistir en la defensa de una democracia que se democratice de forma permanente, que se despliegue en el establecimiento de procedimientos éticos para el debate público y en la promesa esperanzada de un mundo mejor. En la certeza de que el futuro lo crearemos todos, en lugar de la ilusión de que los padres y madres de la patria nos ofrecerán un destino, como nos advierte el psicoanalista argentino Ricardo Goldenberg en su libro *Política y psicoanálisis*. Y quiero concluir, luego de la nota esperanzadora del párrafo anterior, con un llamado a todos aquellos que también abrigan los ideales de igualdad, libertad y fraternidad: huyamos de las trampas de las polarizaciones y caracterizaciones automáticas de aliados versus enemigos.

Creo que hay dos actitudes simples que nos permiten permanecer lúcidos en estos tiempos confusos. Una es la disposición sincera de escuchar sin prejuicios. La otra es el respeto amoroso por las diferencias. Sin duda, debemos salvaguardar la indignación necesaria ante la “banalización del mal” y protestar contra cualquier connivencia con el uso del poder de los fuertes sobre la impotencia de los vulnerables. Sin embargo, entre iguales debe reinar la igualdad. Y si la explicitud de las discrepancias nos lleva a gritar irritados o a regocijarnos en la desgracia ajena, habremos sido contaminados por el virus del autoritarismo que pretendemos erradicar. Debemos mantenernos atentas a la paja en nuestro propio ojo.

Además, repito y dedico a todas las personas, para que luchemos juntos por una sociedad justa, próspera, diversa, democrática y ambientalmente sostenible, la antigua bendición de mi abuela: Que Dios nos dé inteligencia para hacer el bien.

Marina Silva



FOTO: ARCHIVO PERSONAL

MARINA SILVA

@_marinasilva_

Marina Silva es profesora, ambientalista y política brasileña. Se formó en Historia y tiene una especialización en Psicopedagogía y Teoría Psicoanalítica. Es doctora honoris causa de la Universidad Federal de Bahía y de la Academia China de Silvicultura. En casi 30 años de vida pública, obtuvo reconocimiento dentro y fuera del país por defender el medio ambiente, las comunidades tradicionales, y por fomentar el desarrollo sostenible con justicia socioambiental. Recibió decenas de títulos y premios nacionales e internacionales. Fue elegida mujer del año por la revista *Financial Times* en 2004 y fue incluida en la lista de 2008 del diario británico *The Guardian* como una de las 50 personas que pueden salvar el planeta. Fue concejala, diputada estadual y también ministra de Medio Ambiente. Participó en las elecciones presidenciales de 2010, 2014 y 2018. Es fundadora y vocera del partido Rede Sustentabilidade y también es profesora asociada de la Fundação Dom Cabral.



**Las mujeres indígenas
resistimos toda forma
de opresión porque
somos como el agua:
siempre encontramos
nuevos caminos.**

SÔNIA GUAJAJARA

11.3



**MUJERES-AGUA,
MUJERES-TIERRA,
MUJERES-SEMILLA.
¡RESISTENCIA VIVA!**

SER UNA MUJER DE UN PUEBLO ORIGINARIO en la selva tropical más grande del planeta, la Amazonía, marcó mi vida y mi historia de lucha. Nosotros, los pueblos indígenas, enfrentamos conflictos y ataques desde hace más de cinco siglos, desde el inicio de la colonización de nuestros territorios, mentes y cuerpos. Por lo tanto, luchamos de manera constante por el derecho fundamental a existir.

Cuando los colonizadores invadieron nuestros territorios, los indígenas fuimos castigados por hablar nuestras lenguas y obligados a realizar trabajos forzados. A quienes insistían y hablaban su idioma eran asesinados o les cortaban la lengua. Nuestro pueblo fue diezmado a lo largo de los siglos.

Durante la dictadura, los militares también se esforzaron bastante en aniquilarnos. No solo aniquilar nuestros cuerpos, sino nuestras almas, ecosistemas y culturas. Insistieron en vestirnos con ropa que no era nuestra, en enseñarles a las mujeres a coser y a los hombres a plantar, en imponer una división sexual y étnica/racial del trabajo. La intención subliminal fue la convicción de que los indios debían ser “útiles” para la nación.

Hace menos de cuarenta años, no podíamos salir de nuestras aldeas, de nuestras casas, sin pedir permiso a la Funai. Fuimos tutelados. La ley nos prohibía ir y venir.

La Constitución de 1988 trajo avances democráticos. Alejó la escoria autoritaria militar. Trajo la esperanza de los derechos colectivos, territoriales y culturales. Esperanza, así es, pero no descanso de la lucha. Poco a poco, presenciamos cómo reaparecen las estrategias de dominación de nuestros cuerpos y nuestras formas de vida. El personal militar regresa a los cargos gubernamentales, lo que revive las prácticas de la dictadura y el colonialismo. Si, en cierta época, el discurso del sometimiento se revistió de una falacia de inclusión, hoy se

abre de par en par y se presenta con el “rostro del odio”. Un odio que se irradia en casi toda la sociedad.

Por atrevernos a hablar, por alzar la voz y por pensar, recibimos como respuesta el cerco, la cárcel y las balas. Estamos incorporados en la sociedad de esa manera. No podemos reaccionar, ya que nos criminalizan y silencian. Cualquiera que piense y aplique otro modelo de desarrollo es criminalizado y excluido, si no asesinado.

Criminalizar es una forma de intentar silenciar, de buscar tu punto débil para intimidarte. Es un artificio para quitarte el valor, la fuerza y, sobre todo, la motivación. Si perdés la motivación, los procesos de articulación y movilización se detienen.

Otro aspecto de la criminalización es la persecución. Las personas te empiezan a observar y controlar. También existe la estrategia de imputar un delito que, además de arrestarte y amenazarte, implica quitarte todas las armas de lucha.

Las mujeres indígenas resistimos toda forma de opresión porque somos como el agua: siempre encontramos nuevos caminos, aunque muchas se pierdan, queden atrapadas en las rocas o se las lleve la corriente para siempre.

Nunca me imputaron legalmente. Sin embargo, desde la perspectiva más amplia de la criminalización, vivo muchas situaciones. Todos los días me veo obligada a responder publicaciones racistas en Internet, comentarios que insisten en desanimarme y deslegitimarme con respecto a quien soy y lo que hago: “es una indígena Nutella”, “es una indígena *hightech*”, “no es indígena de verdad”. Sin embargo, nunca cuestionaron si la historia predominante de la colonización era una mentira.

Los primeros intentos de silenciarme comenzaron cuando aún estaba en el proceso de organización y fortalecimiento del movimiento indígena en Maranhão.

Superé esas agresiones y articulé la movilización para la fundación de la Coordinadora de Organizaciones y Articulaciones de los Pueblos Indígenas de Maranhão (COAPIMA). Realizamos la asamblea y fui elegida para componer la coordinación ejecutiva, y fui secretaria coordinadora por dos mandatos consecutivos (de tres años cada uno), el único cargo reservado a las mujeres.

Cuando asumí la dirección de la Coordinadora de Organizaciones Indígenas de la Amazonía Brasileña (COIAB) y empezamos a fortalecer y organizar la lucha contra la construcción de la hidroeléctrica de Belo Monte, nos acusaron de “oponernos al desarrollo”. Nos persiguieron y nos calumniaron: “Quieren una Hilux, una heladera, pero no quieren una hidroeléctrica”.

Este discurso tampoco era nuevo. Durante la dictadura militar, la violencia contra los pueblos indígenas estuvo asociada a la política desarrollista. Nuestros territorios fueron colonizados para implementar el proyecto político y económico capitalista bajo la justificación de la integración y la seguridad nacional.

Durante el período que estuve en la COIAB, comencé a discutir sobre el cambio climático y a advertir sobre sus consecuencias: en el afán de obtener dinero, los hombres destruyen los bosques, los animales y la vida humana, y provocan una crisis civilizatoria que es climática, social, ambiental, alimentaria y humanitaria.

En 2013, inicié mi primer mandato como coordinadora de la Articulación de los Pueblos Indígenas de Brasil (APIB). Nuestra tarea se concentraba en el cada vez más conservador Congreso Nacional y en sus intentos de aprobar leyes contra nuestros derechos. En ese momento, surgieron nuevos ataques que, una vez más, buscaban paralizarme y silenciarme: “es una indígena de Brasilia”. Luego del golpe de Estado de 2016, liderado por Michel Temer (vicepresidente de la República) y

Eduardo Cunha (presidente de la Cámara de Diputados), fortalecidos por la llegada de Bolsonaro al frente del país, el gobierno y la bancada ruralista comenzaron a invertir en estrategias con el fin de provocar un enfrentamiento entre indígenas y de dividirnos para acabar con los procesos de resistencia. Se rescataron los discursos sobre el integracionismo y las prácticas de la dictadura, con el objetivo de construir la idea de que el movimiento está dividido para atraer a los indígenas y que apoyen su proyecto.

Con el proceso de internacionalización de las luchas indígenas, llegaron nuevos ataques ("quieren que les vaya bien, viajar, ganar dinero") para debilitar nuestras ideas y concepciones. Estas afrentas no le quitan fuerza al movimiento, pero pueden afectar nuestro estado psicológico. La razón principal detrás de estas agresiones es que nuestros enfrentamientos cuestionan las estructuras de la sociedad brasileña y de los sectores conservadores del poder político y económico del país.

Durante la campaña presidencial, cuando fui candidata del PSOL a la copresidencia de la República, en 2018, e integré la boleta/candidatura del movimiento con Guilherme Boulos, líder del movimiento de los sin techo, sufrí varios ataques de *fake news*: fui acusada de vivir en una mansión en un condominio y tener un auto de lujo, entre otras mentiras.

Escribieron artículos tratando de argumentar que yo no era indígena, ya que el nombre Guajajara no aparece en mi documento oficial. También intentaron describirme como narcotraficante. Con eso en mente, en varias entrevistas me preguntaron algo relacionado con la marihuana como droga. Siempre me referí a esa planta como una hierba medicinal, porque eso es lo que significa para mi pueblo: una hierba, como el romero silvestre, con un poder curativo muy grande.

Asocio estos ataques a tres factores: criminalización, racismo y machismo. Como mujer indígena amazónica y nordestina, estaba subvirtiendo un lugar que me fue asignado por la historia. Mi militancia nace de mi ser, esta mujer indígena, que nunca le temió a ningún desafío y que siempre estuvo orgullosa de sus raíces. Por lo tanto, enfrentar todos estos ataques era solo cuestión de tiempo.

La candidatura a la copresidencia en 2018 fue una respuesta del movimiento indígena al sistema político tradicional. Asumí un riesgo personal en un contexto de odio, porque creo que nosotros, los pueblos indígenas, las mujeres indígenas, tenemos que estar en el lugar donde se toman las decisiones políticas para repensar esos espacios desde nuestra perspectiva y garantizar nuestros derechos. La política es la ciencia de gobernar. Y somos mujeres-ciencia, somos mujeres-guías, tenemos la capacidad de escuchar la tierra, los biomas.

En Brasil, hay una campaña de odio en curso. Los pensamientos racistas que conducen al odio contra los indígenas nunca se superaron y, por el contrario, crecen en la sociedad actual. Nunca dejaron de existir, pero ahora se acentúan más (en Internet, en la radio, en los periódicos) porque están autorizados por el propio gobierno.

La legitimidad del Estado brasileño alimenta una campaña de odio contra los indígenas. Este discurso, incluso en los canales oficiales, sirvió para negarnos a nosotros, los indígenas, el derecho a la tierra, el derecho a la salud, el derecho a la educación. Peor aún, más que eso, sirvió para negar nuestra forma de vivir, de estar en el mundo, de cuidar a la madre tierra.

Nos dicen que si ocupamos espacios institucionales, ya no seremos indígenas. Esta es, en definitiva, la violencia impuesta por los colonizadores: colonizadores de nuestro dolor, que colonizan cuerpos, mentes, la tierra y

las semillas. Los colonizadores le temen a nuestra potencia, nuestra fuerza, porque somos mujeres-agua, mujeres-tierra. Si tenemos la sabiduría de la tierra, tenemos la sabiduría para enfrentar cualquier tormenta.

Nuestra forma de habitar, nuestra forma de vivir y cuidar la tierra puede salvar el planeta, pero es considerada una amenaza. Es muy controvertido. ¿Ofrecemos apoyo, disponibilidad para cuidar la vida de todo el mundo y, sin embargo, somos considerados una amenaza?

Los indígenas sí queremos prosperar, pero no en el sentido de producir granos que alimenten a los cerdos en Europa. Queremos prosperar valorando nuestras iniciativas, nuestras formas de vida. Prosperar valorando la sostenibilidad, valorando lo que hacemos. ¿Por qué el agronegocio recibe subsidios, pero la agricultura familiar no? ¿Por qué la agricultura indígena y quilombola no se subsidia como los agronegocios?

Es fácil aceptar nuestras danzas, fiestas, collares, pulseras y peinados bonitos. Todos lo aceptan, les parece hermoso. No queremos que acepten solo nuestras danzas y nuestras pinturas. Queremos que acepten y respeten nuestra voz y la presencia de nuestros cuerpos. Nuestra forma de relacionarnos con la tierra también es cultura. Las personas no lo comprenden. Nuestra forma de ser es parte de nuestra cultura, pero nuestras tierras son consideradas improductivas. Los poderes económicos y políticos sitúan a la tierra como objeto de disputa. Por eso nos amenazan, si es que no nos matan.

La Constitución que garantiza nuestros derechos territoriales y culturales también nos garantiza el derecho a ir y venir. Nosotros ayudamos a redactar esa Constitución. Hubo indígenas como Doña Quitéria, Álvaro Tukano, Raoni y varios otros líderes que lucharon por el reconocimiento de las formas de organización social de cada pueblo y sus derechos territoriales. A

pesar de ello, las ideas y concepciones que nos excluyen siempre estuvieron presentes, no terminaron y hoy se fortalecen.

En la práctica, es la negación del derecho colectivo por el derecho individual. Es la afirmación de la idea de propiedad privada en oposición a la noción de territorio colectivo y en la naturaleza. En definitiva, es la imposición del concepto de individuo sobre el de naturaleza. Todo lo que queda fuera de ese concepto es amenazado, criminalizado, excluido.

Nuestro país no tolera la diferencia, no tolera indígenas, no tolera negros, no tolera pobres, no tolera personas LGBTQIA+. Es un país de intolerancia, de impunidad. Los que no son tolerados son asesinados, porque la impunidad está garantizada.

Las luchas que hoy libramos (indígenas, quilombolas, MTST y otros) sacuden las estructuras del Estado capitalista, articulan resistencias contra la dominación, la explotación y el control sobre los cuerpos y sus concepciones. Son luchas que se fortalecen entre sí y agitan los poderes políticos y económicos.

Para romper con esta realidad, tenemos que derrotar esta estructura estatal y el racismo estructural. Existe racismo contra los negros y los indígenas, lo que resulta en exclusión y violencia. Pero resistimos. Hacemos nuestra propia autodemarcación: elegimos a nuestros representantes indígenas, demarcamos nuestras bancas en el parlamento y tenemos nuestros propios expertos académicos y tradicionales.

Debo registrar aquí lo que representó para nosotros, los pueblos indígenas, el año 2020. Cuánto extendió esta pandemia la desigualdad, la exclusión, el racismo y la violencia contra nosotros.

El año 2020 comenzó como una novedad para los no indígenas, pero para nosotros se trató de una historia

conocida: ¡Pandemia! No es la primera vez que nuestra existencia es diezmada por amenazas virulentas. Los ancianos de todos los pueblos, incluso aquellos que ya tienen largas historias de contacto con la sociedad no indígena, narran episodios sobre las numerosas enfermedades letales que trajeron los colonizadores a nuestras vidas.

Sabíamos que no sería un año fácil. Muchos de nosotros se encerraron en las aldeas. Otros se refugiaron en la selva. Y muchos ni siquiera tienen territorio para buscar refugio, por lo que quedaron totalmente al margen de los servicios públicos de salud, muchas veces no tienen agua para beber, ni siquiera para lavarse las manos, una de las principales recomendaciones de los organismos de salud pública nacionales e internacionales para evitar contagiarse el nuevo coronavirus. Fue en ese momento que rescatamos nuestras prácticas seculares relacionadas con el uso de medicinas tradicionales para combatir epidemias.

Con el nuevo coronavirus, los no indígenas comenzaron a sentir el potencial de destrucción que, en innumerables ocasiones, diezmó a nuestros pueblos y redujo culturas.

Respondimos a esta pandemia con todas nuestras fuerzas, incluso asumimos el papel del Estado al tomar medidas de enfrentamiento y seguimiento con el fin de combatir la COVID-19. Debido a nuestras denuncias sobre las omisiones del Estado y su estrategia institucional de propagación del coronavirus, la mano dura del gobierno volvió a caer sobre nosotros.

El ministro del Gabinete de Seguridad Institucional (GSI) amenazó a la APIB y a mí de forma directa a través de las redes sociales. Finalmente, el gobierno publicó la Resolución n.º 4, del 22 de enero de 2021/MJSP/FUNAI, que establece quién es indígena en este país,

reeditando así las antiguas estrategias coloniales de tutela y etnocidio.

Todos los días nos dicen que el lugar del indígena es en la aldea, en el Territorio. Al mismo tiempo, sin embargo, trabajan, día y noche, en el secuestro de nuestra morada colectiva, de nuestra identidad.

No pudieron silenciar la voz de nuestros antepasados. No lograron matarnos: a nosotras, que somos mujeres-semilla, porque somos mujeres-brote, mujeres que brotan de la resistencia.

Brasil es un proyecto de democracia. La humanidad, la Tierra, no existiría sin los pueblos indígenas. Por lo tanto, este país nunca existirá sin nosotros.

Sônia Guajajara





FOTO: ARCHIVO PERSONAL

SÔNIA GUAJAJARA

@guajarasonia

Sonia Guajajara es licenciada en Letras y Enfermería, y posgraduada en Educación Especial. Obtuvo reconocimiento internacional por la lucha emprendida en favor de los derechos de los pueblos indígenas. Tiene voz en el Consejo de Derechos Humanos de la ONU y desde hace diez años presenta denuncias ante las Conferencias Mundiales sobre el Clima (COP). Recibió el Premio Orden al Mérito Cultural, la Medalla 18 de Enero y la Medalla de Honor al Mérito del gobierno del estado de Maranhão. El Movimiento de Derechos Humanos le otorgó el Premio João Canuto por los Derechos Humanos de la Amazonía y la Libertad, además del Premio Packard, otorgado por la Comisión Mundial de áreas protegidas de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza. En 2018, fue la primera indígena en postularse a candidatura presidencial y sigue articulando la participación y protagonismo de las mujeres indígenas en varios frentes de lucha. Hoy forma parte de la Coordinación Ejecutiva de la Articulación de los Pueblos Indígenas de Brasil (APIB). También es parte del Consejo de la Iniciativa Interreligiosa para la Selva Amazónica de Brasil.

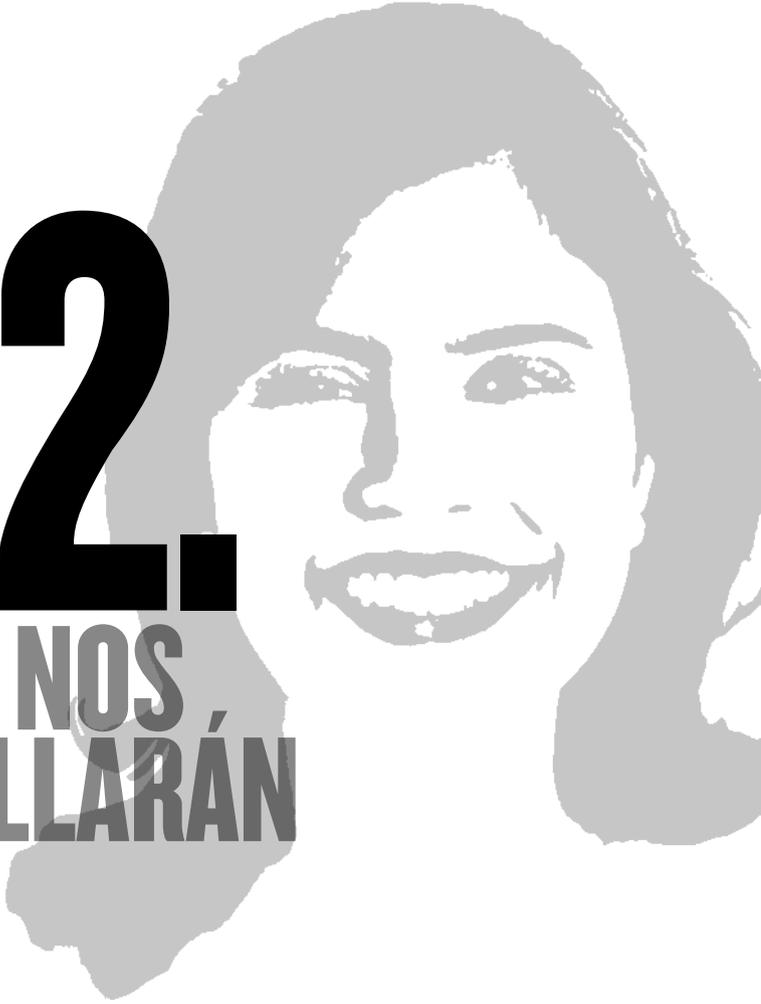


**La lucha por una
democracia más
representativa y por un
país más justo implica
necesariamente una
mayor participación
femenina en la política.**

TABATA AMARAL

12.

**NO NOS,
CALLARÁN**



S E VOTARÁ LA REDACCIÓN FINAL. Quienes votarán la aprobación, permanezcan como están. Aprobado. Se traslada al Senado". Con estas palabras, la diputada Soraya Santos (PL/RJ), que entonces presidía la sesión, anunció en la Cámara de Diputados la aprobación de mi informe sobre el PL 123/2019. Sentí una mezcla de alegría y esperanza, sentimientos reconfortantes al final de un año tan difícil. El proyecto, cuya autora fue la diputada Renata Abreu (Podemos/SP), es un hito en la lucha para erradicar la violencia contra la mujer. Dispone que al menos el 5% de los recursos del Fondo Nacional de Seguridad Pública deben destinarse a acciones para combatir este tipo de violencia. Después de todo, sin los recursos necesarios, la legislación y las acciones importantes para combatir la violencia de género no pueden materializarse. Ese no fue el único motivo de celebración ese día, que marcó el final de la campaña "21 días de activismo para ponerle fin a la violencia contra las mujeres". Se aprobaron otros ocho proyectos, entre ellos, el que crea normas para combatir la violencia política de género; el que tipifica el delito de persecución obsesiva, el famoso stalking; y el que tipifica como delito la violencia institucional, en respuesta a las agresiones que recibió Mari Ferrer durante una audiencia en el juicio contra André de Camargo Aranha, acusado de violarla.

Tales logros solo se dieron gracias al trabajo conjunto y decidido de nuestra bancada femenina, que solo en 2020 aprobó 26 proyectos. A pesar de la cifra récord de 77 diputadas federales electas en 2018, ocupamos solo el 15% de la Cámara de Diputados. En otras palabras, todavía tenemos un largo camino por recorrer, pero ya estamos demostrando que los investigadores de todo el mundo tienen razón cuando destacan la importancia de elegir a más mujeres.

En 1990, los investigadores estadounidenses Eagly y Johnson señalaron que las mujeres trabajan de manera más colaborativa y participativa. En 2009, Wängnerud demostró de forma empírica que una mayor participación femenina en la política se traduce en el avance de temas relacionados con nuestros derechos. Pero los efectos van más allá de los intereses de las mujeres. En 2018, Bauhr, Charron y Wängnerud demostraron que también contribuyen a reducir la corrupción. Otro estudio publicado en 2020, en el que participaron, entre otros, investigadores de la Universidad Estadual de Campinas (Unicamp) y de la Universidad Federal de Bahía (UFBA), demostró que la presencia de más mujeres en la política permite reducir la mortalidad infantil.

Es por estas y muchas otras razones que creo que la lucha por una democracia más representativa y por un país más justo implica necesariamente una mayor participación femenina en la política. Sin embargo, existen una serie de barreras que aún impiden, de hecho, que las mujeres ocupen este lugar. Cuando tenemos la valentía de postularnos, necesitamos dar pasos enormes para superar los obstáculos que establece una sociedad en la que reina el machismo estructural. Y estos desafíos no desaparecen cuando somos electas. Por el contrario, suelen aumentar. Creo que un paso importante para superar estos obstáculos es compartir las experiencias de quienes recorrieron y aún recorren este tortuoso pero importante camino. Lamentablemente, la violencia que enfrentamos es similar. Por eso menciono aquí un poco de mi recorrido y comienzo por algunas de las mujeres de mi familia.

Mi abuela materna, Elza, era una mujer muy inteligente, dedicada a sus estudios. Sin embargo, siguiendo las órdenes de su padre, abandonó sus sueños y se casó con mi abuelo, Trajano. Elza tuvo una vida marcada por la

humillación y la traición, crió a los siete hijos que él tuvo con su primer matrimonio, además de los doce que tuvieron juntos.

La última en nacer fue mi madre, Maria Renilda Amaral Pires, quien, como sus hermanos, se crió en Itaçu, Bahía. Cuando era adolescente, decidió emigrar a São Paulo en busca de una vida mejor, sin saber en ese momento las dificultades que enfrentaría. Durante dos años, mi madre vivió en la casa de una señora que no solo la obligaba a darle todo su salario de vendedora, sino que también la hacía trabajar como empleada doméstica. En la escuela, las cosas tampoco fueron fáciles. Como empezó a estudiar tarde, mi madre ingresó a quinto grado a la edad de 17 años y enfrentó muchos prejuicios por su acento nordestino.

Cuando quedó embarazada de mí, antes de poder terminar la secundaria, no contó con ningún tipo de apoyo, ni de mi padre biológico ni de los hermanos con los que vivía. Entonces, embarazada de tres meses, conoció a Olinaldo Francisco de Pontes, quien, por elección, se convertiría en mi padre.

Recientemente descubrí que mi abuela paterna, Lisete, profesora de portugués en Itabaiana, Paraíba, también tuvo una vida marcada por el abandono y la violencia doméstica, así como por los prejuicios y el estigma que hasta el día de hoy acompañan a quienes padecen enfermedades mentales. Como resultado, mi padre tuvo una infancia muy dura y, cuando conoció a mi madre, ya era drogadicto. Esto, sumado al desempleo constante, hizo que sus primeros años juntos fueran muy duros. Recuerdo a mi madre llorando y el miedo de no saber en qué estado llegaría mi padre a casa. Cuando tenía alrededor de siete años, aprendí a bordar y comencé a ayudar a mi madre con las prendas que vendía, así como con las tareas del hogar.

Durante mucho tiempo, ese fue mi mundo y las palabras "universidad" o "profesión" ni siquiera cruzaron mi mente. Cuanto más pequeños son nuestros horizontes y las oportunidades reales que tenemos, más limitados son nuestros sueños. Solo a través de la educación pude comenzar a escribir un futuro diferente para mí.

En oposición a las expectativas que depositan en los niños que viven en la periferia, siempre me obsesionó estudiar, al punto de a veces leer a escondidas de mi madre. La primera gran oportunidad que tuve fue en la Primera Olimpiada Brasileña de Matemáticas de las Escuelas Públicas (OBMEP), cuando cursaba quinto grado en una escuela pública de São Paulo. Con la medalla de plata que gané en esa olimpiada, recibí un curso de matemáticas en el Colégio Etapa, una escuela privada de renombre. Luego, obtuve una beca para estudiar en la universidad, que después de muchos años culminó con una beca completa para que pudiera obtener mi título de grado en Harvard, Estados Unidos.

Lamentablemente, mi trayectoria es una excepción a la regla. Perdí a mi padre por culpa de las drogas y vi cómo muchas otras personas perdieron la vida por culpa del delito y la violencia. También vi cómo muchos jóvenes talentosos y trabajadores renunciaron a la educación y a sus sueños porque no les dieron oportunidades. Si hay algo que aprendí en los últimos años es que, en un país tan desigual como el nuestro, es falso decir que "el que quiere lo consigue". Tuve oportunidades que muchas personas a mi alrededor ni siquiera sabían que existían y, cuando estas oportunidades llegaron, luché mucho más que quienes, por ejemplo, podían dedicarse a estudiar, ya que siempre tuve que trabajar. El hecho de ser mujer también siempre pesó mucho. Representé a Brasil en cinco concursos internacionales de ciencia. En todos ellos, era la única mujer entre los cuatro o cinco estudiantes que componían la

delegación brasileña. Cuando intentaron hacerme creer que a las niñas no les gustaba la ciencia, el machismo se disfrazó de bromas. Tenía que esforzarme todo el tiempo y me tomó un tiempo entender que, de hecho, querían que creyéramos que ese no era nuestro lugar.

Cuanto más ocupaba espacios importantes, más fuerte era la violencia que enfrentaba. A los pocos meses de crear Acredita, un movimiento de renovación política, fui víctima por primera vez de ataques coordinados en las redes sociales. Las *fake news* fueron leves en comparación con lo que enfrento hoy, pero me dolieron y me hicieron cuestionar el camino que estaba tomando. Comenzó entonces algo que se volvió recurrente cada vez que provocó incomodidad con el lugar que ocupó: una combinación de mentiras bizarras, que pretenden deconstruir mi trayectoria, con ataques dirigidos a mi cuerpo y mi apariencia.

Después de dudarlo mucho, cuando finalmente decidí postularme para diputada federal, mi madre y mi hermano no me apoyaron de inmediato, ya que temían que los ataques empeoraran. Por desgracia, tenían razón. En la campaña, las bromas machistas y el acoso fueron constantes. Las personas incluso llegaron a preguntarme si era cierto que era candidata. Dudaban que tuviera la fuerza necesaria para “dar un golpe en la mesa” (sí, usaron esa expresión porque la idea de fuerza física sigue ligada a una postura firme) y cuestionaron mi capacidad y mi inteligencia.

La relación con el partido tampoco fue fácil. En una hoja de cálculo con los nombres de todos los candidatos, el mío aparecía al final de la lista con una expectativa de cinco mil votos y con la palabra “bloguera” en el campo correspondiente a la profesión, a pesar de que nunca tuve un blog. Aunque tuve reuniones periódicas para convencer a los líderes del partido de que sí tenía posibilidades de ser electa, solo recibí fondos del partido

después de una intervención de Ciro Gomes, quien se postulaba para presidente en ese momento. Sin embargo, el monto que recibí fue muy inferior a lo que se asignó a varios candidatos hombres en São Paulo, a pesar de que el Tribunal Superior Electoral establece que se debe asignar al menos el 30% de los recursos del fondo electoral a las candidatas mujeres.

En octubre de 2018, fui electa con 264.450 votos, la única diputada federal de São Paulo por el PDT con la sexta mejor votación de todo el estado. Hice una campaña honesta, hermosa, construida por muchas manos, con un equipo conformado en su mayoría por mujeres y con más de cinco mil voluntarios presentes en todo el estado.

Actuar como diputada federal es, sin duda, lo más difícil que he hecho en mi vida, pero no hay un día en el que no crea que estoy exactamente donde quiero estar, porque es en la política donde tenemos posibilidades concretas de cambiar nuestra realidad. A pesar de ello, son muchas las formas de violencia que debo enfrentar, consciente de que todas ellas tienen como fin silenciarme.

Los obstáculos comienzan con algo que debería ser simple: mi entrada física al edificio de la Cámara. Después de casi dos años en el cargo, todavía es común que los guardias de seguridad cuestionen si realmente soy diputada y tienen todo tipo de reacciones cuando les respondo que sí.

Sin embargo, lo que más me molesta es saber que mis ideas nunca serán evaluadas de la misma manera. Una postura divergente incomoda y es parte del juego político. Lo que cuestiono, sin embargo, es cuán intolerable se vuelve esta postura cuando proviene de una mujer joven. Las insinuaciones, las mentiras, los ataques y las amenazas, incluso en relación con mi apariencia y vida personal, solo existen porque algunas personas todavía creen que, a través de la violencia, podrán silenciarme.

Uno de los mejores ejemplos es lo que tuve que enfrentar después de la votación de la reforma previsional. Independientemente de estar de acuerdo o no con las consideraciones detrás de mi voto, nada (aparte de la molestia que provoca la discordancia de una mujer más joven) justifica que, de 379 votos a favor de la propuesta, 18 de los cuales provinieron de la oposición, haya sido elegida chivo expiatorio por hombres que, de manera cobarde, no escatimaron esfuerzos para atacarme.

Ninguno de los diputados hombres fue acusado de haber votado por orden de nadie. En cambio, decían que toda la vida había recibido financiamiento de un importante empresario y, por lo tanto, seguía sus órdenes. Ya sea Jorge Paulo Lemann, George Soros o Ciro Gomes, alguien seguro controlaba la cabeza de una mujer joven como yo, ya que sola no podía ser capaz de tener una postura independiente e inteligente.

La mayoría de los ataques que recibo provienen de las redes sociales, que hace mucho tiempo se convirtieron en lugares tóxicos. Al momento de votar la reforma previsional, eran pocos los comentarios de contenido político. La mayoría de las "críticas" fueron solo insultos. En 2020, mi equipo realizó una investigación sobre Facebook, Instagram y Twitter en la que buscaron los cincuenta términos machistas más utilizados para referirse a mí. En solo cinco días, "carita de" fue utilizado 1767 veces, seguido por "tierna", "influenciada", "buenita", "diabólica", "lindita" y "necesita un hombre". Me llamaron "puta" 117 veces. Lamentablemente, no sorprende que un estudio de Plan International realizado en 22 países haya arrojado que el 77% de las niñas en Brasil ya fueron acosadas en línea, un número que supera el promedio del 58% con respecto a otras naciones.

Otro momento en el que me sorprendió la violencia que domina las relaciones de género en la política fue

cuando presenté un proyecto de ley que prevé la distribución gratuita de toallitas femeninas en espacios públicos. Hay mujeres en situaciones de vulnerabilidad que dejan de ir a la escuela y al trabajo por culpa de la pobreza menstrual, que usan papel de diario y migas de pan como toallitas, pero lo único que parecía importar era que había tocado un tema que todavía es tabú, y las personas no me lo perdonarían. Dijeron que queríamos proporcionar “planes concha”, que nadie estaba obligado a pagar toallitas sanitarias “para hembras” y que pronto comenzaríamos a defender la distribución de chocolate para combatir el síndrome premenstrual. El aluvión de insultos que recibimos no provino solo de personas anónimas en las redes sociales. También surgieron de reconocidos comentaristas y políticos. La red bolsonarista pronto se articuló y, entre comentarios como “andá a lavar los platos”, “títtere de los globalistas”, “esto es un error” y “agarrá las toallitas y mándaselas a tus primas”, hubo también reacciones ofensivas y prejuiciosas de parlamentarios y miembros del gobierno de Bolsonaro, como fue el caso del exministro de Educación, Abraham Weintraub, quien insinuó que debería crearse una empresa estatal y sugirió que se llamara “INDISPOBRÁS” o “MenstruaBR”.

Como si todas esas formas de violencia no fueran suficientes, también debíamos enfrentar el acoso físico. En estos dos años de mandato, fui acosada dos veces por colegas. La primera vez sucedió poco después de las elecciones, cuando otro parlamentario, al que no conocía hasta entonces, me abrazó con fuerza y tardó mucho en soltarme. El otro episodio ocurrió en una reunión entre diputados, en la que uno de ellos me agarró, me abrazó y solo me soltó después de que interviniera una amiga.

Lamentablemente, sé que estos relatos no constituyen casos aislados y que marcan el camino de muchas

otras mujeres. Como mujeres, no hay espacio que ocupemos en el que no tengamos que enfrentarnos al machismo. Nuestra historia sigue siendo una de lucha continua y, en el caso de la política, no es diferente.

Para continuar, pienso y me inspiro en todas las mujeres que lucharon para que se dejara de determinar que la política no es para nosotras, en todas las que insisten en querer cambiar el mundo y en todas las chicas que vendrán después. Porque, como dijo Maya Angelou, “cada vez que una mujer se defiende, sin siquiera saber que es posible, sin ninguna pretensión, defiende a todas las mujeres”.

Tabata Amaral

TABATA AMARAL

@tabataamaralisp



FOTO: ARCHIVO PERSONAL

Tabata Amaral creció en Vila Missionária, en la periferia de São Paulo. En la escuela secundaria, representó a Brasil en cinco olimpiadas de ciencias internacionales. Estudió Ciencias Políticas y Astrofísica en la Universidad de Harvard, en Estados Unidos. Es activista por la educación, columnista de Folha de S. Paulo y cofundadora de Projeto VOA! y los movimientos Mapa Educação, Acredita y Vamos Juntas. En 2018, con 24 años, fue la sexta diputada federal más votada de São Paulo y la segunda mujer más votada de Brasil. En su primer año de gestión, recibió el premio Congresso em Foco a la mejor diputada. También la revista *Time* la eligió como una de las 100 jóvenes líderes que están cambiando el mundo *Time* y es una de las 100 mujeres más influyentes del mundo según la BBC.

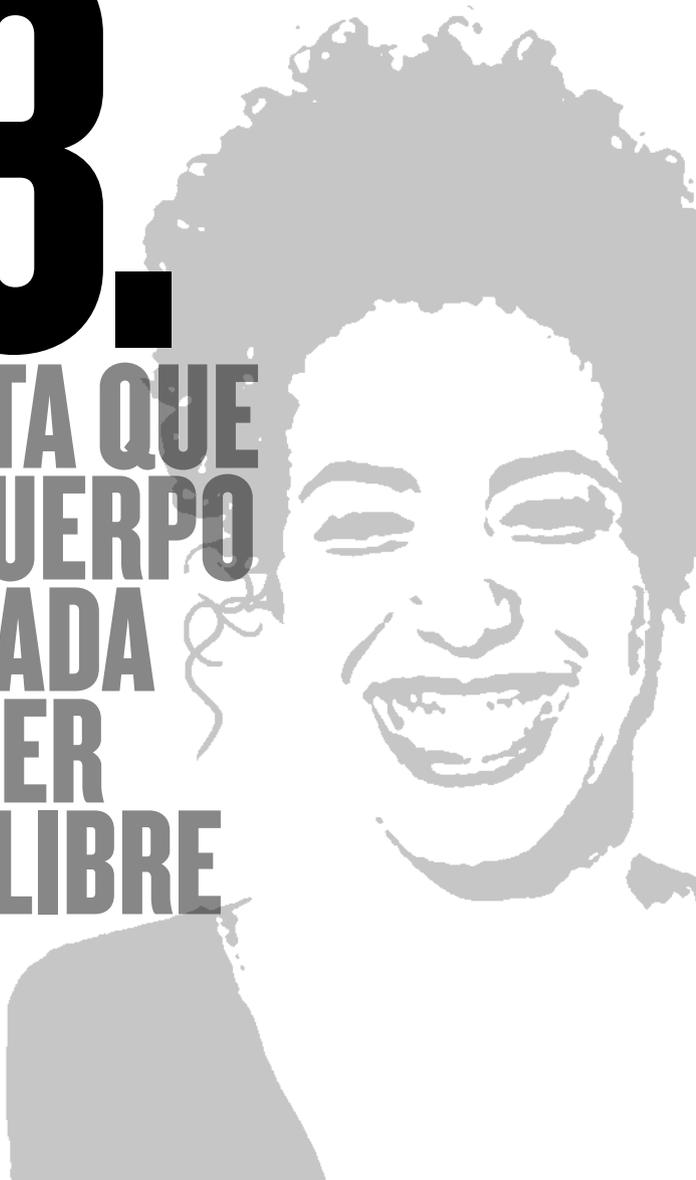
“

**¿El mañana de cuántas
luchadoras fue, es o será
interrumpido por la brutal
violencia política que
azota a nuestro país?**

TALÍRIA PETRONE

13.

**HASTA QUE
EL CUERPO
DE CADA
MUJER
SEA LIBRE**



E **N PRIMER LUGAR, PIDO PERMISO PARA COMPARTIR EXPERIENCIAS** a partir de un texto sin pretensiones y personal. En este caso, y en muchos otros, lo personal es sumamente político. Era un miércoles cualquiera. Fue en 2018. Después de otro día intenso y tenso en el pleno del concejo municipal de Niterói, donde era concejala, fui a celebrar el cumpleaños de un gran amigo de la favela Maré. Comimos pizza, bebimos cerveza, nos reímos a carcajadas, jugamos con los niños. Estábamos felices. Estábamos felices y no teníamos idea de lo que nos deparaba esa noche. La coincidencia de estar con amigos de la favela Maré solo hace que el recuerdo de ese día sea más doloroso. No tengo ninguna duda de que el cumpleaños de Jonas nunca volverá a ser el mismo. Por supuesto, él tampoco. Ese día, ese miércoles 14 de marzo de 2018, asesinaron a una mujer negra, lesbiana, madre, de la favela Maré. Una mujer electa. Mataron a la concejala Marielle Franco, electa en Río de Janeiro con más de 45 mil votos. Mataron a nuestra amiga Mari. Esposa de Mónica Benício. Hija de don Toinho y doña Marinete. Hermana de Anielle y madre de Luyara. Asesinaron a mi compañera de lucha, con quien compartía tantos desafíos relacionados con la tarea de tener un lugar en la política institucional como mujeres negras. La asesinaron.

Ese mismo día, había hablado brevemente con Marielle por WhatsApp. “Decime, negrita. ¿Nos vemos?”, preguntó. Le dije que estaba ocupada, que no podría cruzar el “charco” (así llamamos a la Bahía de Guanabara, que conecta Río de Janeiro, la ciudad de Mari, con Niterói, mi ciudad). Hablamos un poco más, como todos los días, y nos despedimos. “Y además mañana por la mañana tenemos nuestra reunión. Hablamos allá entonces”, dijo Mari. Así termina nuestra charla el día de la ejecución política que la victimizó y también mató a Anderson, su chofer. El mañana nunca llegó.

Nunca volví a ver a Marielle. Ni en el velatorio. Los disparos que la mataron le dieron en la cara y no se pudo dejar abierto el ataúd. El mañana no llegó para Mari. El mañana no llegó para nuestro encuentro. ¿El mañana de cuántas luchadoras fue, es o será interrumpido por la brutal violencia política que azota a nuestro país?

La ejecución política de Marielle hizo explícita una democracia brasileña fracturada, que nunca tuvo oportunidad de consolidarse. Para quienes pensaron que 1988 y la “Constitución Ciudadana” enterraron las ideas de la dictadura empresarial cívico-militar, desde 2016 la historia les está demostrando (¡de manera más aguda!) lo contrario. Golpe institucional. Detenciones políticas e ilegales. Ejecución de una concejala. Exilio de diputado gay. Exilio de intelectuales de izquierda. Torturas en las cárceles cada vez más legitimada. Jóvenes negros asesinados todos los días con armas del Estado. Milicias que eligen y dominan territorios. Niños asesinados por armas del Estado. Hombres negros ahorcados en supermercados.

La ejecución política de Marielle evidencia un momento difícil de la coyuntura. Evidencia un Brasil que no queríamos volver a ver. Y aunque es un hecho drástico, no sucede de manera aislada. No es la excepción, sino la triste revelación de un Brasil en el que es peligroso hacer política y enfrentar a las élites. En especial para las mujeres. Es aún más difícil para las mujeres negras.

Elegí 2018 para empezar a hablar de la violencia política en Brasil porque, para mí, este año, con la trágica ejecución de Marielle, marca un nuevo hito. Pero esta ejecución no existe al margen de una realidad brutalmente violenta. Históricamente violenta. La violencia política de raza y género comenzó incluso antes de que existiera lo que hoy conocemos como Brasil. Comenzó con la invasión portuguesa, se construyó con pilas de cadáveres

indígenas, con el secuestro, la expatriación y la tortura de miles de cuerpos de personas del continente africano, y fundó el Estado brasileño.

Si bien es un hecho que existe una élite (blanca, rica, terrateniente, masculina, hetero-cis-normativa, fundamentalista) que desde la época colonial ocupa el poder en Brasil de forma mayoritaria y explota a nuestra clase, también es notorio que todo cuerpo que se atreva a enfrentarla no es bienvenido en el juego de la política institucional. Cuando, por ejemplo, nosotras, las mujeres negras, ocupamos ese espacio con ese propósito, asustamos a quienes lo dominan de manera histórica. La política no se entiende como un lugar para las mujeres, porque el poder no es para las mujeres. Las mujeres no pueden. Porque el espacio público no es para las mujeres. A nosotras nos reservan el hogar y las tareas de cuidado. Cuando cuerpos como los nuestros deciden trabajar para recuperar el poder para el pueblo, la élite tiene miedo. Al estar acorralada, hace lo que sabe hacer. Amenazar. Intimidar. Asesinar.

Brasil es el país que más asesina a defensores de derechos humanos en el mundo. La violencia política crece de manera exponencial. Un estudio realizado por las organizaciones Terra de Direitos y Justiça Global señala que, desde 2016, 327 personas han sido víctimas de violencia política. Al menos 125 fueron asesinadas. Incluso somos conscientes de que estos datos no están bien documentados. En este escenario dramático, quería enfocarme en la violencia política de raza y género, que impacta de forma significativa en mi vida y la de tantas otras mujeres negras que prestan sus cuerpos a la lucha.

No es fácil ni cómodo poner nuestra vida a disposición de la tarea parlamentaria. Mi experiencia, que lamentablemente no es aislada, fue demasiado violenta desde el primer día y lo sigue siendo. Se trata de

una violencia que se manifiesta de muchas maneras. ¿Cuántas veces me interrumpieron? ¿Cuántas veces me cosificaron? ¿Cuántas veces se burlaron de mí? ¿Cuántas veces fui víctima de mentiras? ¿Cuántas veces me amenazaron? No es posible cuantificar semejante violencia.

Recuerdo el primer día en el concejo municipal de Niterói, hace cuatro años. Yo era la única mujer en el cargo. Veinte hombres y yo. En una reunión en el salón de la presidencia, la primera, recuerdo la vergüenza que me provocaron las conversaciones misóginas que escuché allí. En un momento, hablaron de las piernas de una ex-concejala. Yo, en silencio, quería golpear la mesa y pedir respeto, pero no tuve la fuerza para hacerlo. Después de todo, era apenas el primer día. La verdad es que no tenía ni idea de lo que sucedería más adelante.

Desde los primeros meses del mandato, nuestra página pública de Facebook ya registraba, a diario, diversas amenazas, difamaciones, ofensas, mensajes cargados de racismo y misoginia. Es descabellado convivir con mensajes como “negra asquerosa”, “volví a la senzala”, “puta”, “trola”, “si te encuentro en la calle te cago a palos”, “merece una 9 mm en la nuca, esa atorranta”, “tiene que morir, desgraciada”, “necesita un pito grueso que le duele mucho”. Tras la ejecución de Marielle, los mensajes que empezaron a llegar subieron aún más de tono: “Es a la próxima que le van a perforar la cara”; “merecés morir con un tiro en la cara para arruinarte el velorio, mona asquerosa”, decían.

El nivel de violencia contenida solo empeoró desde entonces. Parece increíble, pero lamentablemente evidencia un Brasil imposible de ocultar. A partir de este horror, quería mencionar tres reflexiones. ¿Qué Brasil se evidencia a partir de estas agresiones? ¿Qué motiva este tipo de violencia? ¿Cómo se puede permanecer en la vida pública? En primer lugar, es imposible separar

estos ataques en las redes sociales de la comprensión de que el racismo es estructural. Ninguna relación social en Brasil puede pensarse sin la dimensión racial. Los siglos de esclavitud no se superaron por completo y el Estado brasileño no nos ofreció a nosotros, negros y negras, reparación alguna.

El mismo “mecanismo” racista que permite que una concejala o diputada sea llamada negra repugnante posibilita que un joven negro sea encarcelado injustamente por un identikit que describe a “un negro flaco”. Este mismo mecanismo permite que las mujeres negras sean las mayores víctimas de violencia obstétrica. Este mismo mecanismo se evidencia en el feminicidio, que es negro; en la mortalidad materna, que es negra; en las víctimas de letalidad policial, negras también. Ese mismo mecanismo permite en Brasil la existencia de “habitaciones de servicio” (sin ventanas y sin derechos), permite que la ejecución de Marielle, una mujer negra, más de dos años y medio después, continúe sin ser resuelta. La cruel conexión del racismo que estructura todas las instituciones brasileñas con el patriarcado y la barbarie del capitalismo se abre cada vez más. Es imposible no notar el racismo evidente en todo esto.

Sí, es violento ser una mujer negra en la política porque es violento ser una mujer negra en este Brasil. Este Brasil que se revela ya no se esconde en los sótanos. Grupos supremacistas blancos, integralistas y neonazis se sienten autorizados a violentar. Hace casi dos años, la policía federal me informó que corría riesgo de “carácter racista”. En un chat que tuvo lugar en la deep web, unos hombres dijeron, ante a una foto mía en la que abrazaba a Marielle, que era hora de cumplir lo que habían prometido. En el diálogo, me decían esclava, hablaban de un ataque que planeaban para enviarme “al infierno junto con Marielle”. El mismo Brasil

racista se propagó con el asesinato de un nordestino en mi ciudad, Niterói (RJ), a manos de miembros de grupos neonazis organizados allí.

Lamentablemente, este tipo de violencia continúa en pleno apogeo. En los últimos meses, parlamentarias elegidas concejalas en las últimas elecciones (¡y yo también!), en especial las mujeres negras, transexuales y lesbianas, recibieron correos electrónicos en los que les exigían la renuncia a sus mandatos, con amenazas de muerte en caso de que no cumplieran con la “demanda”. Los correos electrónicos estaban llenos de racismo, lesbofobia y transfobia. Además de tratarnos de simios, divulgaron las direcciones de la mayoría. Los perpetradores del delito también son, probablemente, parte de ese chat en la *deep web*.

Cuento estos episodios porque creo que revelan que el odio misógino y racista, que a menudo proviene de individuos que se esconden detrás de una pantalla y trabajan a través de las redes sociales, parece estar cada vez más organizado. También es necesario, de manera cada vez más contundente, organizar nuestras trincheras de combate para enfrentar este Brasil que se revela en la violencia racial y de género.

Este es, por cierto, un camino para la segunda reflexión que propuse. ¿Qué motiva este tipo de violencia? Observamos que la violencia se potencia mucho cuando surgen dos tipos de debates: los que involucran los derechos de las mujeres y el género, y aquellos sobre la seguridad ciudadana y el racismo. Nada muy distinto a lo que podemos esperar en un Brasil con las marcas que ya mencionamos. El mito de la democracia racial y la invisibilidad o tergiversación de las cuestiones de género convive desde hace mucho tiempo con el mito de la democracia racial.

En el país que más transexuales asesina en el mundo, en el país donde lesbianas y bisexuales sufren violaciones

correctivas, quienes se robaron el poder del pueblo cuentan con un sentido común construido en función de fundamentalismos religiosos y conservadores. Inventan cosas inimaginables, como un biberón con forma de pene y supuestos manuales para las escuelas que enseñan cómo ser gay. Podría ser irrisorio, pero es espantoso. Muchos de los que ocupan las instituciones brasileñas refuerzan así la violencia contra esos cuerpos, la legitiman y la potencian. Evidentemente, combatir todo esto genera una gran reacción de esos sectores de élite.

Recuerdo, de la época en que era concejala, una enmienda realizada al Plan Municipal de Educación, que fue aprobada por la mayoría de los concejales en el recinto, que prohibía el debate de género y diversidad sexual en las escuelas. Estas personas sin escrúpulos, que nada entienden de educación, ignoran también que las miles de niñas que sufren violencia sexual en el hogar tienen en la escuela un lugar de denuncia y, muchas veces, de libertad. También ignoran la alta tasa de suicidios de jóvenes LGBTQIA+ en Brasil. ¿Cómo no abordar estos temas en la escuela?

Logramos anular la enmienda en los tribunales y eso fue motivo de un aumento inimaginable de la violencia política. De pedófila a asesina de niños, en las redes me dijeron de todo. A veces me gritaban en la calle. En la Cámara, las audiencias públicas sobre el tema estuvieron marcadas por la violencia, a veces casi física.

Por desgracia, no termina allí. En Brasil, los asesinatos de jóvenes y niños negros aumentaron un 429% en 20 años; en el país, cada 5 jóvenes asesinados, 4 son negros; y al menos cada 23 minutos asesinan a un joven negro. La mayoría de estos jóvenes y niños son víctimas de la letalidad policial, es decir, víctimas del Estado. Este es el Brasil que se revela cada vez más. No pretendo (no es el objeto de este texto) adentrarme en la complejidad que

rodea al tema, pero lo siguiente es un hecho: el modelo de seguridad vigente, reforzado durante décadas, fracasó. Los mismos policías que operan, con su brazo armado, la violencia del Estado son víctimas de esa carnicería sin fin. Pero cada vez que analizamos este tema, cuando abrazamos a las madres (en general, mujeres negras) cuyos hijos fueron asesinados por el Estado, la violencia política se intensifica.

De los numerosos casos que seguimos o denunciarnos, especialmente en la presidencia de la Comisión de Derechos Humanos del concejo municipal de Niterói, mencionaré uno. En 2017, hubo un operativo conjunto entre la policía civil y el ejército en el Complejo Salgueiro, en la ciudad de São Gonçalo (Río de Janeiro), vecina a Niterói, donde yo era concejala. El operativo, que entendemos que fue una masacre, resultó en al menos ocho muertos.

Nuestro mandato tenía (y todavía tiene) un vínculo muy fuerte con la ciudad de São Gonçalo. No podíamos, por lo tanto, dejar de expresarnos. Pero un simple pedido de un minuto de silencio en memoria de las víctimas generó debates increíbles. Un concejal (policía militar) incluso se tocó el pantalón, como si llevara la funda de un arma, en tono amenazador. Las amenazas de muerte en las redes sociales alcanzaron niveles muy graves. De hecho, después de las declaraciones de un coronel, ahora diputado estadual, en ese momento comandante del batallón de São Gonçalo, que publicó una nota en la que repudiaba mi postura, descalificaba mis argumentos y mi legitimidad, hubo cientos de ataques coordinados a mi página, muchos con amenazas de muerte explícitas.

Las amenazas se extrapolaron a las redes. Un hombre llamó durante horas, desde diferentes números, a la sede del PSOL en mi ciudad, Niterói, y comenzó a preguntar de manera agresiva: “¿Tenés el teléfono de esta

concejala puta que eligieron? Dame el número de teléfono de esa concejala puta. Son unos conchudos... Dame el número de teléfono de esta puta que eligieron, si no me das el número de teléfono voy a la sede de este partido y le tiro una bomba, estoy cerca de la sede. Dame el número de esa puta".

El responsable de las llamadas fue identificado. En declaraciones a la policía, el agresor relató que se animó a hacer las llamadas luego de ver una publicación sobre mí en la página de un concejal bolsonarista, actualmente también diputado federal, electo por el PSL. El caso de la masacre de Salgueiro fue archivado, pero la investigación militar ni siquiera obtuvo el testimonio de sobrevivientes y familiares de las víctimas.

Desafortunadamente, episodios como estos son comunes en la vida de los parlamentarios con mandatos como los que construimos como concejala en Niterói y hoy como diputada en Brasilia. Entonces, la pregunta es: ¿cómo se continúa? ¿Cómo continúan en la vida política las mujeres que se enfrentan al sistema?

Creo que, en primer lugar, es bueno recordar que muchas de nosotras nos involucramos en la política desde que nacemos. La política es el precio del arroz. La política es si el precio del boleto se ajusta al presupuesto. Si el hijo de una negra de la favela o la periferia regresa vivo a su casa. No tengo dudas de que la política en la que creo reside en la trabajadora que se desvive para hacer que la vida siga sucediendo, en las redes de solidaridad que construye, en este quilombo tan invisibilizado. Este poder de las mujeres negras, de las favelas, de la periferia, perturba profundamente a quienes detentan el poder. También cuando esta política que es cotidiana, que es vida concreta, cuando la clase trabajadora se representa en los espacios institucionales, la élite colonial ya mencionada aquí reacciona ante los cuerpos supuestamente extraños.

Si el primer día como concejala fue difícil, estar en el Congreso Nacional, en el centro de la política brasileña, fue aún más desafiante. ¿Cuántas veces me pararon en la puerta, incluso con la credencial que me identifica como diputada? ¡Incluso en me detuvieron el día de la asunción! En las reuniones de la Comisión de Constitución y Justicia, en las que representé a mi partido, ya me dijeron loca de la favela (como si, de hecho, fuera algo ofensivo, abrazo a los locos, abrazo a todas las mujeres de la favela); tuve que escuchar a los diputados decir cosas como "hagan que esta chica se calle". Mi micrófono se apagó de forma sistemática, incluso cuando reclamé correctamente artículos del reglamento de la Cámara (que, por supuesto, estudié) que garantizan el derecho a hablar.

La violencia simbólica es indescriptible. Pero también es impresionante, por cierto, que aún frente a tal violencia, nosotras, las mujeres opositoras a un gobierno genocida en curso, fuésemos las más contundentes al momento de enfrentar los ataques al pueblo. Incluso fue lindo verlo. Ante las agendas más duras formábamos, en las primeras bancas, una columna feminista y popular para exigir el derecho a la palabra, a la voz, a la lucha; para garantizar los derechos. Pero, de hecho, no es fácil continuar. Mi equipo y yo ya hemos sido intimidados por policías armados en plena campaña. Tuve que salir corriendo del comité de campaña porque había personas que andaban armadas; ya fuimos expulsadas de la actividad en el oeste de Río de Janeiro; en el último año y medio tuve que mudarme dos veces de casa para proteger mi vida. El último riesgo, que implica la posibilidad de que milicianos planearan ejecutarme, me obligó a abandonar el estado de manera temporal, el lugar que me eligió diputada federal con más de 107 mil votos, la novena candidata más votada en Río de Janeiro. Hice lo que tenía que hacer. En plena licencia por maternidad,

con un bebé de tres meses, mi compañero y yo salimos de Río de Janeiro y no vemos la hora de volver. Lo hicimos porque no quiero convertirme en mártir y solo puedo hacer política si estoy viva. Quiero, exijo estar viva para hacer política.

Es triste saber que la violencia (desde la simbólica hasta las amenazas de muerte, todas ellas absurdas y graves) puede minar el deseo que las niñas y mujeres tienen de ocupar puestos en la política. Por eso necesitamos ser cada vez más. Por un lado, necesitamos diagnosticar y crear mecanismos para prevenir la violencia política racial y de género. Incluso presentamos el proyecto de ley en la Cámara Federal, que se desarrolla en ese sentido. Pero también es necesario garantizar condiciones para que las mujeres sean candidatas. Recursos del partido, redes de apoyo, incluso para mujeres madres, división del trabajo doméstico. La dureza de la política institucional, capaz de socavar nuestras fortalezas, puede minimizarse a medida que más de nosotras ocupemos espacios de poder. Subvertir el poder, colectivizar el poder y devolver el poder a las mayorías. Todos los días pienso en lo difícil que es para nosotras, las mujeres negras, las mujeres socialistas, las mujeres de lucha, seguir ocupando estos espacios. Es casi insoportable no poder ir a la panadería sin escolta porque existe un riesgo real de ser asesinada. Extraño las ruedas de samba. Me vi obligada a cambiar la bicicleta que me llevaba, al principio, al concejo municipal, por un vehículo blindado. Todos los días pienso en abandonar. Pero todos los días decido seguir adelante. Hoy, por cierto, tengo una motivación aún "más inmensa". Moana Mayalú, mi hija concebida y parida en tiempos de pandemia, de un gobierno fascista, en medio de amenazas de muerte para mí y mi familia, me ayuda a saber que necesitamos crear un mundo mejor para todos los niños.

Es fundamental, en estos tiempos de democracia fracturada, que afirmemos que no hay democracia real sin que todos los cuerpos puedan participar vivos en la vida política (en las calles, en el parlamento, en los movimientos). ¡Queremos estar en todos los espacios libres y vivas! Y realmente es necesario estar en todos los espacios. En este breve conjunto de reflexiones, hablé principalmente del parlamento, que hoy es el lugar que ocupo. Pero no tengo ninguna duda de que esta realidad solo se transformará realmente de afuera hacia adentro. Todas las mujeres tenemos que estar organizadas. En un partido, en un movimiento, en un sindicato, en las luchas de los barrios. Sin organización popular no es posible cambiar de manera efectiva las innumerables cosas que nos agreden. Mi compañera de bancada, la diputada federal Luiza Erundina, suele decir que el parlamento puede ser la tumba de los revolucionarios. Como revolucionaria que soy, escucho a mi querida amiga y referente con profunda atención. ¡Organicémonos! A lo largo de la historia, han sido las mujeres organizadas las que allanaron el camino para lograr tanto. Y si entendemos la violencia política de género y racial como fundacional del Estado brasileño, es esencial no olvidar ni por un momento que la violencia siempre generó una respuesta popular. Es necesario decir que la resistencia comenzó casi al instante. Empezó cuando la primera flecha voló por el aire de estas tierras para expulsar a los invasores, continuó con Palmares, que permaneció en pie 100 de nuestros 521 años, avanzó con Canudos, que precisó un ejército cuando ni siquiera existía, para ser derrocado, siguió con las barricadas organizadas por el capoeirista Prata Preta en el barrio de Saúde (Río de Janeiro) o con los y las combatientes de la dictadura militar, y nos trajo vivos hasta la actualidad para que podamos cumplir nuestro papel histórico. La resistencia (expresada en la figura de Dandara,

Luiza Mahin, Tereza de Benguela) debe guiarnos siempre. Siempre debe ser nuestro sur. Debemos continuar vivas y luchar por ellas, por Marielle Franco y por tantas que nos allanaron el camino. Por una generación de niñas que tienen derecho a ser felices. Luchemos, organicémonos, hagámoslo hasta que el cuerpo de cada mujer, y todos los cuerpos, sean libres.

Talíria Petrone

TALÍRIA PETRONE

@taliriapetrone



FOTO: ARCHIVO PERSONAL

Talíria Petrone Soares nació en Niterói. Es una mujer negra, feminista, socialista, profesora, se graduó en Historia en la UERJ y realizó una maestría en Trabajo Social y Desarrollo Social en la Universidade Federal Fluminense. Enseñó en la favela de Maré, en São Gonçalo y en Niterói. En 2010 se afilió al PSOL. En la campaña por un Niterói negro, feminista, LGBT y popular, en 2016 fue elegida la concejala más votada de la ciudad y, durante más de un año, fue la única mujer en el Concejo Municipal. En 2018, Talíria fue elegida diputada federal por Río de Janeiro, con 107317 votos, la novena más votada en el estado.

Más información

MARLISE MATOS

14.



**LA VIOLENCIA
POLÍTICA SEXISTA,
RACISTA E
INTERSECCIONAL:
MAPEO DE
CONCEPTOS
DE VIOLENCIA
POLÍTICA CONTRA
LAS MUJERES**

AUNQUE TODAVÍA ES POCO CONOCIDA (en especial con esa designación: Violencia Política contra las Mujeres, en adelante VPCM, o incluso Violencia Política de Género, o VPG), la VPCM se ejerce desde hace mucho tiempo. Entendida como una manera de controlar y disciplinar el acceso y la permanencia de las mujeres en el campo político parlamentario (de las mujeres negras e indígenas y, finalmente, de todas las formas de pertenencia social que lleven marcas no masculinas, blancas y cis-heteronormativas), toda mujer que fue o es candidata, o se postuló a la política, tiene para contar alguna historia relacionada con dichas formas de violencia.

En Latinoamérica, sabemos que el ámbito de la política, en especial de la política parlamentaria, siempre fue un espacio dominado casi de manera exclusiva por hombres (incluso suelo decir “reservada” a los hombres), ya que es impulsada por reglas derivadas de la lógica patriarcal blanca colonial masculina (Archenti, 2014; Archenti; Tula, 2017; Marx; Bonner; Caminotti, 2007; Krook; Restrepo, 2008; Matos, 2020). Como resultado, los parlamentos tienen rutinas, prácticas y dinámicas políticas basadas en relaciones desiguales de género y raza, y una hegemonía de hombres blancos. Los espacios parlamentarios sostienen y reproducen patrones sociales de subordinación y dominación de las mujeres (así como de otros sujetos no hegemónicos) muy similares a los que ya existen en otros ámbitos de la vida y, finalmente, en las sociedades colonizadas, en las que se mantienen estructuras patriarcales y racistas ya internalizadas.

En otras palabras, por un lado, es innegable que las democracias latinoamericanas impulsaron acciones concretas en la vida democrática de sus países con miras a enfrentar tales diferencias en la participación y

representación política (leyes de cuotas, leyes de paridad de género, mecanismos institucionales de mujeres, oficinas o agencias institucionales para tratar temas de género y raza, entre otros avances). Por otro lado, en nuestras sociedades, hoy existe una mayor visibilidad de la violencia perpetrada contra las mujeres, y personas negras, LGBTQIA+ e indígenas. Pero aún no existen en nuestros países cambios efectivos y permanentes en la realidad violenta y discriminatoria que viven estos grupos.

Este ensayo presentará definiciones y características, e informará sobre algunas dinámicas históricas en relación con los conceptos de VPG y VPCM. Comienzo con una discusión más amplia sobre la violencia de género/sexual y racial/étnica, para luego mencionar el espíritu pionero de las mujeres latinoamericanas al traer a la esfera pública la gravedad de este fenómeno y concluyo con la presentación de los principales conceptos de este nuevo campo de debates en las Ciencias Políticas.

LA VIOLENCIA DE GÉNERO, SEXUAL, RACIAL Y ÉTNICA, Y EL SURGIMIENTO DE LOS CONCEPTOS DE ACOSO Y VIOLENCIA POLÍTICA

La violencia de género/sexual y racial/étnica son fenómenos que se estudian de manera amplia en Latinoamérica. Las desigualdades estructurales en las relaciones de poder entre hombres y mujeres, blancos y no blancos, y entre sexualidades hegemónicas y disidentes, heredadas desde la colonización, llevaron a la naturalización de prácticas sociales y culturales en las que estas violencias se manifiestan de manera constante y cotidiana. La gravedad de la situación impulsó la creación de diversos instrumentos jurídicos y legislaciones nacionales y regionales para detener el fenómeno. Por ejemplo, la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer, conocida como

Convención de Belém do Pará, de 1994, estableció por primera vez mecanismos para la protección y la defensa de los derechos de las mujeres en la región.

A nivel regional, los casos de violencia de género/sexual y racial/étnica, por ejemplo, tienen su máxima expresión en los casos de feminicidio.¹ Además de nuestro país, otros 15 países latinoamericanos ya aprobaron leyes que tipifican y sancionan el perverso punto final del ciclo de la violencia contra las mujeres: Argentina, Bolivia, Chile, Costa Rica, Colombia, El Salvador, Guatemala, México, Nicaragua, Ecuador, Honduras, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela (Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe, 2015). Si bien aún queda un largo camino por recorrer, logramos importantes avances institucionales y sociales.

Así se logró designar esta violencia, paradójicamente, ante este escenario donde existen incentivos para una mayor participación formal femenina, negra e indígena y, al mismo tiempo, múltiples amenazas y restricciones al ejercicio de los derechos, evidenciadas por la violencia étnica, racial, sexual y de género. Según se mencionó, fueron las mujeres feministas latinoamericanas las que insistieron en esta “designación”.

La cuestión del acoso y la violencia política basada en el género fue discutida en la Décima Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe, celebrada en Quito en agosto de 2007. La conferencia,

1 El Foro Brasileño de Seguridad Pública (FBSP) recopila y analiza datos en Brasil sobre violencia contra las mujeres y feminicidios desde hace algún tiempo, y los publica en el Atlas de la Violencia. El propio FBSP reconoce que “La violencia está presente en la vida cotidiana de las mujeres brasileñas. Desde el acoso moral y sexual hasta el feminicidio, diferentes dimensiones de la violencia marcan la experiencia de vida de mujeres de todas las edades en el país. El problema es tan grave que las conquistas legales recientes, como la Ley de Femicidio de 2015, reconocen la especificidad de este tipo de violencia”.

impulsada por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y ONU Mujeres, contó con la participación de 24 países signatarios de los 19 compromisos de esta conferencia regional. Acordaron revisar los logros y desafíos nacionales en materia de promoción de la igualdad de género y se comprometieron a hacerlo, y fueron instados a “adoptar medidas legislativas y reformas institucionales para prevenir, sancionar y erradicar el acoso político y administrativo contra las mujeres que acceden a cargos de toma de decisiones por la vía electoral o por nombramiento, tanto a nivel nacional como local, así como en los partidos y movimientos políticos”. (CEPAL, 2017, p. 5).² En términos normativos y conceptuales, la región latinoamericana fue pionera a nivel mundial en la delimitación (y el reconocimiento público) y búsqueda de iniciativas legales y legislativas para sancionar este fenómeno. Es notable el protagonismo de la mujer boliviana en este camino. La designación de “violencia y acoso político contra las mujeres” surgió como tal, por primera vez, en el año 2000, cuando un grupo de concejales convocó a una reunión sobre el tema en la Cámara de Diputados de Bolivia. La reunión tuvo como objetivo discutir los relatos de la violencia dirigida contra las mujeres candidatas y funcionarias electas en algunos municipios rurales ese año. Ya en 2012, Bolivia aprobó la Ley sobre violencia y acoso político contra las mujeres, que, en 2016, entró en vigor mediante el Decreto 2935. Otros países de la región, como Costa Rica, Ecuador, Honduras, México y Perú, también presentaron proyectos de ley que abordan el fenómeno para consideración de sus parlamentos.

2 Ver el contenido completo de este documento en: <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/40449>.

En 2004, se creó el Mecanismo de Seguimiento de la Convención de Belém do Pará (MESECVI), impulsado por la Comisión Interamericana de Mujeres (CIM), con el objetivo de monitorear la implementación de la convención en los Estados signatarios. Hubo avances en la prevención y sanción de la violencia contra las mujeres en el ámbito privado, y recientemente la CIM y el MESECVI establecieron acuerdos (2014) para fomentar la prevención, sanción y erradicación de la violencia política contra las mujeres. Este proceso se consolidó en una reunión en Lima, en 2015, donde se formuló el proyecto "Fortalecimiento de las capacidades institucionales de las autoridades políticas y electorales para mitigar la violencia y el acoso político contra las mujeres", cuyo objetivo general fue contribuir al fortalecimiento de las capacidades de los Estados que forman parte de la Convención de Belém do Pará con el fin de responder de manera efectiva a este tipo de violencia, y enfatizar la necesidad de un marco normativo que garantice el pleno ejercicio de los derechos políticos de las mujeres.

Luego, en octubre del mismo año, la Sexta Conferencia de los Estados Parte de la Convención de Belém do Pará aprobó la Declaración sobre la Violencia y el Acoso Políticos contra las Mujeres (2015), el primer acuerdo regional (y global) que aborda el tema de manera específica, en el que, una vez más, se instó a los países signatarios a comprometerse en el desarrollo de normas que definan y sancionen esta forma específica de violencia.

La violencia y el acoso políticos contra las mujeres fueron reconocidos en la Declaración, que se basó en la Convención de Belém do Pará (que define la "violencia contra la mujer" como cualquier acción o conducta, basada en su género, que cause muerte, daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico a la mujer, tanto en el

ámbito público como en el privado), y que, a su vez, establece que los Estados signatarios (lo que incluye a Brasil) deben adoptar políticas dirigidas a prevenir, sancionar y erradicar este tipo de violencia en los espacios públicos y privados. De forma específica, la Declaración de 2015 establece lo siguiente:

Que tanto la violencia como el acoso político contra las mujeres pueden comprender cualquier acción, conducta u omisión, entre otras, en razón de su género, individual o grupal, que tenga por objeto o como resultado menospreciar, anular, impedir, obstaculizar o restringir sus derechos políticos, fomenta el derecho de las mujeres a una vida libre de violencia y el derecho a participar en los asuntos políticos y públicos en condiciones de igualdad con los hombres; Que la violencia y el hostigamiento político contra las mujeres impiden que se les reconozca como sujetos políticos y, por ende, ponen en evidencia el ejercicio y continuación de la carrera política de muchas mujeres.³

Krook y Restrepo Sanín (2016), y Restrepo Sanín (2018), autoras destacadas en estos debates, señalan su preocupación con respecto al problema de la violencia política ejercida contra las mujeres. Estas autoras fueron las primeras en identificar dicha violencia como una debilidad en la constitución de los Estados democráticos que discriminan e invisibilizan las demandas de las mujeres, lo que refleja, una vez más, procesos frágiles e inacabados de consolidación democrática. De esta manera, la violencia política es una herida abierta en el corazón de todo proyecto democrático.

3 Organización de los Estados Americanos, 2015, p. 2.

Más allá de la diversidad cultural y política de los países latinoamericanos, no es raro que, como mujeres, vivan la política de manera diferente a los hombres y, lamentablemente, su experiencia sea más negativa. Entonces, uno de los principales obstáculos para el empoderamiento de las mujeres en el ámbito político fueron los recurrentes ataques de acoso político y las diversas manifestaciones de violencia política. El término “acoso político”, por ejemplo, rara vez se escucha en el campo político o en las teorías políticas en Brasil. Somos nosotras, mujeres en las Ciencias Políticas, las que nos vemos obligadas a discutir y problematizar esos temas e incorporarlos a los debates mediante la introducción de conceptos.

Los estereotipos o estigmas relacionados con la figura femenina, en este campo de las relaciones de poder, son sin duda manifestaciones del tradicionalismo/patriarcalismo de género/sexualidad y raza/etnia, en relación con un conjunto muy arraigado de creencias sobre los atributos personales “más adecuados” que social, política y culturalmente deben tener los hombres y las mujeres, ya sea que las creencias sean individuales o compartidas. De manera recurrente, los estereotipos y estigmas de género están asociados de manera estrecha a las relaciones vividas de un modo tradicional en términos históricos, es decir, colonial, racista y patriarcal. Los estereotipos que se derivan del tradicionalismo de género/sexualidad y raza/etnia se manifiestan a partir de un modelo binario que establece la polarización entre la mujer/cuidadora, ama de casa, afectiva, subjetiva y social y culturalmente responsable de los hijos y de la unión familiar, y el hombre/proveedor, cabeza de familia, responsable de las finanzas de la familia (Matos; Pinheiro, 2012). Así como también existen varios estigmas asociados a las funciones sociales que de

manera histórica se atribuyeron a las mujeres negras e indígenas como trabajadoras manuales, ignorantes, cosificadas por estándares de hipersexualización, etc. Si bien presenciamos cambios profundos en nuestras sociedades y hoy existen formas no tradicionales de organización entre géneros y razas, en el campo de la política formal, como veremos, aún hay una fuerte prevalencia de estereotipos y estigmas.

Mi hipótesis es que la política formal constituye una de las “últimas fronteras” de los procesos de democratización de género/sexualidad y raza/etnia, por lo tanto, en el límite, las estructuras de dominación masculina se vuelven imperativas como forma de disciplinar a los cuerpos disidentes. Además del control y la disciplina, se utilizan innumerables formas de violencia y acoso para mantener el lugar del privilegio masculino, cis-heteronormativo y blanco, un lugar reservado a los hombres en la política formal/estatal, que en Brasil se transformó en un lenguaje de deterioro de la democracia, de la desdemocratización (Brown, 2015), cuando se autoriza esa violencia política a partir del momento especial en que estos nuevos sujetos comienzan a cuestionar, amenazar este mandato/privilegio.

DEFINIR LA VIOLENCIA Y LA VIOLENCIA POLÍTICA DE GÉNERO Y CONTRA LAS MUJERES

Parte de la literatura latinoamericana⁴ señala desde hace tiempo su preocupación ante la escalada del problema de la violencia política ejercida contra las mujeres. Más allá de que sea un problema de carácter delictivo y de vulneración de los derechos fundamentales de

4 Es importante destacar que, originalmente, estos debates teóricos surgieron primero en el contexto latinoamericano (Barbery, 2004, 2011; Herrera; Aguilar, 2011; Herrera, Arias; García, 2012; Torres García, 2017; Matos, 2015, 2020; Birolli, 2016; Restrepo Sanín, 2018) e internacional (Bardall, 2016, 2011; Krook, 2009, 2015; Krook; Restrepo Sanín, 2014, 2016; Piscopó, 2016).

las mujeres (de hecho, de eso se trata), es necesario entender el problema ligado a nuestras democracias, a los sistemas políticos y, como defendemos en este ensayo, al momento específico de repatriarcalización racista colonial y neoconservadora que estamos viviendo en Latinoamérica. También es importante insistir en que este tipo de violencia tiene un impacto decisivo en la forma en que los Estados abordan realmente los derechos humanos (y las pérdidas y los ataques fundamentalistas contra ellos) y, sobre todo, la búsqueda necesaria de una mayor justicia, igualdad y equidad de género/sexual y racial/étnica.

Así, en noviembre de 2020, el Núcleo de Estudos e Pesquisas sobre a Mulher inició un mapeo nacional de eventos de violencia política dirigida a mujeres en las elecciones municipales de 2020. Para completar esta investigación, fue necesario definir, explicar y caracterizar este tipo de violencia para que las candidatas pudieran, de hecho, reconocer el fenómeno. Para ello, se elaboró un folleto en línea⁵ que explicaba la VPCM e incluía las definiciones principales en un lenguaje accesible y simple. Mientras escribo estas páginas, el mapeo aún se está realizando.

Con el fin de llegar a la mayor cantidad de candidatas posible en las elecciones de 2020 y promover la conciencia pública, el folleto elaborado incluyó definiciones y conceptos centrales, ejemplos de formas de violencia política contra las mujeres, así como información relevante sobre qué hacer si la candidata enfrenta alguna de estas formas de violencia. Entonces, como este folleto y sus definiciones fueron el resultado de un extenso trabajo de investigación y debate, quiero replicar algunas definiciones y ejemplos mencionados

5 Se puede acceder al folleto en <https://bit.ly/2Itz9ws>.

allí. La Violencia Política contra la Mujer (VPCM), al igual que otras formas de violencia de género ya conocidas, se define como la violencia física, psicológica, moral y sexual (la Ley Maria da Penha también incluyó la violencia patrimonial y económica) que pretende limitar o incluso impedir la participación de las mujeres en la vida pública, política y partidaria. Existen numerosos desencadenantes que pueden conducir a dicha violencia. Además de por el hecho de ser mujer, recordamos que la violencia puede surgir por cuestiones de raza/color, etnia, orientación sexual, clase social, religión, edad, nivel educativo, alguna discapacidad, pertenencia a un movimiento social o identificación ideológica, entre otros motivos.

La Violencia Política de Género (VPG) y, de manera más específica, la Violencia Política contra las Mujeres (VPCM), se revelan a través de actos u omisiones que afectan la inserción y permanencia de las mujeres en los espacios de poder. Estos daños, a su vez, violan los derechos políticos del grupo de mujeres (de manera tanto individual como colectiva). La VPCM, al ser un subtipo de violencia política de género (VPG), cuando se presenta de manera específica en períodos electorales, puede identificarse como Violencia Político-Electoral contra las Mujeres (VPECM). Para más detalle, podemos decir, con base en la discusión que realicé en otro lugar (Matos, 2020), que la Violencia Política Sexista (VPS)

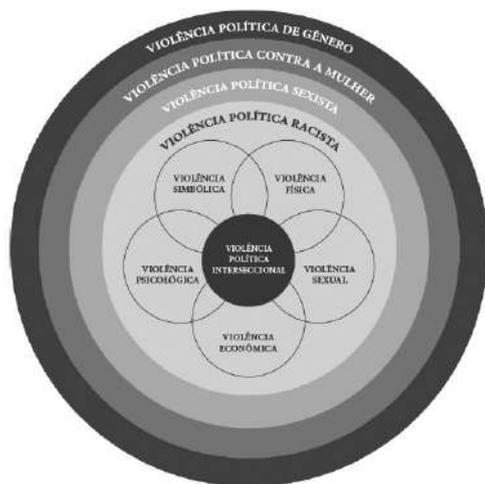
[...] hace referencia a una forma de violencia que está incluida en la VPCM, pero que se relaciona de forma específica con aquellos mecanismos basados en el género que de manera violenta intentan mantener los privilegios masculinos y las relaciones tradicionales de género y raza en la política, en el ámbito de

la representación, lo que sustenta el objetivo final de preservar el mandato masculino y blanco de dominación en la esfera política. Es posible decir que a la violencia política racista (RPV) se le suma a menudo la violencia política sexista, y también es posible constatar que ambas pueden presentarse de manera interseccional, como violencia política racista sexista o VPSR (Matos, 2020, p. 117).

Estas manifestaciones de violencia tienen, entonces, ese objetivo común, ya que describen conductas agresivas cuyo blanco son las mujeres (en especial, negras e indígenas) y que pretenden lograr que abandonen la política, al presionarlas para que desistan: primero, como candidatas, y una vez electas, se mantiene la presión para obligarlas a renunciar o dejar el cargo político específico. De este modo, la VPCM se despliega y manifiesta como violencia política sexista (VPS), cuando lo que induce la agresión es el odio misógino; violencia política racista (VPR), cuando lo que produce la agresión es el odio etnoracial; violencia política homofóbica (VPH), cuando lo que induce la agresión es el odio homofóbico; o aquella que involucra ambas o más de las motivaciones de agresión descritas, caracterizadas, al fin y al cabo, como violencia política interseccional (VPI).

La siguiente imagen sintetiza estas definiciones:

DEFINICIONES GENERALES Y ESPECÍFICAS DE LAS FORMAS DE VIOLENCIA POLÍTICA CONTRA LAS MUJERES



FUENTE: ELABORADO POR LA AUTORA.

Todas estas categorías o tipos de violencia política contra las mujeres pueden manifestarse de innumerables maneras, a saber: uso de la candidatura por parte del partido como “ficticia” o “fantasma”; destrucción de material de campaña; violencia física o simbólica en momentos públicos de campañas; impedimento o dificultad para acceder a recursos (ya sean materiales o asesoría legal o contable); difusión de información falsa y *fake news* sobre la mujer; difusión de imágenes vejatorias o con connotaciones sexuales, o incluso montajes con fotos/videos de la imagen de la mujer con el mismo fin; promoción de discursos de odio, calumnias, difamación e injurias; amenazas y uso de violencia física o sexual; amenazas de muerte; incitaciones a la violencia contra la figura de la mujer; ataques coordinados, clonaciones, bloqueos de

cuentas, invasión de reuniones o perfiles en línea, exposición de datos personales, entre un sinnúmero de otras manifestaciones que, cuando no se previenen y denuncian, tienden a una dinámica de escalada creciente que puede incluso culminar con feminicidios políticos.

COMENTARIOS FINALES

De esta manera, en una sociedad justa y efectivamente democrática, debemos luchar por la paridad de género/sexual y racial/étnica.

Sin embargo, el objetivo de la paridad política en las democracias actuales no se logra pura y simplemente con la aprobación de leyes de cuotas o de paridad político-electoral (aunque reconozco su importancia). Este objetivo nos exige ir mucho más allá de los cambios legales e institucionales y, de manera más amplia, luchar para que el acceso igualitario de mujeres y hombres a todas las instituciones estatales y organizaciones políticas incluya condiciones libres de discriminación y violencia contra las mujeres, las mujeres trans, las personas negras e indígenas en todos los niveles y espacios de la vida política, así como el reconocimiento cultural y social de que esta acción es fundamental para la reinvencción de nuestro pacto democrático.

En especial, me parece que la falta de reconocimiento simbólico-cultural se hace evidente en los casos de estigmatización, humillación y violencia que nuestra cultura política aún apaña y multiplica. Pero sabemos que la VPCM no culmina ahí, con los estereotipos y la estigmatización. Las candidatas y funcionarias electas en 2020 nos revelaron, a partir de los datos iniciales de nuestra última encuesta, que la violencia es incluso material, concreta y, muchas veces, también física, materializándose moral y psicológicamente en amenazas, coacciones y acosos que constituyen barreras para el ejercicio pleno de los derechos políticos de las mujeres.

Para concluir, reafirmo que el momento político brasileño actual, especialmente cruel y perverso con las mujeres en general, y aún más con las mujeres políticas (candidatas o electas), juega un papel especial en la agravación de este escenario. Bajo los efectos de una política genocida, de un proyecto de necropoder (Mbembe, 2019, 2021) que ocupó el gobierno brasileño, en el que algunas vidas son consideradas descartables, se naturalizó esta forma de violencia y se está transformando con velocidad en el lenguaje de la desdemocratización de Brasil.

Marlise Matos

BIBLIOGRAFÍA

- Archenti, Nélide (2014). Acoso y violencia política en razón de género. Un estudio sobre América Latina. Nuevas normas, viejas prácticas. En Nélide Archenti y María Inés (orgs.), *La representación política imperfecta: logros y desafíos de las mujeres políticas* (pp. 63-80). Buenos Aires: Eudeba.
- Archenti, Nélide y María Inés Tula (2017). Critical challenges of quotas and parity in Latin America. En Tomas Dosek et al. (orgs.), *Women, politics and democracy in Latin America* (pp. 29-44). Nueva York: Palgrave.
- Barbery, Ximena Machicao (2004). *Acoso político: un tema urgente que afrontar*. La Paz: Artes Gráficas Editorial Garza Azul.
- Barbery, Ximena Machicao (2011). La participación política de las mujeres ¡Un dilema lejos de resolver! [III Encuentro Latinoamericano de la Red Latinoamericana y del Caribe de Asociaciones de Mujeres Autoridades Electas de Gobiernos Locales (Redlamugol), Quito-Ecuador.
- ONU/MUJERES, AECID (2011). Diputación Barcelona (Xarxa de Municipis).

- Bardal, Gabrielle (2016). Violence politics, and gender. *Oxford Research Encyclopedia of Politics*. Oxford University Press. https://www.ifes.org/sites/default/files/violence_politics_and_gender.pdf
- Bardal, Gabrielle (2011). *Breaking the mold: understanding gender and electoral violence*. Washington, D. C.: International Foundation for Electoral Systems (IFES). https://ifes.org/sites/default/files/gender_and_electoral_violence_2011.pdf
- Biroli, Flavia (2016). Political violence against women in Brazil: expressions and definitions. *Direito & Praxis*, 7(15), 557-589.
- Brown, Wendy (2015). *Undoing the demos: neoliberalism's stealth revolution*. Nueva York: Zone Books.
- Consenso de Quito (2007). Documento final de la Décima Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe – CEPAL. <https://repositorio-rio.cepal.org/handle/11362/40449>
- Herrera, Ana Cecilia Escalante y Nineth Méndez Aguilar (2011). *Sistematización de experiencias de acoso político que viven o han vivido las mujeres que ocupan puestos de elección popular en el nivel local*. Santo Domingo: ONU Mujeres.
- Herrera, Morena; Mitzy Arias y Sara García (2011). *Hostilidad y violencia política: develando realidades de mujeres autoridades municipales, Santo Domingo*. Santo Domingo: ONU Mujeres.
- Krook, Mona Lena (2009). *Quotas for women in politics: gender and candidate selection reform worldwide*. Oxford: Oxford University Press.
- Krook, Mona Lena (2017). Violence against women in politics. *Journal of Democracy*, 28(1), 74-88.
- Krook, Mona Lena y Juliana Restrepo Sanín (2016). Gender political violence in Latin America: concepts, debates and solutions. *Política y Gobierno*, 23, 125-157.

- Krook, Mona Lena y Juliana Restrepo Sanin (2014). Mapping violence against women in politics. *The Annual Meeting of the American Political Science Association* (pp. 28-31). Washington, D.C.
- Marx, Jutta, Borner, Jutta y Mariana Caminotti (2007). *Las legisladoras: cupos de género y política en Argentina y Brasil*. Buenos Aires: Siglo XX-Instituto di Tella.
- Matos, Marlise (2020). Mulheres e a violência política sexista: desafios à consolidação da democracia. En Flávia Brioli et al. (orgs.), *Mulheres, poder e ciência política: debates e trajetórias, 1* (pp. 109-142). Campinas: Editora Unicamp.
- Matos, Marlise (2015). Democracia, sistema político brasileiro e a exclusão das mulheres: a urgência em se aprofundar estratégias de descolonização e despatriarcalização do Estado. *Revista do Observatório Brasil da Igualdade de Gênero, 5(7)*, 24-35.
- Matos, Marlise y Marina Brito Pinheiro, (2012). Dilemas do conservadorismo político e do tradicionalismo de gênero no processo eleitoral de 2010: o eleitorado brasileiro e suas percepções. En José Eustáquio D. A. Alves, Celi Regina J. Pinto y Fátima Jordão, *Mulheres nas eleições 2010*, pp. 47-89. São Paulo: ABCP/Secretaria de Políticas para as Mulheres.
- Mecanismo de Seguimiento de la Convención Belém do Pará (MESECVI) (2012). Observatorio de Género. Declaración sobre la violencia y el acoso políticos contra las mujeres. *Boletín del Observatorio de Género, (2)*.
- Mbembe, Achille (2018). *Necropolítica, (1)*. São Paulo.
- Mbembe, A. (2016). Necropolítica, biopoder, soberania, estado de exceção, política da morte. *Arte & Ensaios, (32)*, 122-151. <https://revistas.ufrj.br/index.php/ae/article/view/8993/7169>.
- Observatorio de Igualdad de Género de América Latina

- y El Caribe (OIGALC). <https://oig.cepal.org/pt/laws/3/country/argenti-na-5>
- Organización de los Estados Americanos (OEA) (2015). Declaración sobre la Violencia y el Acoso Políticos Contra las Mujeres, Lima. <http://www.oas.org/es/mecsecvi/docs/declaracion-esp.pdf>
- Piscopo, Jennifer (2016). State capacity, criminal justice, and political rights: rethinking violence against women in politics. *Política y Gobierno*, 23(2), 437-58.
- Restrepo Sanín, Juliana (2018). *Violence against women in politics in Latin America*. [Tesis de doctorado en Filosofía]. Programa de Posgrado en Ciencias Políticas, Universidad Rutgers, New Brunswick, Nueva Jersey.
- Torres García, Isabel. (2017). *Violencia contra las mujeres en política: investigación en partidos políticos en Honduras*. NDI.



FOTO: ARCHIVO PERSONAL

MARLISE MATOS

@marlisemiriam

Es profesora asociada del Departamento de Ciencias Políticas, coordinadora ejecutiva del Núcleo de Estudos e Pesquisas sobre a Mulher (NEPEM) y del Centro Feministas e de Gênero (CIFG), ambos en la UFMG.

¡Escribí una carta para alguna de las mujeres que escribió en este libro, a quien admires, y enviánosla!

Se la haremos llegar a través de nuestras redes sociales.

Enviala a cartas@esefossevoce.org o a nuestras redes sociales.

AGRADECIMIENTOS

Cuando contamos nuestras historias a otras personas, cumplimos una voluntad ancestral. Ejercemos el arte de la memoria. Al compartirla, participamos en la construcción de los caminos de la memoria colectiva, nos recordamos a nosotros mismos y recordamos a los demás la fuerza del ser. Contar experiencias nos ayuda a digerirlas y ayuda a otros a alcanzar sus propias resoluciones. Agradecemos a todas las mujeres que aceptaron emprender este viaje. Seguiremos juntas.

Compilación organizada por
Manuela d'Ávila

Creemos en los libros.

Instituto creado para rescatar la idea básica de la empatía a través de la creación de contenidos para combatir las *fake news* y el odio en las redes sociales.

Seguinos en @institutoesefossevoce

“Este libro está dedicado a todas las mujeres que alzaron la voz para denunciar la violencia política de género...”. Manuela d’Ávila reúne los testimonios de catorce mujeres, figuras políticas de relevancia, luchadoras y militantes de organizaciones sociales en Brasil, que alzan la voz para denunciar, sancionar y deconstruir la violencia política de género de la que son víctimas y señalar que dicha violencia no constituye casos aislados o individuales, sino que se lee como una señal para el resto de la sociedad. Todos los testimonios coinciden en que por ese motivo es tan importante visibilizarla: si se enfrenta y castiga a los agresores, el mensaje será que la sociedad no acepta ni tolera ya más la violencia contra las mujeres.